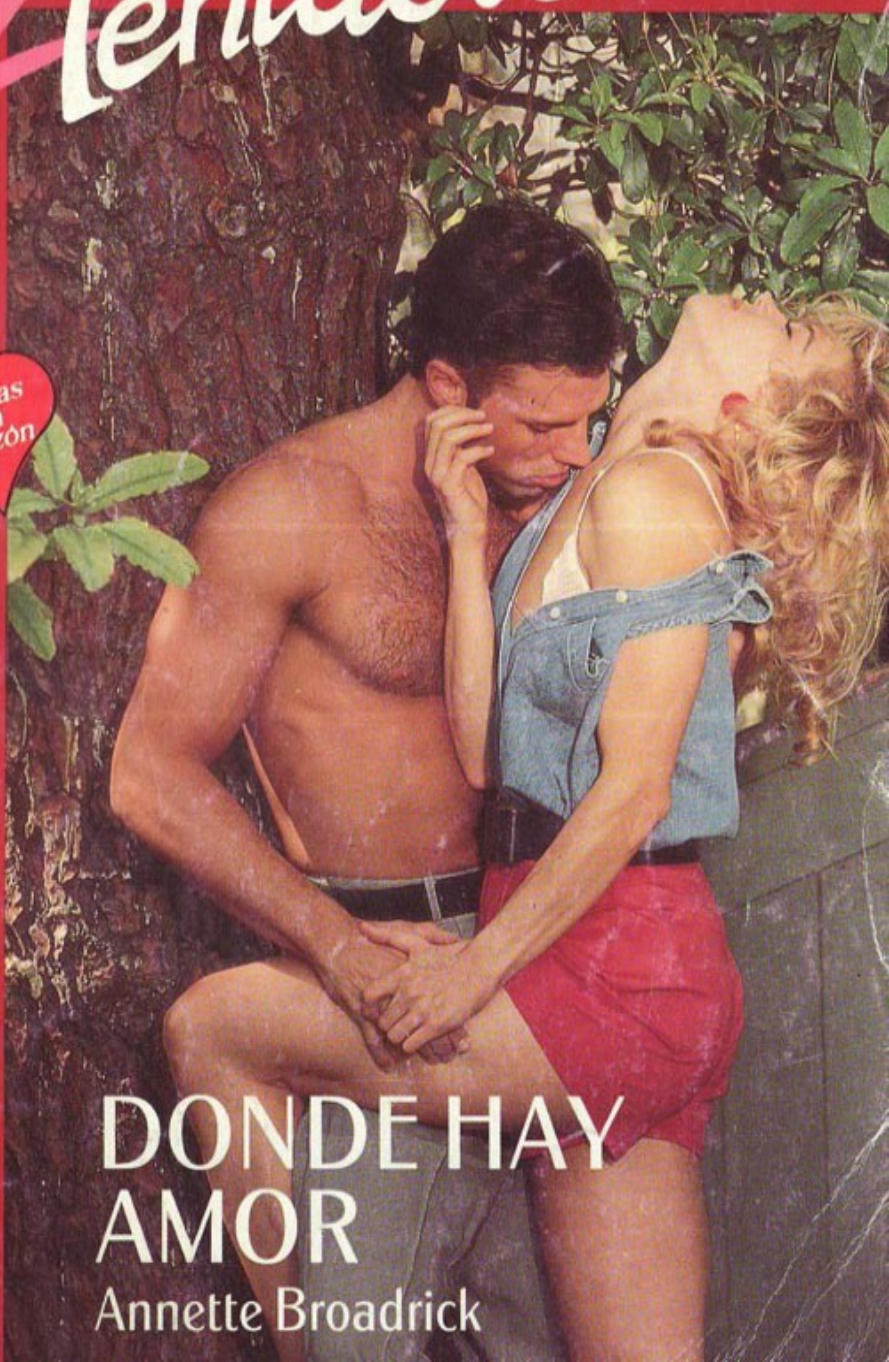
HARLEQUIN

275 ptas

Tentación

Novelas con corazón



DONDE HAY AMOR

Annette Broadrick

Donde hay amor

Annette Broadrick

4° Max

Donde hay amor (1993)

Título Original: Where there is love (1992)

Pertenece a la temática Hombre del Mes (Man of the Month)

Serie: 4° Max

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Tentación 440

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Max Moran y Marisa Stevens

Argumento:

Disponiéndose para lo peor, Max Moran se despertó en medio de la noche para contestar una llamada telefónica. Pero el duro y experimentado agente secreto se estremeció al escuchar la voz de Marisa Stevens. Ella le pedía ayuda para salir de la peligrosa situación en que se encontraba.

Se reunieron para tratar de encontrar al niño que desapareció misteriosamente. Mas la petición de Marisa no solamente inició una aventura; también despertó un amor apasionado, que llevaba seis años adormecido…

Prólogo

La sangre le latía con tanta fuerza en los oídos, que no estaba segura de sí el ruido que escuchaba era el de su corazón alocado, o pasos regulares en algún sitio detrás de ella.

Se detuvo en su huida, conteniendo el aliento durante un momento. En el silencio distinguió el sonido que temía: pasos pesados que avanzaban en la calle empedrada de la antigua ciudad. Ya no estaba segura de haber despistado a sus perseguidores.

Llevaba demasiado tiempo fuera del oficio; había perdido habilidad. Unos momentos antes habían estado a punto de matarla, y el peligro distaba de haber desaparecido. Le daba miedo regresar a su hotel, porque podían estar esperándola allí.

Frenética, miró a su alrededor en la calle oscura, buscando un lugar donde ocultarse. Trató de darse ánimos. Tal vez la persona que ella creía que la seguía, sólo iba camino de su casa. ¡Ojalá fuera así! Ojalá fuera un noctámbulo que regresaba a casa tras una noche de juerga.

Pero si el hombre que se aproximaba no fuera en su busca, no podía permitirse ser vista tal como iba vestida. Contempló su vaporoso vestido de noche y sus frívolas zapatillas de baile. Llamaba demasiado la atención. Cualquiera que la viera la recordaría y podría describirla.

No tenía más opción que esconderse.

Se acercó a un edificio próximo y se oprimió contra la pared de estuco donde las sombras le ofrecían la esperanza de ocultarse. Los pulmones le ardían, pero registró el impulso de aspirar aire ruidosamente. En lugar de ello hizo aspiraciones lentas y suaves, temerosa de hacer el menor ruido mientras esperaba ver quién se acercaba.

Los pasos no disminuyeron su ritmo al acercarse. Todavía oculta, empezó a relajarse. Si la estuviera siguiendo. Seguramente se habría aproximado a la zona de oscuridad con mayor precaución.

Ahora estaba a sólo unos metros de ella, una forma indefinida entre las sombras. Pasó frente a ella sin disminuir el paso, avanzando como si conociera cada palmo de la calle.

Ella esperó hasta que todo volvió a quedar en silencio e hizo una aspiración profunda. Muy bien, hasta entonces. No tenía por qué sentir pánico, se recordó. Era una profesional a pesar de que llevaba seis años sin ejercer el oficio.

Esperó a que su pulso se normalizara antes de aventurarse de nuevo por la calle.

Muy bien. Estaba a salvo por el momento. Lo que ahora necesitaba era decidir un nuevo plan de acción. Tendría que descartar los anteriores.

Después de analizar sus opciones, al fin tomó una decisión, pero no le agradaba. Tendría que pedir ayuda al hombre que llevaba seis años evitando. No, no era un plan agradable. Pero era lo único que podía hacer.

De nuevo estudió la calle desierta. Miró su vestido e hizo una mueca de desesperación.

En realidad no tenía otra alternativa. Lo único que le quedaba era encontrar un teléfono público en alguna calle desierta.

¡Sólo pedía a Dios que él no colgara el teléfono cuando oyera su voz!

Capítulo 1

Un timbre estridente rompió el silencio de la noche. En la oscuridad buscó a ciegas el teléfono.

—Hola —el sueño hizo que su voz sonara más dura que de costumbre.

—¿Max?

La voz se oía demasiado lejos para que pudiera identificarla, pero sí supo que era de mujer, y que había miedo y urgencia en ella. Una de sus agentes debía estar en problemas.

Se volvió en la cama para encender la luz. Era casi media noche en Washington. No demasiado tarde, pero había tenido un día difícil. Había perdido a otro agente, algo que ocurría con alarmante frecuencia, y había pasado el día investigando. Apenas llevaba dos horas dormido.

—¿Quién habla?

Hubo una interferencia en la línea cuando ella contestó y Max tuvo el desagradable presentimiento de que estaba por recibir una mala noticia de una de sus agentes.

Bajó las piernas de la cama y se sentó.

—No he entendido su nombre —anunció cuando se restableció la comunicación—. ¿Quiere repetirlo y decirme desde dónde llama? —tomó papel y lápiz.

—Habla Marisa Stevens, Max —anunció ella como si estuviera frente a él en la habitación—. Estoy en Barcelona. Sé que no nos separamos en los mejores términos, pero esta noche he descubierto algo que va más allá de mis posibilidades. Necesito tu ayuda.

Cuando él comprendió quién hablaba, se quedó paralizado durante unos segundos. Los recuerdos acudieron a su mente de inmediato. Emociones de todo tipo se despertaron al escuchar el nombre. Como si la hubiera visto el día anterior, imaginó su rostro: grandes ojos verdes, un tanto rasgados, una sonrisa provocativa que siempre lo había afectado, y una masa de rizos rojos como el fuego que daban muda evidencia de una fiera y rebelde naturaleza independiente. Una llamada de auxilio era lo último que esperaba recibir de Marisa Stevens.

—Dime qué quieres.

—Una muda de ropa y un lugar donde ocultarme. Sin proponérmelo, escuché una conversación que no debía haber oído.

Entre dos hombres que no debería haber visto juntos… harán lo que sea necesario para asegurarse de que no viva para repetir lo que oí.

Se produjo un silencio en la línea antes de que continuara.

—Llevo puesto un traje de noche y llamará mucho la atención cuando la gente salga de sus casas dentro de dos horas. No me atrevo a regresar a mi hotel, pues supongo que estarán esperándome. Necesito salir de España —agregó, después de otra pausa—, pero no tengo idea de cómo hacerlo sin que me descubran.

—Barcelona… —repitió él, tratando de pensar en un lugar seguro.

Él tenía amigos en Barcelona. Santiago había nacido en un pueblecito de la costa, a pocos kilómetros de Barcelona. Max había estado allí en más de una ocasión.

—Marisa, conozco a una mujer que puede ayudarte —le dio instrucciones de cómo llegar al pueblecito. Hace un par de años que no sé de ella, desde que Santiago, su hijo, murió, pero estoy seguro de que te ayudará. No tiene teléfono, de modo que no puedo llamarla para ponerla sobre aviso. Cuando llegues, explícale que vas de mi parte. Espérame allí hasta que alguien establezca contacto contigo.

—De acuerdo, Max. No sabes cuánto te lo agradezco.

—¿Qué haces en España?

—Es una larga historia.

—Hace años que no trabajas en este negocio y España está muy lejos de Seattle. ¿En qué lío te has metido esta vez?

—No sabía que estuvieras al tanto de lo que hago —comentó la chica después de una pausa.

—Siempre he estado al tanto de tus movimientos, Marisa —ahora fue él quien guardó silencio—. No has contestado mi pregunta. Necesito saber en qué estás metida si he de ayudarte.

—Quería establecer contacto con un hombre de Seattle. Lo seguí hasta Barcelona. Antes de abordarlo directamente, escuché sin querer una conversación entre él y otro hombre a quien conocí hace años. Sin quererlo, me enteré de cosas terribles… cuando me di cuenta, intenté marcharme, pero me oyeron y me temo que me reconocieron.

—¿Puedes darme nombres?

—El nombre a quien sigo es Troy Chasen. Es un asunto personal. El otro es un antiguo agente. Trabajamos juntos en uno o dos casos. Su nombre es Harry O'Donnell.

—O'Donnell todavía está en la Agencia, Marisa.

—¡Dios mío, entonces la situación es peor de lo que imaginaba!

—¿A qué te refieres?

—Hablaban de un embarque de mercancías. Por su reacción cuando me descubrieron, supongo que se trata de contrabando.

—Gracias por la información, Marisa. Puede tener relación con un asunto que estoy investigando desde hace tiempo.

—Todavía tengo que encontrar a Troy.

—¿Aunque sabes que ahora él te considera una amenaza?

—No puedo retirarme —suspiró ella—. Es demasiado importante.

—Tal vez pueda ayudarte.

—¡No! Creo que puedo manejar esto sola.

—Entonces ¿por qué me has llamado?

—Lo único que necesito es que me ayudes a salir de España. Después intentaré volver a establecer contacto con Troy. Ellos hablaban de reunirse de nuevo en Niza. Cuando hable con él y obtenga la información que necesito, le prometeré mantenerme alejada de su vida.

—Si está dedicado al contrabando, dudo que se conforme con estrecharte la mano y agradecerte tu silencio. Lo sabes, Marisa.

—Tengo que intentarlo, Max. No puedo abandonar. Gracias por tu ayuda.

Cortó la comunicación antes de que él pudiera agregar algo más.

Max contemplaba frustrado el teléfono que todavía sostenía en la mano. Ella era la agente más terca e irritante con la que había trabajado. Afortunadamente, ya no trabajaba con ella… ¡Y debía procurar que las cosas siguieran así!

Colgó el auricular y buscó un cigarrillo. Pero ya no podía ignorarla. En el curso de una breve conversación con ella, acababa de enterarse del nombre de, al menos, uno de los posibles traidores de su grupo y el de un hombre que podría ser parte del círculo de contrabandistas que su unidad seguía desde hacía años. Era posible que Marisa hubiera tropezado con la llave que abriría varias puertas para atrapar a los responsables.

Troy Chasen. Marisa había dicho que su asunto con él era personal. ¿En qué diablos estaría metida?

¿Y qué le importaba a él?

Apartó ese último pensamiento de su mente. Lo que hubiera habido entre ellos había terminado seis años atrás. No estaba muy

orgulloso de la forma en que había manejado la situación. Fue la única ocasión en su carrera en que había perdido la objetividad y había pecado de falta de profesionalismo, algo vital para la supervivencia de un agente.

A sus jefes no debía de parecerles así, porque lo ascendieron.

Pero el daño ya estaba hecho… ya se había involucrado con ella emocionalmente. El daño no podía ser reparado.

Después de seis años, ella regresaba a su vida. Se dijo que esta vez no cometería los mismos errores. Esperaba haber aprendido algo durante ese tiempo.

Miró su reloj. Era casi la una de la mañana, pero necesitaba algunas respuestas. Si Harry había cambiado de bando, todo su trabajo estaba en peligro. Una furia lenta comenzó a invadirlo. Un agente que decidía traicionar a los suyos era capaz de cualquier cosa…

Y parecía que Marisa se encontraba en medio de una situación explosiva.

Varias horas más tarde, Max se encontraba sentado frente al escritorio de su jefe. Se trataba del mismo hombre que seis años atrás lo había ascendido poniéndolo a cargo de su unidad especial. Max lo apodaba en secreto «Obi-wan», el protagonista de una famosa serie de películas de ciencia ficción que tenia la costumbre de aparecerse en espíritu ante los personajes del filme en momentos de gran peligro, ofreciéndoles consejos y ayudándolos a levantar el ánimo.

En ese momento, Max habría agradecido cualquier consejo. La información que había recopilado durante las últimas horas era abrumadora.

Después de veinte años en el oficio, se preguntaba si estaría perdiendo el control. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes de lo que ahora parecía tan obvio? Allí estaban todas las piezas del rompecabezas, él sólo tenía que unirlas.

Empezó por revisar los informes de Harry a la Agencia de los últimos tres años. Ahora que sabía lo que buscaba, todo surgió claramente ante sus ojos. Harry le había estado proporcionando información falsa, con objeto de mantener alejados a sus agentes en las ocasiones en que se hacían los embarques.

Cada vez que un agente se acercaba demasiado, era eliminado.

Max se introdujo en archivos confidenciales gubernamentales para

averiguar todo lo que pudo acerca de Troy Chasen. Aprendió mucho acerca de la situación financiera de Troy. Se trataba de un empresario cuya sede de importaciones y exportaciones estaba ubicada en Seattle, Washington; pero todas sus operaciones parecían legales.

No imaginaba qué relación podía haber entre Chasen y Marisa, y no le agradaba el rumbo que tomaban sus pensamientos. ¿Le habría dado esa información incriminatoria acerca de Chasen si tuviera relaciones con él? Podía haber cambiado mucho en los últimos años. No lo sabía, pero estaba seguro de que lo averiguaría.

—Tú solicitaste esta reunión, Max —declaró Obi-wan, entrando en el despacho, estableciendo con claridad que no quería perder el tiempo.

—Sí, señor. Ayer por la noche recibí una información que arroja cierta luz en lo que les ha estado ocurriendo a algunos de mis agentes.

—¿Es confiable tu fuente?

—Diría que sí. Se trata de Marisa Stevens. Trabajaba para la Agencia.

—Marisa. Mmm. Tu última asignación de campo fue con ella ¿no es así?

Dado que el hombre tenía una excelente memoria, Max consideró la pregunta retórica, pero la contestó.

—Sí, señor.

—Renunció poco después de tu ascenso. ¿Por qué?

—Porque me negué a darle más asignaciones de campo. Consideraba que serviría mejor a los intereses de la Agencia trabajando en un despacho. Dada su experiencia, podía habernos sido muy útil como analista.

—¿En qué campo?

—Culturas del sudeste asiático.

—Mmm. ¿Y ella no estuvo de acuerdo?

—En efecto. Insistió en que prefería trabajos de campo y al yo negarme, renunció —Max se obligaba a mantenerse quieto.

—¿Qué ha estado haciendo desde entonces?

—Según nuestros registros, se mudó a Seattle y regresó a la Universidad para obtener el doctorado. Luego, se dedicó a dar clases allí, en la Universidad.

—¿Cómo es que Marisa posee ese tipo de información?

—Está en España y accidentalmente se encontró con Harry O'Donnell; Harry no tiene nada que hacer en España, que yo sepa, por lo que me resulta extraño que esté allí. El caso es que Marisa oyó una conversación bastante reveladora entre él y otro hombre.

—¿Por qué supones que Marisa llamaría a su antiguo jefe para denunciar a un traidor? ¿Se siente más caritativa hacia ti estos días?

—No lo sé —respondió Max—. No conozco su situación, pero espero conocerla pronto.

—O'Donnell ¿eh? Vaya, vaya —las cejas de Obi-wan se arquearon —. Con razón has tenido dificultades para localizar a nuestro fantasma —unió sus dedos por las puntas y se los estudió—. Lamento escuchar esa noticia, Max. Es uno de nuestros mejores agentes. ¿Qué piensas hacer?

—Ir tras él. En este momento, Marisa está segura, oculta en una pequeña aldea de pescadores en la costa española. Quiero sacarla de allí y traerla a Estados Unidos. Luego pienso ir a Niza y enfrentarme a Harry.

—¿Sólo?

—Si es necesario, sí.

—Por loable que sea tu plan, no me parece prudente. Te necesito aquí, Max. Envía a otra persona.

—Ya he pensado en ello, señor. Pero en este momento, no sé en quién confiar. Es probable que Harry no esté solo en esto.

—Mmm —el hombre permaneció inmóvil unos momentos, estudiando a Max—. Supongo que puedo prescindir de ti unos días.

—Entonces ¿está de acuerdo en que debo ir?

—Sólo digamos que no estoy en desacuerdo con tu evaluación de la situación. Eres bueno en lo que haces. Si alguien puede ser más listo que Harry, ese eres tú. Se trata de una situación muy delicada. Si es cierto lo que sospechas, Harry debe contar con mucha protección. El que haya llegado hasta él debe ser muy poderoso, no podemos subestimar a esa gente ni los medios con los que trabajan…

—Nunca lo he hecho.

—Lo sé. Por eso te coloqué en tu puesto actual. Asegúrate de regresar a salvo para seguir desempeñándolo.

—Sí, señor —Max se puso de pie, satisfecho de haber logrado su objetivo.

—Algo más, Max… Saluda a Marisa de mi parte.

Capítulo 2

Max esperó hasta cerca de la media noche para hacer que dos miembros de la tripulación del barco pesquero botaran una pequeña lancha y lo llevaran a tierra. Se alegró de que no hubiera luna como también de recordar aún la configuración de la costa en esa zona, lo que le permitió encontrar enseguida la pequeña y escondida bahía a la que se dirigía.

Tiempo después de que los marineros lo dejaran en la playa desierta, Max miró a todas partes, con objeto de comprobar si alguien lo había visto desembarcar. Una vez seguro de no haber sido descubierto, siguió el sendero que lo llevaría al camino.

Vio la hora en la carátula luminosa de su reloj. Llegaría a la cabaña de Teresa un par de horas después del amanecer.

La casa de la mujer no había cambiado mucho, pero su jardín estaba descuidado, algo desacostumbrado en ella. Entró por la parte trasera de la verja y se dirigió sin hacer ruido hasta la puerta que sabía daba a la cocina. Con seguridad Teresa estaría preparando el desayuno en esos momentos. Confiaba en que todo estuviera en orden.

Llamó suavemente a la puerta de madera. Al no recibir respuesta volvió a llamar con más fuerza. Una voz preguntó en español quién estaba allí.

—Soy Max, Teresa. ¿Puedo pasar? —respondió en el mismo idioma.

La larga pausa sin recibir contestación lo preocupó y sacó el revólver que llevaba guardado en el interior de la chaqueta.

Cuando vio la figura que apareció en el umbral, se relajó.

—¿Qué diablos haces aquí?

—Hola, Marisa.

Estaba frente a él con una sencilla blusa blanca de algodón y una falda negra. Su cabello rojo parecía arder a la luz del sol.

Iba preparado a verla y, aun así se quedó sin habla, por lo que le fue fácil imaginar cómo se sentiría ella, que no esperaba verlo. La observó, buscando diferencias en su apariencia.

Seguía tan hermosa como siempre y las reacciones familiares que lo invadieron lo hicieron maldecir en voz baja.

Marisa no parecía salir del asombro de verlo. Max le había dicho que alguien se pondría en contacto con ella, pero nunca imaginó que

sería él mismo.

Llevaba una camiseta negra y una chaqueta oscura. Estaba tan apuesto como siempre… aún más, se dijo Marisa. Todavía llevaba el cabello castaño corto, al estilo militar y sus ojos color miel no habían perdido su brillo acostumbrado. Se vio asaltada por un sinfín de recuerdos.

Esperaba que el tiempo lo hubiera cambiado, que el estar detrás de un escritorio hubiera dado a su aspecto una apariencia menos amenazadora. El único cambio que observó fueron unos hilos de plata en sus sienes. Seguía irradiando una cruda sexualidad que Marisa sintió como una amenaza, pues se dio cuenta de que podría abrir esa parte que ella con tanto ahínco había mantenido cerrada. En los seis años que llevaba sin verlo, ningún hombre había logrado acercarse a ella. Con una sola mirada a Max, un resorte muy en su interior empezó a soltarse, dejando al descubierto sus emociones más profundas.

Max pasó al interior de la cabaña y cerró la puerta. Con rapidez, miró a su alrededor antes de preguntar:

—¿En dónde está Teresa?

—No está aquí.

—Entonces ¿cómo entraste? —insistió Max tras revisar los alrededores de nuevo.

—Estaba aquí cuando llegué ayer por la mañana —le informó Marisa a la defensiva—. Había venido a revisar su casa antes de regresar con su hermana. La mujer está enferma y Teresa cuida de ella y de su familia. Cuando le expliqué mi situación, me invitó a quedarme el tiempo que fuera necesario. Le aseguré que podía cuidar de mí misma. Piensa regresar este fin de semana.

—Nosotros nos iremos mañana por la noche.

Eso significaba que estaría a solas con Max, algo que Marisa quería evitar a toda costa.

—¿Por qué no esta misma noche?

Max advirtió que muy poco había cambiado entre ellos. Marisa iba a poner en tela de juicio todo lo que él dijera. Bueno, tendría que sacar el mayor provecho de la situación que él mismo había ayudado a crear. Se volvió y fue hacia la cocina, donde encontró una cafetera y se sirvió una taza antes de contestar, esperando que la demora le diera un mejor control sobre sí mismo. La actitud de la chica le había

puesto algo nervioso.

—No estaba seguro de cuál sería la situación aquí, ni de lo que me esperaba cuando llegara, de modo que, para no arriesgar, decidí darme un poco de tiempo y les dije a los chicos que pasaran a buscarme mañana —dio un sorbo al café y fue a sentarse ante la mesa —. Mientras tanto, puedes ponerme al día sobre lo que te sucedió y por qué.

—El porqué no es importante. Estaba…

—Por supuesto que es importante —la interrumpió Max, perdiendo el control—. Me importa un bledo tu vida personal, cariño, pero vas a decirme exactamente qué es lo que sucede. Yo decidiré qué es lo relevante —Marisa permanecía inmóvil en medio de la cocina, mirándolo preocupada. Con irritación mal contenida, él le señaló una silla—. Siéntate.

—Ya no trabajo para ti —manifestó Marisa, controlándose con dificultad ante su tono imperativo. A pesar de sus palabras, fue a sentarse donde él le había indicado.

—Soy muy consciente de ello, Marisa. Te mudaste al otro extremo del continente sólo por alejarte de mí —advirtió el tono amargo de su voz y se molestó consigo mismo.

—No de ti, Max.

—No opino igual.

—Sabía que no iba a funcionar. Una cosa era trabajar juntos en igualdad de términos. Otra, que tuvieras alguna autoridad sobre mí.

—¿Se trataba de mí? ¿Era que no me soportabas, o sólo que te molestaba recibir órdenes de un hombre? —preguntó Max burlón, reclinándose en su asiento.

—Ese es un golpe bajo, Max ¿no te parece? —Marisa le sostenía la mirada.

—Tal vez —se encogió de hombros, un tanto avergonzado de sí mismo.

—Nunca me molestó recibir órdenes. Las seguía sin chistar. Era una buena agente, pero eso parecía no importarte. Te negaste a permitir que regresara al campo.

—Tenía mis razones —comentó Max, bajando la vista a la taza que sostenía en las manos.

—¿De qué se trata?

—Ya no tiene importancia, si alguna vez la tuvo —al fin levantó la

vista—. Chasen está casado, lo sabes —la observaba para ver su reacción.

—De hecho, Max, yo estaba presente cuando él se casó —le respondió, sorprendiéndolo. Sólo podía contemplarla, sin saber qué decir—. Está casado con Eileen, mi hermana —agregó al fin, compadeciéndolo.

—¡Tu hermana!

—Así es.

¿Por qué no lo sabía él? Marisa se fue a Seattle después de renunciar y se alojó con su hermana, soltera en aquella época. Se tomó unos momentos para asimilar esa información.

—¿Crees que Chasen puede estar usando su negocio de exportaciones e importaciones como un escaparate para otras actividades?

—Nunca lo pensé entonces en esos términos —confesó Marisa después de una pausa—. Ahora no sé qué pensar.

—Dime exactamente qué fue lo que te ocurrió la otra noche — Max se inclinó hacia adelante sobre la mesa.

Inquieta, Marisa se puso de pie y comenzó a caminar por la cocina.

—Hace algunos meses que Eileen y Troy no se llevan bien. Él viajaba mucho y cuando se encontraba en casa, se pasaban el tiempo discutiendo. Después de una de esas riñas, él salió de la casa, diciendo que no volvería. Eileen estaba muy alterada y lloraba, por supuesto. Fue a acostarse y lo esperó. Troy jamás regresó.

Marisa hizo una pausa y miró a Max a los ojos antes de continuar:

—A la mañana siguiente, ella fue a ver a Timmy y descubrió que había desaparecido.

—¿Timmy?

—El hijo de mi hermana —Marisa le dio la espalda y fue a asomarse a la ventana.

—Los registros que tenemos sobre Chasen no manifiestan que tenga un hijo.

—No, porque Timmy no es suyo.

—Ya veo. ¿Aun así crees que Chasen se lo llevó?

—No lo sé —Marisa se volvió para mirarlo a los ojos. Timmy y él se llevan muy bien, pero no tiene sentido que lo raptara. Por eso vine a buscar a Troy. Creo que él está jugando con Eileen. No lo sé. Nadie

sabía nada de ellos. No podía quedarme quieta y esperar a que las respuestas llegaran solas, así que decidí salir a buscarlo.

—¿Conoce Chasen tus antecedentes?

—No. Sabe que trabajé en Washington después de salir de la universidad, pero nunca ha manifestado interés en saber lo que hacía allí.

—Evidentemente, no esperaba que vinieras tras él.

—No. Me costó trabajo averiguar que estaba en España. Cuando lo hice, vine inmediatamente con la esperanza de localizarlo, a él o a alguien que lo conociera. Tengo unos amigos cuyos familiares viven aquí. Siempre me estaban diciendo que los visitara, así que lo hice. Cuando me invitaron a una fiesta, acepté ir, con la esperanza de encontrar a alguien que conociera a Troy.

—¿Y qué ocurrió?

—Regresaba del lavabo cuando, al dar vuelta en una esquina, reconocí la voz de Troy. Hablaba con alguien y se dirigían hacia mí. Decidí esperar hasta que estuviera solo para hablarle, así que me metí detrás de la primera puerta que encontré, pensando en esperar hasta que se fueran. Cuál sería mi sorpresa cuando entraron en la habitación donde yo me encontraba. Apenas logré esconderme detrás de las cortinas antes de que encendieran una lámpara para continuar su charla.

Marisa cerró los ojos. No tenía que esforzarse para recordar que todo estaba muy fresco en su memoria.

—Pasó un rato en tanto esperaba que salieran, hasta que reconocí la voz del segundo hombre —continuó, tras una leve pausa—. Se trataba de Harry. Discutían sobre un embarque y decían que cada vez resultaba más difícil hacerlos. Troy dijo algo como «¿Y qué hay de Jameson?» a lo que Harry respondió: «No te preocupes, me encargaré de él, como ocurrió con los demás».

Hizo una pausa, que a Max le resultó eterna, aunque fueron sólo unos segundos.

—Un estremecimiento me recorrió al reconocer su voz —prosiguió Marisa, al fin—. Supuse que Troy estaba ayudando al gobierno a capturar a los contrabandistas. Después de los comentarios de Harry, comprendí mi error. También supe que debía escapar de allí antes de que me vieran. Abrí la ventana y salí. Mi zapato debió rozar el estuco, ya que de pronto dejaron de hablar. Harry apartó las cortinas en el

momento en que yo saltaba por la ventana. Sólo le vi la cara un instante, pero descubrí ira, reconocimiento y determinación. Créeme, no esperé más. Corrí lo suficiente hasta sentirme segura. Luego te llamé.

—Tan pronto como te saque de aquí, iré a Niza. En lo que a Harry concierne, para él estoy de vacaciones. Mientras estoy allí, veré qué puedo averiguar acerca de Troy y tu sobrino.

—Quiero ir contigo, Max.

—No, recuerda que ya no perteneces a la agencia, Marisa.

—Perfecto, entonces no puedes decirme qué debo hacer.

—Claro que puedo. Eres una ciudadana normal y corriente, que no tiene por qué mezclarse en un asunto como éste.

—Eso son tonterías y lo sabes. Ya estoy mezclada. Vaya, ni siquiera estarías enterado de la participación de Harry en esto si yo no te lo hubiera dicho.

—Y tú estabas en aprietos, o no me habrías llamado.

—¿Y qué? Eso sólo significa que juntos podemos hacer frente a la situación. Lo hemos hecho antes, Max. Puede suceder de nuevo.

—¡Absolutamente no!

—¡Oh! Eres el hombre más obstinado y arrogante que tengo la mala suerte de haber conocido.

—Recuerdo haber escuchado lo mismo la última vez que te vi.

—Esperaba que hubieras cambiado con los años. ¡Vaya decepción!

—Si algo ha cambiado, es que estás más hermosa de lo que recordaba —le dijo él con tono sensual.

Marisa caminaba, evidentemente tratando de controlarse. Al oírlo se detuvo de pronto y lo miró con sospecha.

—¿Por qué has dicho eso?

—No lo sé. Tal vez estaba pensando en voz alta —le indicó, sorprendido.

—Max, debes permitirme hacer esto —se acercó y apoyó las palmas sobre la mesa. ¿Qué pasará si Troy tiene a Timmy con él? No quieres que nada le suceda a un niño inocente ¿verdad?

—¡Claro que no! No soy un monstruo, Marisa. ¿Qué edad tiene el niño?

—¿Por qué lo preguntas? —Marisa se enderezó.

—Porque su edad tiene mucho que ver con la forma en que debo manejar la situación.

—Tiene cinco años —le indicó ella, tajante.

—¿Estás muy unida a él? —ante la afirmación de la chica, agregó —: Entonces, no tendrás problemas para hacerlo ir contigo si lo encontramos.

—Para nada.

—Lo pensaré.

Marisa iba a decirle algo, pero se contuvo y se alejó de la mesa.

Max sabía que debía alejarse de Marisa un rato. El estar cerca de ella de nuevo lo había afectado mucho, y no se sentía capaz de controlar sus sentimientos.

—Creo que saldré a trabajar un poco en el jardín de Teresa. Le vendrá bien un poco de ayuda.

—Me parece una magnífica idea. Ya estoy cansada de esperar sin hacer nada desde hace veinticuatro horas.

Eso daba al traste con su idea de alejarse de ella. Al menos allá afuera podría mantenerse a distancia.

—La paciencia nunca fue una de tus virtudes —comentó al dirigirse hacia la puerta.

—Puedo ser muy paciente cuando es necesario. El esperar para ser sacada del país me ha destrozado los nervios, debo reconocerlo. Supongo que he perdido la práctica.

Marisa lo siguió al exterior y lo vio ir por una guadaña y tijeras para el jardín. Le entregó las tijeras y fue hasta el otro extremo, cerca de la verja de la entrada.

—La verdad es que esto es muy extraño para mí —comentó ella una hora después de que trabajaran sin intercambiar palabra.

Max suspendió la labor para quitarse la camiseta y secarse el sudor de la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo. Sólo entonces se volvió hacia ella.

—¿A qué te refieres?

—Hace mucho que nos conocemos. Trabajamos juntos; hemos estado en circunstancias peligrosas y, no obstante, jamás realizamos juntos una labor doméstica, como arreglar un jardín.

—No es de sorprender. Dado mi trabajo, tengo pocas ocasiones para dedicarme a las tareas domésticas.

—¿Alguna vez has pensado en dejarlo? —le preguntó ella, arrancando hierbas malas a un metro de distancia de donde él estaba.

—No —respondió de inmediato, sin pensar en su respuesta—. Esto

es lo único que sé hacer. ¿Por qué? ¿Lo extrañas?

—En realidad no —Marisa se tomó su tiempo para responder—. Y eso me sorprende. Me di cuenta de que esto era como una droga. Yo era adicta al peligro, a jugarme la vida… cuando decidí volver a estudiar, sabía que ya no necesitaba esas sensaciones en mi vida. Y así ha sido. Nunca lo he echado de menos.

—Entonces ¿por qué no regresaste a trabajar a la Agencia?

—¿Te refieres al puesto que me ofreciste? Me pareció que no me aceptarías. Es más, me dio la impresión de que por eso me lo ofreciste, para obligarme a renunciar.

—¿De verdad creíste eso? —Max dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia ella.

—¿Qué otro motivo podría tener? Era buena en mi trabajo, lo sabíamos los dos. Pero, por algún motivo, ya no me querías cerca de ti.

—¡No, eso no es cierto! Maldita sea, conoces las reglas. En este negocio no puedes darte el lujo de acercarte a nadie. No puedes hacer amigos. Puede matarte. Después de nuestra última asignación, perdí la objetividad en lo que a ti concernía. Te lo expliqué durante la noche que pasamos juntos. Creí que habías comprendido. Sabía que nunca podría volver a cumplir otra misión contigo. Luego me llamaron de regreso a Washington y fui ascendiendo.

Le dio la espalda, obligándose a concentrarse en el jardín y no en la mujer que en ese momento estaba de rodillas entre las flores.

—Ya no podía enviarte a ninguna misión —reconoció en voz baja —. Ya no podía arriesgar tu vida o correr el riesgo de perderte —con amarga ironía, agregó—: Como resultaron las cosas, de todos modos te perdí, pero al menos estabas a salvo.

Cuando ella permaneció en un largo silencio, Max se arriesgó a mirarla por encima del hombro. Todavía estaba de rodillas, con la cabeza inclinada. Mientras la observaba, ella se frotó una mejilla con la mano sucia.

—¿Por qué no me dijiste esto hace seis años, Max? —murmuró en tono molesto.

—No pensé que tuviera que hacerlo después de la noche que pasamos juntos.

—¿Cómo podía saber lo que pensabas después de esa noche? — Marisa levantó el rostro y él captó el dolor que había reflejado en él

—. Nunca volviste a hacer referencia a ello, nunca me dijiste…

—¿Cuándo tuve oportunidad? —la interrumpió Max—. Si lo recuerdas, inmediatamente nos llevaron de regreso a Estados Unidos, donde fui informado de que asumiría otro puesto. Tuve que sumergirme en un curso de entrenamiento. Y tú no facilitaste las cosas con tu insistencia en que te enviara de nuevo al exterior.

—Bueno, me aburría sin nada que hacer en espera de una nueva misión.

—Te dije que hablaríamos de ello ¿lo recuerdas?

—Tu idea de «hablar de ello» fue decirme que querías ponerme detrás de un escritorio.

—Nunca me diste la oportunidad de explicarme. Explotaste y saliste de la oficina. Recibí tu renuncia por correo dos días después.

El tono de voz de los dos iba en aumento y ya casi se gritaban.

Max no quería recordar el dolor y la intensa sensación de pérdida que lo invadió cuando recibió su renuncia.

El silencio que surgió entre ellos estaba cargado de emociones reprimidas. Max escuchaba el zumbido de un insecto entre las flores y el sonido de voces en el camino.

—Quisiera haberlo sabido —comentó Marisa en tono apenas audible y con tanta añoranza que lo sorprendió.

—¿Quieres decir que tu reacción habría sido diferente?

—Oh, sí —murmuró la chica. Sus ojos se llenaron de recuerdos dolorosos por decisiones tomadas y pérdidas sufridas—. Habría habido una gran diferencia…

Capítulo 3

Marisa yacía en una estrecha cama en uno de los dormitorios superiores de la casa de Teresa sin poder dormir. Había golpeado y tratado de dar forma a la almohada tantas veces, que amenazaba con abrirse por las costuras. Se quitó las mantas, después volvió a cubrirse, y ahora las tenía enredadas en una pierna, dejando la otra al descubierto bajo un fino camisón de algodón.

En lo único en que podía pensar era en su desesperada necesidad de dormir. Bueno, en eso era en lo que ella quería pensar; en dormir. En lo que no quería pensar era en que Max estaba acostado en otra habitación, al otro lado del pasillo, bien dormido.

Había pasado la mayor parte del día asegurándose de no mirarlo a la cara, en especial mientras él trabajaba afuera sin camisa. No necesitaba otro recordatorio, no necesitaba saber cómo reaccionaba ante él, a pesar de los años transcurridos desde que se habían visto por última vez.

Marisa suspiró. Max siempre le recordó a una pantera enjaulada. A pesar de que se comportaba como un hombre educado y muy controlado, siempre había algo en él que la hacía pensar que saltaría en cualquier momento… una inquietud reprimida bajo la superficie.

Ahora, acostada entre las revueltas sábanas, recordó su reacción cuando de forma inesperada, lo encontró ante la puerta de Teresa esa mañana. Nada había cambiado para ella en todos esos años. Y nunca cambiaría.

Recordó el día en que lo conoció. Llevaba unas semanas trabajando para la Agencia cuando convocaron a una reunión para anunciar la formación de una pequeña unidad especial que se encargaría de recopilar información sobre varias actividades que afectaban al país: toma de rehenes, tráfico ilegal de drogas y armas, y contrabando.

Max entró en la habitación esa mañana, conversando con otro agente. Ella se fijó enseguida en él, lo cual la sorprendió al pensar en él aquella noche. La sala estaba llena de agentes y Max parecía demasiado tosco para ser guapo; demasiado rudo para ser gentil; demasiado duro para reconocer emociones humanas. Sin embargo… sin embargo había algo en él que le impedía quitarle la vista de encima. Parecía de estatura muy elevada, a pesar de ser sólo unos centímetros más alto que la media. Tenía la complexión física de un

atleta y se movía con la misma agilidad.

Nunca lo olvidó, aunque pasaron meses antes de que fueran presentados. El jefe de la división lo hizo y comentó:

—Marisa te mantendrá en estado de alerta constante, Max. Se graduó la primera de su grupo en la escuela especial de entrenamiento. Hay una gran diversidad de talentos contenidos en ese diminuto cuerpo.

Max asintió, pero ignoró la mano que ella le tendía.

—¿Cuánto tiempo llevas en la Agencia?

—Casi seis meses —respondió ella con una sonrisa.

—¿Y vas a ser parte de esta unidad? —Max no correspondió a su sonrisa, contempló sorprendido al otro hombre. Cuando el jefe de división no comentó nada, Max volvió su atención a Marisa—. ¿No crees que deberías tener más experiencia antes de ingresar en una unidad especial?

—Es evidente que alguien aquí debió creer que estoy calificada, o no me habrían ofrecido el puesto —respondió Marisa, sin permitir que su desprecio la afectara y tratando de controlar su ira a duras penas.

Max no advirtió que la había molestado o prefirió ignorarlo.

Su siguiente pregunta era parte más de un interrogatorio oficial, que de una charla informal.

—¿Eres consciente de que podríamos trabajar juntos en algunas ocasiones?

—Sí —¿por qué tenía que comportarse con ella como si fuera una niña y no una agente cualificada?

—No podré estar en posición de entrenar a una novata —la advirtió bruscamente.

—Yo tampoco —le indicó la joven con su mejor sonrisa; el jefe de división se echó a reír, divertido.

—Esa será la menor de tus preocupaciones, Marisa. Max lleva años en la Agencia.

—¿De verdad? —Marisa abrió mucho los ojos con sorpresa fingida —. ¿Y cómo andas de reflejos? Has de saber que me gusta que mis compañeros sean rápidos y avispados.

Lo que la sorprendió fue que Max soltó una carcajada. Los ojos color miel que la observaban con un brillo glacial, se llenaron con una cálida luz de malicia y diversión.

—De acuerdo —admitió con una sonrisa—. Creo que me he pasado un poco.

—¿Un poco? Parecías dispuesto a enviarme de regreso al jardín de infancia.

Se separaron con una tregua informal. Durante los años siguientes, ella trabajó con diversos agentes, incluyendo a Max. Aprendió mucho en ese tiempo, sobre ella misma y sobre la profesión que había elegido.

Estaba muy verde y era demasiado inocente cuando comenzó, pero logró sobrevivir, y aprender.

Cuando ella y Max fueron encargados de investigar informes de tráfico de drogas en el Sudeste Asiático, ya conocía sus propios puntos fuertes y sus limitaciones. Habían pasado más de dieciocho meses desde la última misión en la que habían participado juntos. Max la dirigía, no porque fuera hombre, sino por ser el agente de mayor antigüedad. Max siempre la trataba como a un igual, sin hacer concesiones por ella, y la chica lo respetaba por eso.

Como siempre, Max guardaba las distancias entre ellos, tratándola en un plano estrictamente profesional, lo cual no la molestaba. Él era uno de los mejores agentes y consideraba un privilegio trabajar con él.

Marisa se había preguntado en más de una ocasión por qué le habrían asignado la compañía de Max en esa misión. Quizás el jefe estaba preocupado por ella… a veces pensaba que su superior habría considerado que Max podría compensar los fallos que ella, por ser mujer, acabaría teniendo. Eran todos unos machistas y no podían vencer sus recelos con las mujeres…

Nunca lo averiguó, ya que jamás tuvo el valor de acudir a su superior con sus dudas. Apreciaba su trabajo demasiado como para arriesgarlo con preguntas como ésa.

Por un momento su mente saltó a la última discusión acalorada que sostuvo con Max después del ascenso de éste. Ella explotó aquel día. Perdió el control y le dijo todo lo que había guardado contra él desde que se conocieron. No era de sorprender que a Max le pareciera que lo hacía responsable de todo lo que le había ocurrido desde que ingresó a la Agencia. ¡Ella misma se encargó de darle esa impresión!

Todavía se estremecía, avergonzada por la forma en que salió de la oficina de Max. Cuando al fin se tranquilizó, se enfrentó a lo que

había dicho. Basándose en lo que había ocurrido entre ellos durante su último caso, Max había llegado a la conclusión de que ella se valía de la intimidad como elemento de presión. Ese pensamiento la llenó de vergüenza y rabia.

Hizo lo único posible. Le envió su renuncia por correo y huyó, ocultándose como un animal asustado en su madriguera bajo tierra.

Bueno, ahora Max estaba de nuevo en su vida, aunque fuera sólo temporalmente. ¿Le habría pedido ayuda si hubiera sabido que acudiría él en persona? No tenía manera de saberlo, por supuesto. Tendría que jugar esa mano en particular y ver qué sucedía.

De nuevo volvió a empujar con los pies las mantas que la cubrían y se colocó bocabajo. Rezó para que el sueño llegara, recitó frases breves, tratando de convencerse de que en realidad tenía sueño e intentó poner la mente en blanco. Pero su muy traicionera mente respondió recordando hasta el más exquisito detalle de la única noche que quería olvidar… la noche en que había terminado con su carrera, y con Max…

Marisa permanecía en la cima del acantilado vigilando la bahía, según instrucciones de Max. Desde hacía una semana jugaban a los turistas a lo largo de la costa de Malasia oriental, vigilando la zona donde, según sus informadores, sería desembarcado un fuerte cargamento de drogas para su reexpedición de varias partes del mundo.

Su misión consistía en averiguar con exactitud dónde y cuándo llegarían las drogas y cómo y por quién serían despachadas. Deberían compartir esa información con las autoridades locales y colaborar en la elaboración de una estrategia para capturar a los jefes de la operación.

Max se había colocado cerca del agua, oculto entre las muchas formaciones rocosas de la playa irregular. Era un sitio peligroso, pero la marea en esa zona subía mucho en cuestión de pocos segundos.

Marisa esperaba y vigilaba. Cuando los disparos comenzaron, comprendió que alguien conocía la posición de Max a la perfección y que era la víctima de una emboscada.

Más tarde no recordaría haber corrido cuesta abajo por el acantilado. Lo único que sabía era que había comenzado a disparar sobre los tres hombres, sorprendiéndolos, y dando así a Max la oportunidad de escaparse. Se reunió con él y corrieron hasta perderse

entre las sombras del acantilado.

Lamentablemente los seguían y era fácil hacerlo por las huellas que dejaban en la arena húmeda.

Resultó que la marea que tanto temían, acabó salvándoles la vida. Conforme subía, se vieron obligados a subir por las paredes rocosas en busca de una vía de escape. Al fin encontraron una cueva cuya entrada quedó cubierta por el agua con la marea alta.

—Siento una corriente de aire que viene de allá dentro —comentó Max—. Tiene que haber una salida por allí. Vamos —con la ayuda de una pequeña linterna, abrió la marcha, seguido por Marisa.

El pasaje iba estrechándose conforme ascendían hasta que la chica se convenció de que no podrían continuar, pero Max seguía avanzando. Fueron recompensados por su esfuerzo ya que, de pronto, el pasaje se amplió y se encontraron en una cueva subterránea iluminada. El brillo provenía de rocas fosfóricas que formaban las paredes de la caverna en forma de catedral.

—¡Mira! —Max señaló hacia arriba.

La mirada de Marisa se fijó en el punto que él señalaba. El techo estaba a unos diez metros de altura y en el centro había una abertura irregular de un metro de ancho, por la que se podía contemplar el cielo nocturno, plagado de brillantes estrellas.

—¿Sabes en dónde estamos? —murmuró ella.

—En realidad no —Max sacudió la cabeza.

—¿Podrá alguien vernos aquí abajo?

—Alguien que conozca la existencia de la abertura y sepa a dónde conduce, supongo que sí —miró a su alrededor—. Pero les será difícil llegar a nosotros por allí —tocó algo cerca de él con el pie—. Parece que más de un animal desprevenido ha perdido la vida al caer aquí.

—Con un poco de suerte, esos tipos creerán que nos hemos ahogado —comentó ella con un estremecimiento.

—Eso, o estarán esperándonos a la entrada de la cueva cuando la marea baje.

—No va a sernos fácil salir de aquí con vida —dijo Marisa con voz grave.

Max había estado recorriendo el perímetro de la ventilada caverna y se detuvo de pronto al escuchar sus últimas palabras.

—Vaya, eres una brillante torre de optimismo esta noche.

—Sólo soy realista —le indicó tensa—. Estuvieron a punto de

matarte allá afuera.

—Es cierto —Max regresó a su lado—. No tenía ninguna esperanza hasta que tú apareciste, disparando como una loca.

—Sólo era una pistola, Max. Eso es todo.

—Con una era suficiente. Gracias por salvarme la vida.

—Para eso estaba allí.

—Pues cumpliste muy bien tu cometido —sonrió él. Ahora que estaba más cerca, Marisa comprendió que su tono de voz tranquilo la había engañado. Todavía estaba tenso y la adrenalina corría con fuerza por sus venas.

En un gesto inesperado y nada característico en él, Max la estrechó entre sus brazos con fuerza.

Si algo sabía Marisa desde que lo conocía, era que a Max no le gustaba que lo tocara nadie. La recorrió un estremecimiento de placer. Estaba siendo abrazada por el hombre reservado que era un misterio hasta para sus más allegados. Max, el hombre que deseaba desde el día que lo vio por primera vez.

Max la sostenía entre sus brazos. Su calor corporal la envolvía, haciendo que todo su ser ardiera de deseo.

Después se vio envuelta por una especie de bruma. Recordaba momentos aislados; los besos de Max, dulces y sensuales, sus brazos que lo asían con desesperación, que luchaban contra su chaqueta y su camisa en un esfuerzo por encontrar la piel desnuda para poder pasar sus manos por el pecho y la espalda en una exploración frenética.

Lo acarició suavemente con las yemas de los dedos; su piel era firme… su contacto la volvía loca…

No recordaba cómo terminaron en el suelo de la cueva, desnudos. Lo único que sabía era que llevaba mucho tiempo deseando que llegara ese momento. Y al fin había llegado. Sus fantasías habían cobrado vida para hacer realidad sus sueños.

Max no perdió tiempo en hacerla suya. Marisa se aferró a él en un abrazo frenético, urgiéndolo hasta que el fuego que él había iniciado creció de una pequeña llama muy en su interior, hasta convertirse en un volcán que la consumió por entero.

Mucho después de que el fuego comenzara a apagarse y transformarse en una chispa ocasional de lo que habían compartido, él todavía la sostenía en sus brazos, recostada en su pecho.

Nunca en su vida se había sentido tan en paz. Ella estaba

quedándose dormida, cuando Max le habló.

—Éste es el acto más estúpido y poco profesional que he cometido en la vida —declaró disgustado.

Marisa se alegró de que él no pudiera ver el gesto de diversión que se dibujó en su rostro al oírle. Permaneció en silencio esperando que él dijera algo que pudiera darle alguna pista acerca de sus sentimientos.

—No me malinterpretes, cariño. Te he deseado desde que te conocí, pero entonces sabía que era imposible y creía haber superado esos pensamientos eróticos.

Aunque sus palabras eran duras, su voz era dulce. Se sintió feliz al oírle reconocer sentimientos tan similares a los que ella experimentaba desde hacía años. Ahora sabía a qué se debía la tensión que existía siempre entre ellos… no era porque Max la rechazara, como a veces había pasado, sino más bien por todo lo contrario.

Marisa levantó la cabeza de la deliciosa y cálida almohada y le rozó la boca con los labios.

—¿Y eso? ¿A qué se debe?

—Porque me alegro de saber cuáles son tus sentimientos —murmuró ella.

—Estoy más molesto que nunca ¿y tú te alegras?

—Max, eres un ser humano. ¿Por qué te esfuerzas tanto por ser perfecto?

—¡Ja! Disto mucho de ser perfecto. Cualquiera que me conozca lo sabe de sobra.

—¿Pero, dónde está esa persona, Max?

—¿A quién te refieres?

—¿Quién te conoce? Te mantienes tan distante de todos —todavía tenía la mano sobre su pecho y advirtió que los latidos del corazón de Max se aceleraban. Esperó, casi conteniendo el aliento, que dijera algo… lo que fuera… que le permitiera conocerlo mejor.

—Hay un suburbio en el sur de California con varias familias adoptivas que saben de mí mucho más de lo que quisieran.

—Cuéntame, Max. Háblame de esa época de tu vida.

Guardó silencio tanto tiempo que Marisa estaba segura de que él no tenía intenciones de hablar una palabra más. Deslizaba una mano por su espalda en movimientos lánguidos. Cuando empezó a hablar,

lo hizo con una voz tan suave como ella jamás lo había oído, tan suave que casi podía imaginar al niño que estaba describiendo.

—Acababa de terminar el primer año de escuela ese verano, y estaba disfrutando al máximo mi primer período de vacaciones escolares. Teníamos una casa en la típica calle bordeada de grandes árboles. Ese barrio era un paraíso para los niños, nos gustaba subir a los árboles, construir casas en sus copas y jugar durante todo el día. Nuestros vecinos tenían dos hijos, uno un año mayor y el otro un año menor que yo. Tenían una casa en un árbol, que nuestros padres habían construido para nosotros, algo fuera de este mundo. La adorábamos. Pasábamos todo el tiempo que podíamos allí arriba, espiando al mundo desde nuestro refugio.

Calló durante unos segundos. Sus ojos se cubrieron de un velo de tristeza.

—Estaba allí una mañana cuando mamá me llamó para que fuera a arreglarme. Mis padres pensaban ir de compras al pueblo —continuó Max—. Bajé del árbol y fui a casa a convencerla de que me dejara quedarme allí a jugar con los hijos de los vecinos. Recuerdo que ella se volvió hacia papá y se comunicaron con la vista sin decir palabra, como solían hacerlo. Nunca supe cómo lo lograban. Mamá le dijo que preguntaría a los vecinos si no les importaba vigilarme mientras ellos estaban fuera. Yo sabía que la señora lo haría, ya que mi madre también cuidaba a veces a sus hijos.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Su expresión se hizo nostálgica.

—Mamá estaba vistiendo a Amanda, mi hermanita de catorce meses, que parecía una muñeca. Tenía unos enormes ojos de un azul tan intenso que parecían pintados, y unos rizos rubios que siempre estaban despeinados porque no podía estar quieta un momento, a menos que estuviera dormida. Cómo me gustaba jugar con ella. Tan pronto me veía, empezaba a reír conmigo, lo cual me hacía actuar como un payaso ante ella sólo para escuchar su risa resonando en la casa.

La expresión nostálgica seguía reflejada en su rostro. Su sonrisa se hizo más amplia.

—Recuerdo que trató de asir mi mano mientras mamá intentaba que se mantuviera quieta. «No juegues con ella ahora, hijo, a ver si puedo acabar de vestirla», me dijo. Papá me alborotó el cabello y me preguntó si quería ir de pesca a la mañana siguiente, indicándome

que tendríamos que levantarnos muy temprano. Siempre lo decía como si quisiera confirmar que yo no cambiaría de opinión y preferiría quedarme en cama. Era un juego entre nosotros… luego, los despedí desde la puerta de casa mientras ellos se iban en el coche. Los tres, incluyendo a Amanda, hacían lo mismo, agitando las manos desde el interior del automóvil.

De pronto Max dejó de hablar y Marisa advirtió que sus músculos se tensaban y que tragaba saliva una y otra vez antes de continuar sin emoción en la voz.

—Nunca volví a verlos. Tenían muchos planes para el futuro, pero nunca pudieron llevarlos a cabo —se ahogó con la última palabra y permaneció inmóvil en silencio.

—¿Qué ocurrió, Max? —Marisa habló en voz muy baja, pero estaba segura de que él la había oído.

—Fue una de esas cosas que parece que sólo pueden ocurrirles a los demás. Acababan de incorporarse a la autopista cuando un coche que corría a alta velocidad tratando de eludir a una patrulla de la policía, cambió de carriles. Ellos sólo estaban en el sitio equivocado en el momento equivocado, eso fue todo. Fueron golpeados por detrás y volcaron. Antes de detenerse, el coche estalló en llamas. Ni siquiera tuvieron la oportunidad de escapar.

—¡Oh, Max! ¡Qué horrible!

—Los vecinos me permitieron quedarme con ellos durante un tiempo. Decían que era demasiado pequeño para comprender lo que había ocurrido. Demasiado pequeño para asistir al funeral, así que nunca tuve la oportunidad de despedirme de mi familia. Claro que no podían quedarse conmigo indefinidamente, de modo que me entregaron a las autoridades y fui colocado en una serie de hogares adoptivos. Soy el primero en reconocer que me comporté de manera imposible. Era lógico que nadie quisiera a un chico con un comportamiento como el mío.

—¿Qué era lo que hacías?

—Todo lo que podía para demostrar mi furia contra el mundo, contra las personas que me rodeaban, contra mí mismo por no haber ido con mi familia aquel día. Me convertí en una pequeña bestia destructiva, no puedo negarlo. Sabía que debería haber estado con ellos. Si no hubiera preferido quedarme a jugar con mis amigos, habría estado allí también.

—¡Pero Max, eso te hubiera costado la vida!

—Pero habría estado con ellos.

Marisa escuchó el lamento del niño cuando lo oyó decir:

—Se fueron y me dejaron solo. Me abandonaron, así que hice todo lo que estaba a mi alcance para que los que me rodeaban supieran que nadie volvería a lastimarme.

—Oh, Max —lo envolvió entre sus brazos, apretándolo más que antes.

—Cuando tenía trece años, recorría las calles —manifestó Max—, y era más duro que el peor de todos. —Marisa notó que empezaba a relajarse—. Ahora me preguntó cómo logré sobrevivir. Pertenecía a una pandilla que causaría pesadillas a cualquier madre.

—¿Cómo fue que el Max de las calles se convirtió en un defensor del bien y la justicia? —dijo ella en son de burla, intentando suavizar la tensión del momento.

—No fue una transición fácil —se rió él—. Una noche me enredé con el hombre equivocado. Pensé que era un idiota por andar solo después de la media noche en nuestro vecindario y creí que podría aprovecharme de él. Un minuto después ya me había dado una paliza, me había roto una muñeca y me había causado el mayor dolor de cabeza de mi vida. Así fue como conocí a Johnny Davenport, un detective del departamento de policía. Luego, me llevó a su casa, me aseó y me llevó al hospital para que me atendieran la muñeca; después exigió saber dónde vivían mis padres. En lugar de detenerme, estaba decidido a llevarme a casa. Tenía la absurda idea de que huía de algo…

Una sonrisa, esta vez auténtica, suavizó sus facciones.

—Cuando se enteró de que no huía de nada, terminó por llevarme a vivir con él y su esposa. ¡Vaya si fue duro conmigo! Fue un hombre muy especial. Por supuesto, estableció una serie de reglas que me enfurecían. Tuve que regresar a la escuela que había dejado dos años atrás. Tenía una hora límite para llegar a casa y debía informarlo de todo lo que hacía. Era como si estuviera en una cárcel. Pero yo lo respetaba… él era todo lo que yo quería ser, así que me quedé; lo escuchaba; lo observaba y aprendí. Me mandó a la universidad. Fue increíble, estaba dispuesto a gastar su dinero en mi educación. Yo, un pillo que había tratado de robarle.

—¿En dónde está Johnny ahora?

—Murió durante mi último año de universidad. Por Sarah, su esposa, me enteré de que le descubrieron cáncer dos meses antes de su muerte. Él no me lo dijo, por supuesto, ese no era su estilo. Insistió en que viviera en la universidad, así que no lo veía mucho, aunque hablábamos por teléfono con frecuencia. Me dejó una carta en la que expresaba sus sentimientos por mí. Decía que estaba muy satisfecho de mí y que esperaba que saliera adelante e hiciera algo de provecho, que debía hacerlo por mí mismo y por él también. Que nunca apoyaba a perdedores y que reconoció en mí a un ganador, a pesar de los esfuerzos que yo hacía por ocultarlo.

—Debía ser un hombre maravilloso.

—Sí, lo era. Cuando salí de la universidad, solicité mi ingreso en la agencia, y me aceptaron. Yo era el elemento ideal para ellos. No tenía familia de la que preocuparme y tampoco tenía problemas con la ley, a pesar de mi turbio pasado. Claro que me habían investigado y sabían todos mis antecedentes. Diablos, debieron entrevistar a todas las personas que alguna vez tuvieron algo que ver conmigo. Nunca entendí por qué decidieron contratarme.

—Por algún motivo, no me sorprende, Max. Tú no eres consciente, pero la gente quiere acercarse a ti, tienes algo…

—Bueno —de nuevo volvía a acariciarle la espalda—, debo admitir que en este momento estás bastante cerca de mí… y me agrada.

—¡Y a mí también! ¡Me encanta!

—Debes estar bromeando. Te he aburrido con la historia de mi vida… —su voz se perdió—. Sabes, no recuerdo haber hablado de esto con nadie antes. Johnny nunca me lo preguntó; la Agencia ya lo sabía. He pasado tantos años tratando de olvidarlo, que no había pensado en ello.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Me ha ayudado a comprenderte mejor.

Max le dio un beso lento y profundo. Durante las horas siguientes, lo único que se oyó entre ellos fueron los murmullos y suspiros de nuevos amantes… explorando, compartiendo, conociéndose.

Ahora, en el dormitorio de Teresa, Marisa se estiró y se volvió una vez más antes de quedarse dormida con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Capítulo 4

Max yacía en un camastro en uno de los dormitorios superiores de Teresa, sin poder dormir. Había golpeado su almohada una y otra vez hasta casi hacerla abrirse por las costuras. Hacía horas que había retirado las mantas con los pies para que la brisa ligera acariciara su acalorado cuerpo desnudo.

En lo único en lo que podía pensar era en su necesidad de dormir. Diablos no había logrado dormir más de dos horas seguidas desde que Marisa lo llamó… ¿cuántas noches hacía? ¿Dos? ¿Tres? Le parecían más de cien. Maldición, necesitaba dormir. No estar allí despierto, pensando en que Marisa dormía en el otro dormitorio frente al suyo. Con seguridad ella no tendría problemas para dormir.

Pensó en la conversación que habían mantenido en el jardín. No creía que Marisa se hubiera comportado de forma diferente si él le hubiera revelado sus verdaderos sentimientos por ella.

Aquella noche que estuvieron a punto de morir, él había aprendido muchas cosas de Marisa, sobre todo que ella jamás aceptaría que fuera él quien diera las órdenes. Había logrado reprimir los recuerdos de aquella noche durante años… Ahora no podía apartarla de su mente. Con los ojos cerrados empezó a revivir la secuencia de acontecimientos de nuevo…

Todo parecía ir conforme a lo planeado, cuando de pronto se vio rodeado por tres hombres; casi se había dado por vencido cuando apareció Marisa disparando desde algún lugar del acantilado. La muchacha corrió hacia él sin dejar de disparar, aprovechando la momentánea sorpresa de su enemigo. La intervención de Marisa le salvó la vida.

La marea comenzaba a subir y pronto quedaron atrapados al pie del acantilado. Buscaba un camino entre las rocas cuando tropezó con la entrada oculta a la cueva. Se metieron en la caverna, esperando que tuviera una salida en la parte superior del acantilado. Recordaba que pasaron mucho tiempo explorando, buscando una vía de escape.

Pero lo que más claramente recordaba era la disposición de Marisa de seguirlo adonde él la llevara. Nunca había conocido a una mujer con tanto valor.

Max siguió el estrecho pasaje, alentado por la fresca corriente de aire que percibía. Cuando llegaron a la brillante sala interior, tuvo la impresión de estar en el escenario de una película de Spielberg. En

cualquier momento aparecería un lago con un barco pirata, o las ruinas de un antiguo templo entre las rocas…

El alivio de comprender que habían vencido a la adversidad, que estaban a salvo, lo golpeó con tanta fuerza, que apenas podía mantenerse de pie. Lo habían logrado gracias a Marisa. Era ella quien le había salvado la vida.

Recordaba haberla abrazado, queriendo hacerla saber lo que sentía, pero esos sentimientos estaban demasiado confusos… temor, deseo sexual, alegría, liberación. La abrumadora ola de emociones que siempre se había esforzado por controlar, lo envolvió.

Para cuando recobró un poco de sentido común, ya era demasiado tarde. Había mandado al infierno su profesionalismo. Le había hecho el amor.

Incluso después de seis años los recuerdos aún lo hacían estremecerse. ¡Qué estupidez había cometido! Podría racionalizar todo lo que quisiera, pero el hecho era que lo había echado todo a perder.

Como si eso no fuera suficiente, cometía una estupidez mayor al hablarle de su infancia. ¿Por qué lo había hecho?

Por muy educada que fuera, debió aburrirse a muerte con su historia. Pero la escuchó… y él sintió un inmenso alivio al hablar con ella, al contarle lo que nunca le había contado a nadie. Jamás olvidaría las horas que pasaron juntos después, cuando con toda deliberación le mostró cuánto la amaba.

De nuevo revivió la escena, como si estuviera ocurriendo en ese momento.

Todavía tumbada a su lado, Marisa respondió como si supiera lo que él quería y necesitaba de ella. Su piel parecía satén bajo sus encallecidas manos. Le tomó un seno y bajó la boca hasta poder acariciar la punta exquisita con la lengua.

Ella gimió un poco, acomodándose para que la boca de Max pudiera cubrir mejor su pecho. Sus manos inquietas lo exploraron hasta que una fiera necesidad lo envolvió. Su necesidad había sido tan grande la primera vez, que se había apresurado. Ahora, a pesar de la creciente urgencia, se tomó su tiempo, explorándola con lentitud con la boca hasta hacerla estremecer en sus brazos.

Cuando al fin la hizo suya, los dos estaban más allá de sus límites de control. En esa ocasión estableció un ritmo fuerte, pero no

frenético… exhortándola a asir las estrellas que veía brillar sobre ellos en el cielo nocturno. Mantuvo un freno rígido sobre sí mismo, decidido a dar placer a esa mujer tanto como pudiera soportarlo.

Al llegar a su límite, dio un impulso final y se hundió profundamente en ella, abrazándola en una posesión convulsiva y primitiva.

Durmieron durante un rato. Más tarde, no supo qué fue lo que lo despertó. Abrió los ojos y miró a su alrededor. La caverna todavía brillaba como en el país de las hadas. Contempló a Marisa, acurrucada en sus brazos, pensando que era la persona más hermosa que había conocido, sabiendo que la amaría hasta el día de su muerte.

¿Qué diablos iba a hacer al respecto? Después de tanto hablarle de su pasado, tal vez estuviera aburrida de él, aunque no había parecido aburrida cuando hicieron el amor. Nunca había hecho el amor con tanta ternura, ni había sido correspondido de igual manera. Casi lloró al pensar en lo que había ocurrido entre ellos. Se sentía entero… renovado… como si pudiera tenerlo todo: una profesión y una vida personal. Qué clase de vida personal, dependía de Marisa, por supuesto.

Marisa se inquietó y abrió los ojos. Al darse cuenta de que él estaba despierto, miró a su alrededor.

—¿Qué pasa?

—Nada malo —¡cielos, qué bien se sentía!—. Desde la posición en que me encuentro, todo parece en orden —contempló amoroso la diminuta figura junto a él.

La sonrisa de Marisa era somnolienta y satisfecha.

—¿Sabes?, no sé mucho acerca de ti —comentó él en voz baja—, y yo ya te he contado la historia de mi vida.

—¿Qué quieres saber? —Marisa le pasó la mano sobre el pecho.

—¿Qué te hizo abrazar esta profesión?

—Supongo que quería aprender a protegerme, a bastarme por mí misma, cumplir una promesa que me hice cuando era pequeña: No depender nunca de nadie.

—¿Fuiste hija única?

—No, soy la mayor de tres hermanas.

—¿En dónde están ahora tus hermanas?

—Julie vive en California y Eileen en Seattle —le indicó ella después de una pausa.

—¿Cómo fue tu infancia?

—De niña, lo único que quería era pasar desapercibida —suspiró Marisa—. Cuando papá bebía, lo cual era casi a diario, regresaba a casa de un humor imprevisible. Tenía un genio terrible y mis hermanas y yo le teníamos terror. Nunca sabíamos por qué se ponía así, si era por algo que hubiéramos hecho… el caso era que tan pronto como oíamos llegar su camioneta, corríamos a escondernos.

También había un lado oscuro en la vida de Marisa, pensó Max con ternura, deseando abrazarla.

—Recuerdo una ocasión en que se molestó por algo… nunca supe qué… y golpeó a mamá. Ella cayó contra la mesa y se pegó en la cabeza. Creo que él pensó que la había matado, porque nunca lo había visto tan asustado. No recuerdo qué edad tendría yo entonces… todavía estaba en la primaria… pero sí que estaba muy alterada y avergonzada porque todos fueron a ver qué pasaba cuando la ambulancia llegó y se llevó a mi madre. No quería que nadie supiera que él la había golpeado, así que inventé que ella se había caído cuando estaba subida en una silla para bajar algo de un armario… que era un milagro que papá hubiera estado allí para ayudarla.

Marisa movía la cabeza apesadumbrada.

—Siempre estaba inventando algo para encubrir a papá. Escribía entusiasta trabajos para la escuela narrando lo buen padre que era, cómo nos llevaba a pasear y nos compraba cosas bonitas.

—¿Se comportaba de manera diferente después de que tu madre resultó herida?

—Durante un tiempo. Solía regresar a casa más temprano después de salir como siempre. Julie decía que era un malvado y nunca podría cambiar.

—¿Consideró tu madre la posibilidad de abandonarlo? —preguntó Max.

—El tema salió a colación en una ocasión. Yo conseguí un trabajo a media jornada en cuanto tuve edad para ello. Ahorraba todo lo que podía hasta que creí que tenía lo suficiente. Entonces fui a casa y se lo entregué a ella, diciéndole que ya podíamos irnos y empezar en otra parte. Nunca olvidaré la expresión en su rostro. Estaba atónita por mi sugerencia. Me dijo que lo amaba, que siempre lo había amado y que no podría vivir sin él.

Marisa movió la cabeza apesadumbrada.

—Supongo que tenía razón. Él murió en un accidente de coche cuando yo tenía diecisiete años. No pudo tomar una curva, se salió de la carretera y se estrelló contra un árbol. Mamá murió seis meses después. Siempre he tenido la impresión de que se dejó morir.

—¿Qué fue de ti y de tus hermanas? —preguntó Max, tras una larga pausa.

—La hermana mayor de mamá nos llevó a vivir con ella. Vivía a unos setecientos cincuenta kilómetros de nosotros, así que fue todo un cambio para nosotras. A mí no me importaba a dónde fuéramos. Lo único que quería era alejarme del pueblo donde todos nos conocían y sabían que papá estaba ebrio cuando murió.

—Pero fuiste a la universidad.

—Sí, mis tíos ofrecieron enviarnos a las tres a la universidad. Yo rechacé su oferta. Había decidido que lo haría todo por mí misma. No quería depender de nadie… con dos trabajos y la ayuda de una beca, logré licenciarme en la universidad.

—¿Acababas de salir cuando ingresaste en la Agencia?

—Así es.

—Me pareciste muy orgullosa y altanera.

—¡Sólo era así contigo!

—¿Por qué conmigo?

—Porque me parecía que no me considerabas capaz de hacer mi trabajo, que pensabas que alguien tendría que protegerme.

—Y en lugar de ello, tú me has protegido esta noche. No estaría aquí, contigo en mis brazos, si no te hubieras arriesgado para salvarme el cuello.

—Por no hablar de otras partes de tu anatomía —Marisa deslizaba un dedo sobre el muslo de Max.

—Eres una mujer insaciable… pero quiero que sepas que aprecio mucho esa parte de tu personalidad.

Ambos rieron y durante los momentos agradables que siguieron, lograron convertir la diversión en placer…

El revivir los recuerdos de algo acaecido hacía seis años, no lo ayudaba a dormir, era evidente. Max se bajó de la cama y fue a la ventana de la habitación. ¡Cómo diablos esperaba dormir si lo asolaban recuerdos como esos! Buscó los cigarrillos, llevó uno a sus labios y lo encendió.

Habían pasado una noche juntos sin saber qué les deparaba el

amanecer.

Tan pronto como hubo luz suficiente para ver si alguien los esperaba, regresaron con cuidado a la entrada de la caverna. Encontraron frente a ellos una amplia superficie de arena sin huellas de sus frustrados asesinos.

Por fin lograron llegar al coche que tenían oculto y regresaron a su base. Poco después, recibieron órdenes de abandonar la misión y volver a casa.

Se preguntó si ella se arrepentía de haberle hablado de su padre. Distinguió el dolor en su voz y su decisión de no ser como su madre. Y realmente, Marisa no se parecía a su madre. No la imaginaba permitiendo que alguien, hombre o mujer, la tratara con violencia.

Pero se percató de que temía comprometerse y que podría asustarla con facilidad si le hablaba de lo serios que eran sus sentimientos por ella. Estaba sorprendido de sí mismo. Tendría que actuar con cautela, diplomacia y tacto si tenía que formar parte de su vida… pero Marisa se marchó antes de que pudiera hablar con ella, ni siquiera le dio la oportunidad de decírselo.

El calor del cigarrillo en sus dedos lo hizo volver al presente. Lo apagó y regresó a la cama.

Tenía que dormir. Estaba tan cansado que apenas podía mantenerse de pie y, sin embargo, su mente se negaba a relajarse.

Lo que necesitaba… no importaba lo que necesitara. No importaba que ella estuviera a unos metros de distancia, al otro lado del pasillo. No importaba que el cuerpo le doliera de deseo…

No importaba… no importaba… no importaba.

Capítulo 5

Se acercaron a la pequeña bahía en silencio, conforme la noche extendía su manto de oscuridad alrededor de ellos. Cayeron en la rutina de trabajo con una facilidad que sorprendió a Max, teniendo en cuenta el tiempo que llevaban sin actuar juntos y por la tensión que surgía entre ellos a la menor provocación.

Estudió la zona largos minutos antes de hacer la señal a Marisa para que comenzaran a bajar hasta la orilla del agua. Había acordado reunirse con una de las lanchas del bote pesquero a media noche. Llegaban unos minutos antes. Se acercó más al agua y miró hacia el mar.

No distinguió nada sobre la superficie. Hizo una señal a Marisa para que se ocultara entre las sombras en la base del pronunciado acantilado. Entonces distinguió lo que buscaba.

Una pequeña lancha estaba oculta entre las rocas cerca de la orilla y Max sintió el alivio de saber que podrían partir esa misma noche.

Después de la noche anterior de sueño inquieto y un día entero en compañía de Marisa, le costaba mucho trabajo mantener el control.

Adquirieron para ella otra dotación de ropa: pantalón y un suéter negros, y cubrieron su cabellera brillante con una pañoleta.

La vio abordar la pequeña embarcación después de saludar con una inclinación de cabeza a los dos marineros que los aguardaban. Max los ayudó a impulsar la lancha hasta que los tres pudieron subir a bordo.

Mantenían bajas las voces para no atraer la atención. Marisa y él llegaron al punto de reunión después de un largo rodeo para asegurarse de que no eran seguidos. No parecía que los siguieran, y Max confiaba en que continuaran así las cosas.

Tan pronto se instaló al lado de la chica, ella murmuró a su oído:

—Todo esto me trae recuerdos de cuando trabajábamos juntos ¿a ti no?

Max se limitó a gruñir rogando que Marisa aceptara eso como respuesta. No quería pensar en lo cerca que estaban al menos no en ese estado de ánimo y en esas condiciones. Maldición, era un profesional, y muy bueno. Había pasado los últimos seis años convenciéndose de que era mejor que las cosas hubieran resultado así entre ellos. Debió sufrir un ataque de locura temporal cuando consideró la posibilidad de que hubiera un futuro para los dos.

Pero era humano y todavía se sentía muy atraído por ella. El tenerla tan cerca en esos momentos no ayudaba a aliviar el problema.

Los marineros tomaron los remos y dirigieron la embarcación hacia el bote pesquero, mientras Max se esforzaba por ignorar el calor del cuerpo que se oprimía contra el suyo.

Se volvió a mirarla al sentir que se movía y la vio acomodarse la pañoleta que cubría su cabello. Lo molestaba estar pendiente de cada uno de sus movimientos, pero no era capaz de ignorarla.

Tan pronto abordaron el pesquero, el capitán levó anclas y puso los motores en marcha. Uno de sus hombres los llevó bajo cubierta, les señaló unas literas y los dejó solos.

—¿Arrojamos una moneda al aire? —bromeó Marisa con una sonrisa.

Max podría haberle dicho que no era necesario, que una de las literas sobraba, pero prefirió callar.

—Usa la que quieras —comentó de mal humor—. No me importa. Iré a cubierta durante un rato.

—¿Max? —preguntó ella, obligándolo a volverse para mirarla—. Hacemos buena pareja. Atraparemos a O'Donnell y encontraremos a Timmy. Sé que lo haremos.

Sus miradas se encontraron y se mantuvieron fijas. La tensión entre ellos era casi palpable en los estrechos confines de la cabina.

—Duerme un poco —Max le volvió la espalda de nuevo—. Vendré dentro de un rato.

Desapareció sin darle tiempo para decir nada. Decidió ocupar la cama superior para que él pudiera acostarse con mayor facilidad en la inferior cuando llegase. Se quitó los zapatos, subió a la litera y se acostó.

Estaba cansada, pero demasiado tensa para dormir. Permaneció inmóvil pensando en los acontecimientos de los últimos días, pensando en Timmy. ¿Estaría en lo cierto? ¿Tendría Troy al niño con él? De ser así ¿por qué se aprovechaba de un inocente de esa manera? ¿Estaría Timmy asustado? No podía permitirse esos pensamientos, o enloquecería.

Cerró los ojos, decidida a dormir.

Varias horas después, un ruido violento y un movimiento brusco hicieron que Marisa cayera de la cama. Lo primero que pensó fue que estaba teniendo una pesadilla, pero todo parecía muy real. Las burdas

superficies contra las que se golpeó le arañaron los brazos y las piernas. Estaba despierta.

Jadeando sin aliento, agitó los brazos en la oscuridad, tratando de entender lo que ocurría. Debía haberse producido una explosión a bordo del pesquero. Percibía el olor a humo, pero no podía ver en la oscuridad.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, escuchó la voz de Max desde un lugar cercano.

—¡Marisa! ¿Estás bien? ¿En dónde estás?

—Aquí —logró responder, todavía sin aliento.

La cabina estrecha tenía una inclinación extraña. Sintió que Max le tocaba la cara con la mano. La asió con desesperación.

—¡Tenemos que salir de aquí!

Lo oyó reír, y su risa la enfureció. ¿Qué podía hacerle gracia en un momento como ése, por todos los santos?

—¿No me digas? ¡A mí no me habría ocurrido!

¡Estaba bromeando! Marisa se dijo que tal vez sí estaba soñando, después de todo.

El pesquero dejó escapar un gemido estremecedor cuando Max la ayudó a salir por lo que ella suponía era la única vía de escape.

—Ten cuidado con la escalera.

Marisa usó su mano libre para tantear y determinar dónde se encontraba. Su pie golpeó contra el primer escalón. Max la tomo por la cintura y la levantó. Ella no perdió tiempo y subió a cubierta. Un caos controlado era lo que mejor podría describir la situación. Todos los miembros de la tripulación luchaban por controlar varios fuegos.

Max estuvo a su lado en segundos.

—Tenemos que salir de aquí antes de que esto vuele en pedazos. Vamos —se arrodilló y de una caja metálica comenzó a sacar chalecos salvavidas—. Ponte uno —le indicó e hizo lo mismo.

—El capitán ha ordenado que coja una de las lanchas, señor —le indicó un marinero al acercarse a ellos.

—¿Y qué será de ustedes?

—Todavía no ha dado órdenes de abandonar la nave, señor.

Max sacudió la cabeza y ayudo al marinero a bajar una de las lanchas.

Las llamas se extendían por todos lados. La escena se parecía mucho a la idea que Marisa se había hecho del infierno.

Con ayuda de la tripulación empezaron a descender. El mar estaba picado y hacía que la lancha saltara de un lugar a otro. Marisa la contempló atemorizada. Ya era bastante peligroso descender a una embarcación más pequeña… pero el hacerlo a un blanco en movimiento, era peor aún.

—¡Date prisa! —ordenó Max.

La chica cerró los ojos y se obligó a descender por la corta escalera. Los abrió a tiempo para saltar a la lancha, asiéndose de los costados para avanzar hacia proa y dejarle sitio a Max.

Más tarde, no recordaría bien qué fue lo que ocurrió. Estaba mirando a Max, que se balanceaba dispuesto a saltar al interior de la lancha; en ese momento, una ola enorme levantó la pequeña embarcación y Max cayó en el fondo de la lancha, golpeándose la cabeza.

—¡Max! ¿Estás bien?

Marisa se apresuró a su lado, ignorando que la lancha a la deriva, se alejaba de la embarcación mayor.

—¿Max?

Él permanecía inmóvil. Había tan poca luz. Sólo era una silueta derrumbada en el centro de la pequeña lancha. Marisa le tocó la cara. Seguía inmóvil.

—¡Oh, Max! —deslizó la mano por su rostro y descubrió un enorme chichón en su sien. Frenética, miró a su alrededor en busca de ayuda. Cada vez se alejaban más del pesquero en llamas.

El agua tenía una apariencia negra y aceitosa en contraste con las lenguas de fuego que emanaban del barco. Sin éxito, trató de ver si los del pesquero lanzaban más lanchas al agua.

Buscó a tientas, hasta que sus dedos descubrieron un arcón y lo abrió. Para su fortuna encontró una linterna. Dirigió el haz de luz hacia la cara de Max, pero él no reaccionó. Le tomó el pulso y descubrió un latido constante, pero demasiado débil para ser normal.

El costado de su cara mostraba señales del golpe y empezaba a inflamarse.

Trató de acomodarle, sacó una manta del arcón y lo cubrió con ella. No sabía qué más podía hacer. El pesquero había desaparecido de su vista, excepto cuando las olas levantaban la lancha y, en la distancia, distinguía las llamas que lo envolvían.

¿Por qué explotaría el pesquero sin motivo aparente? ¿Serían ellos

la causa? Marisa se estremeció. Podían haber muerto. Todavía, a la deriva, podrían hacerlo. ¿Qué pasaría si Max no recobraba el conocimiento? No se permitiría pensar en ello. Antes había estado en situaciones de peligro; estaba entrenada para mantener la calma en situaciones límite. Si no podía contar con la guía de Max, tendría que ser ella quien tomara las decisiones.

Oyó una explosión y volvió la vista a donde calculaba que debía estar el barco. Por las llamas que se alzaron en el aire, supo que el pesquero había explotado. Observó en silencio hasta que el fuego desapareció y deseó que los demás hubieran podido escapar.

Se preguntó qué hora sería. No tenía manera de saber cuántas horas o minutos había dormido antes de la explosión. No tenía forma de saber cuánto faltaba para el amanecer.

Hurgó en el arcón para determinar cuáles eran sus provisiones. Contaba con una lona que los protegería del sol y paquetes con alimentos y botellas de agua. También algunas luces de emergencia.

Marisa encendió las luces con la esperanza de que alguien las viera y acudiera a rescatarlos. Max seguía sin moverse.

Al fin perdió energías y se quedó dormida con la cabeza de Max apoyada en su regazo.

Cuando despertó, Marisa abrió los ojos confundida y miró a su alrededor. Un sol brillante caía sobre ellos, pero lo más importante era que un yate enorme estaba cerca y que una lancha pequeña se acercaba al bote.

Se volvió hacia Max. Tenía un aspecto horrible, a la luz del día se veía mucho peor que por la noche.

—¿Max? ¿Me oyes? Nos han encontrado. La ayuda ya viene en camino —se inclinó y colocó la mejilla de él contra la suya—. Mantente firme ¿quieres?

Se fijó en la lancha a motor que se acercaba. Tenía que mantener las ideas claras y no flaquear. Si la explosión no había sido consecuencia de un accidente, distaban mucho de estar fuera de peligro.

Pero Max necesitaba atención médica. Ella era quien debía decidir lo que tenían que hacer.

Capítulo 6

—¡Ah, los de la lancha! ¿Se encuentran bien? —gritó alguien desde la otra embarcación.

—Max —murmuró Marisa—, espero manejar la situación de la mejor manera posible —luego se volvió para agitar la mano en saludo a quienes los rescataban.

Se inclinó sobre Max, tratando de protegerlo del sol brillante, y le tomó el pulso. Latía con más regularidad, lo cual la tranquilizó un poco.

La lancha a motor llegó a su lado. Uno de sus ocupantes saltó a bordo, ató su lancha a la motora, e indicó que podían regresar al yate.

Marisa sabía que tenía que inventar una historia que pareciera real y que protegiera su identidad. Recordó su última misión y supo que la historia de entonces tendría que bastarles.

No tuvo que fingir alivio al volverse hacia el hombre que acababa de subir a la lancha.

—No sé cómo nos han encontrado, pero les estoy muy agradecida. Mi esposo y yo tuvimos que abandonar nuestro velero. Resultó herido cuando nos subimos a la lancha —se volvió hacia Max y colocó una mano sobre su rostro en la parte no lastimada—. Espero que esté bien.

—No se preocupe, señora. Llegaremos al yate dentro de unos minutos. Tenemos un médico a bordo.

Esa sí era una buena noticia.

—Soy Marisa Chapman… y éste es Max, mi esposo —mintió con una sonrisa—. Estamos de vacaciones. Nos lo estábamos pasando muy bien hasta anoche, cuando el velero que alquilamos empezó a hacer agua y tuvimos que abandonarlo —se frotó la frente—. Va a ser un lío realizar todos los trámites para la reclamación al seguro.

Esperaba parecer una mujer atolondrada que no sabía hacer nada sin su pareja.

—Max siempre se hace cargo de todo eso —agregó para confirmar la impresión que pretendía dar—. No sé qué haría sin él —agregó por seguridad.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca comprendió que era verdad. No sabía qué haría si no supiera que Max estaba en alguna parte, haciendo lo que fuera necesario, siendo él mismo.

Decidió ignorar ese sentimiento. Se sentía amenazada. No

obstante… ahora que él estaba indefenso, lo prefería como era antes. Quería volver a verlo fuerte, escuchar su voz firme dando órdenes y esperando impaciente que fueran obedecidas.

De alguna forma ella había cambiado con los años. Ya no se sentía amenazada por los hombres. Contempló a Max, decidida a protegerlo de cualquier daño hasta que recobrase el conocimiento y pudiera cuidarse solo.

—¿De dónde son ustedes?

—De Kansas City, Missouri, en el Medio Oeste.

El hombre asintió. Los Chapman de Missouri, Marisa debería recordarlo y decírselo a Max tan pronto él volviera en sí.

Cuando llegaron al yate, Marisa temblaba nerviosa. Rogó que la herida de Max no fuera grave y que pronto recobrara el conocimiento.

En cuanto estuvieron a bordo, un hombre de apariencia distinguida en traje de baño y camisa salió a recibirlos.

—Bienvenidos a bordo del *Tempest*. Soy George Olson, de San Diego, California —dijo con una sonrisa—, aunque desde que me jubilé, no he pasado mucho tiempo allí.

Estrechó la mano de Marisa cuando ella se presentó y los miembros de la tripulación se hicieron cargo de Max. Los vio llevar el cuerpo inerte de Max y los siguió.

—Sé lo preocupada que debe estar —comentó George—. Le mostraré la cabina para huéspedes, donde usted y su esposo se instalarán hasta que podamos llevarlos a tierra. No estoy muy bien de salud, por lo que siempre viajo con un médico. Está esperando para reconocerlos a los dos.

—Oh, yo estoy bien —aseguró Marisa—. Sólo un poco sedienta.

Miró a su alrededor en el interior del yate. Jamás había visto tanto lujo. Siguió a su anfitrión por un pasillo hasta que se detuvo ante una puerta.

Si esa era la cabina para invitados ¿cómo sería la principal? Marisa estaba impresionada. Inmediatamente su mirada se posó en la cama, sobre la que yacía Max. Un hombre con pantalones blancos estaba inclinado sobre él y la chica supuso que se trataba del médico. Se volvió hacia ella al oírla entrar.

—Sufre una contusión cerebral. ¿Tiene idea de cuánto tiempo lleva inconsciente?

—Desde anoche. No sé con precisión cuándo se produjo el accidente —no necesitaba esforzarse por manifestarse preocupada—. No sabía qué hacer. Fue horrible. ¿Estará bien? —se volvió hacia Max.

—Las heridas en la cabeza son imprevisibles. En este momento lo único que puedo hacer es vigilarlo. Veremos cómo progresa. ¿Recobró el conocimiento en algún momento?

—No —se apartó para que el médico no viera las lágrimas que inundaban sus ojos.

—Le diré al camarero que traiga algo para comer, señora Chapman —le indicó George con amabilidad—, sé lo difícil que esto ha sido para usted —ella asintió sin hablar—. ¿Por qué no se da una ducha mientras yo le consigo ropa limpia? Mi hija no viaja con nosotros ahora, pero tiene algunas cosas a bordo. Estoy seguro de que no le molestará que usted use su ropa.

Marisa contempló su propia ropa e hizo una mueca. El pantalón estaba rasgado en una rodilla y tenía un hombro del suéter hecho jirones.

—Muchas gracias. Agradezco mucho sus atenciones.

—No se preocupe. Me alegro que los hayamos encontrado — George se volvió y salió de la cabina.

—Me gustaría reconocerla a usted también —comentó el médico. Marisa se sentó, obediente, y permitió que le tomara el pulso y la tensión.

—Nada que un poco de alimento y descanso no pueda curar — comentó el doctor cuando termino—. Han tenido ustedes mucha suerte —agregó.

—Lo sé —reconoció ella. Recordó el cielo iluminado por las llamas y se estremeció.

—Se sentirá mejor después de bañarse y de dormir —el doctor le palmeó un hombro.

Marisa lo vio salir y cerrar la puerta. Fue hasta la cama y se sentó en el borde.

—Oh, Max —suspiró y le tomó una mano—. Por favor, ponte bien.

Permaneció a su lado hasta que un camarero apareció con una bandeja y la dejó sobre una mesita de noche. También llevaba alguna ropa.

—Gracias —le indicó Marisa al recibir las prendas. Fue al baño y,

entonces tuvo la oportunidad de examinar su apariencia. ¡Con razón creía que también ella estaba enferma! Tenía el cabello alborotado, y la frente y los pómulos enrojecidos, mientras que su piel estaba pálida, con un preocupante tono verdoso.

Alejándose de la desagradable imagen del espejo, se quitó la ropa y se metió bajo la ducha, permitiendo que el agua tibia relajara la tensión de sus músculos.

Se sentía mejor cuando se secó. Entre las prendas que le habían llevado encontró ropa interior que le quedaba bien. Unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas completaron su atuendo. Regresó al dormitorio y comió la ensalada que había en la bandeja, al terminar apenas podía mantener los ojos abiertos. Recostándose al lado de Max, se quedó dormida de inmediato.

¿En dónde estaba? Max parpadeó, tratando de enfocar la vista. Tenía un tremendo dolor de cabeza… la reina de las resacas… y no podía ver bien. Finalmente se percató de que era de noche. Con razón no podía ver. Trató de acomodarse para aliviar el dolor de cabeza y dejó escapar un gemido.

—¿Max?

Al oírla, volvió la cabeza.

—Oh, Max, estás despierto. ¿Cómo te sientes?

Trató de hablar, pero tenía la garganta y la boca tan resecas que no podía hacerlo. Adivinando su necesidad, la mujer le acercó un vaso con agua. Se humedeció los labios y dejó que el líquido escurriera por su garganta.

—El doctor dejó unas pastillas para aliviarte el dolor.

—¿El doctor?

—Ah, veo que no sabes dónde estamos.

—No.

Asombrado, se tomó las pastillas que ella le ofrecía. Luego, le entregó el vaso vacío.

—Max, estaba tan preocupada. Te golpeaste la cabeza cuando abandonábamos el barco pesquero. Todo ocurrió muy deprisa. No pude avisar a nadie de que estabas herido y nos fuimos a la deriva. Gracias a Dios partimos antes de la última explosión. Espero que los demás pudieran escapar ilesos.

Max pensó en lo que ella le decía, tratando de asimilarlo.

—El médico dice que debes permanecer quieto unos días. El

propietario del yate que nos recogió se dirige a Mónaco, así que no estaremos lejos de nuestro destino original —al ver que él no respondía, agregó—: Les dije aquí en el yate que estamos de vacaciones y que íbamos a Niza. Sólo espero que esto no retrase mi encuentro con Troy. ¡Tengo que encontrar a Timmy! ¿Crees que estaremos preparados para enfrentarnos con Harry O'Donnell? Si lo crees conveniente, puedo enviar un mensaje en clave a tu oficina para pedir ayuda.

Max cerró los ojos, demasiado confundido para entender sus comentarios. Descansaría. Tal vez por la mañana encontrara algún sentido a lo que ella le estaba diciendo.

Marisa lo observó un largo rato. Las pastillas debieron surtir efecto. Max no se movió durante el resto de la noche.

Cuando Max volvió a despertar, ya era de día. Estaba solo. Con cuidado bajó de la cama y fue al baño. Al lavarse la cara, contempló su imagen en el espejo, lleno de perplejidad. Era obvio que llevaba varios días sin afeitarse. Un lado de su cara estaba inflamado y multicolor. Contempló en silencio la imagen que lo miraba con detenimiento.

Su nombre era Max.

El resto de la información que la mujer le había dado la noche anterior no tenía sentido para él. Iban rumbo a Mónaco. Trataban de encontrar a alguien llamado Timmy. Se suponía que él tendría un enfrentamiento de algún tipo con un tal Harry O'Donnell. Estaba de vacaciones.

También había dicho algo de un mensaje en clave. ¿De qué se trataría?

¿Quién era la mujer que había compartido su cama la noche anterior?

Su dolor de cabeza se incrementó. Necesitaba recostarse.

Estaba exhausto cuando llegó a la cama. Se acostó y cerró los ojos. Cuando se estaba quedando dormido, escuchó voces al otro lado de la puerta.

—Voy a ver a su esposo, Marisa, sólo para confirmar lo que nos ha dicho. Sin embargo, estoy de acuerdo con usted. Ahora que ha despertado, podemos tranquilizarnos. Me alegro de la noticia.

Demasiado cansado para entablar conversación. Max permitió que

sus párpados permanecieran cerrados y que el olvido lo envolviera de nuevo.

Ella se llamaba Marisa y era su esposa.

Al día siguiente, Max se sentía mejor y fue a cubierta con los demás. Permaneció sentado, observando, escuchando y esperando.

Observaba para ver cómo actuaban los integrantes del grupo. Qué sentían los unos por los otros.

Escuchaba en busca de información de las personas, sus planes, sus vidas.

Esperaba que no tardara en recuperar la memoria.

No tenía dudas en cuanto a su intención de no hacer saber a nadie que no recordaba nada. Sólo seguía sus instintos. No daría a nadie la ventaja de saber lo vulnerable que se sentía.

Ni siquiera a Marisa. Ni siquiera a su esposa.

A ella era a quién más vigilaba, tratando de recordar. Con seguridad debía recordar a la mujer con la que se había casado.

Su mente permanecía en blanco, por lo que esperaba, escuchaba y observaba.

También intentaba aprender de sí mismo. Se dio cuenta de que era un tipo muy extraño, que sospechaba de todo el mundo sin razón. Claro que confiaba en Marisa, o asumía que lo hacía. Sólo no quería dar a nadie ninguna ventaja sobre él.

Despertó de un sueño en mitad de la noche. Estaba haciéndole el amor.

Marisa, su esposa.

El sueño no lo sorprendió tanto. Parecía consciente de ella sin importar dónde estuvieran, lo que dijeran, o lo que hicieran.

Observó que ella no lo tocaba, lo que lo hacía preguntarse el porqué de su propia necesidad constante de tocarla a ella. ¿Sería la sensación de aislamiento actual lo que lo hacía buscarla? ¿Sería el hecho de que habían pasado varios días sin hacer el amor?

Tenía el presentimiento de que llevaban una vida amorosa muy activa. Verdaderamente, había hecho bien al casarse con ella. No sólo era una mujer muy atractiva, sino que demostraba un alto nivel de inteligencia y un muy agudo sentido del humor.

Estaba incómodo con la fuerte reacción física que experimentaba cada vez que pensaba en Marisa.

—Creo que iré dentro. Me molesta el sol.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Marisa.

—Sólo estoy cansado. Dormiré una siesta.

—Buena idea —comentó el médico que insistía en que lo llamara Henry—. Dale a tu cabeza la oportunidad de sanar.

Max ansiaba que así ocurriera. Lo que más deseaba en el mundo era recobrar la memoria.

De nuevo su descanso estuvo lleno de sueños. Aparecían escenas que se perdían en la bruma sólo para reaparecer en lugares diferentes.

Cuando abrió los ojos de nuevo, se sentía más descansado y tranquilo. Los recuerdos regresaban a él en fragmentos. Estaba en un aula dando clases; más tarde se encontraba en un acantilado con Marisa.

Invariablemente estaba haciéndole el amor.

Se levantó y fue al baño. Ya había entrado cuando descubrió que ella estaba allí. Era evidente que acababa de cerrar el grifo de la ducha porque buscaba una toalla.

—¡Oh!

Era tan excitante de ver en persona como en sus sueños. ¿Por qué necesitaba soñar con ella cuando la tenía enfrente?

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó con una sonrisa al entregarle la toalla.

Estaba divertido por la confusión de la chica. ¿Por qué la asombraba su sugerencia? Con seguridad no era la primera vez que se encontraban en tan íntima situación. La tomó de la mano con gentileza y la atrajo hacia él, luego con cuidado… le secó el cuerpo.

Ninguno de los dos hizo un sonido.

Cuando él terminó la tarea, ella estaba temblando, con los ojos llenos de la misma necesidad que Max experimentaba.

Al tocarse sus bocas al fin, surgió una combustión espontánea. Él ya no podía esperar. La necesitaba en ese momento. Sin soltarla, se quitó el pantalón corto, lo único que vestía, y la levantó, urgiéndola a que lo rodeara con las piernas por la cintura.

La sentía maravillosa contra su acalorado cuerpo. Cuando Marisa frotó los senos contra su pecho, no estaba seguro de poder controlarse y gimió.

Su intención era llevarla a la cama, pero no podía esperar. Reclinándola contra el mueble del baño se hundió en ella, alegrándose de que estuviera lista para recibirlo. Su respuesta podía

llenar varios volúmenes. Marisa lo necesitaba tanto como él a ella.

Terminó demasiado rápido. Todavía no quería soltarla. Colocándole los brazos lánguidos alrededor del cuerpo la tomó en brazos y la llevó a la cama que había abandonado unos minutos antes.

Se tendió junto a ella, recorriéndola con las manos, reviviendo sus sueños.

—Es evidente que te sientes mejor —logró decirle Marisa entre jadeos.

—Así parece —sonrió él, satisfecho. Se inclinó y le besó la punta de un seno. Marisa reaccionó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Max se relajó para disfrutar de la respuesta.

Poco después comenzó a explorar, trazando una senda descendente de besos, sobre su vientre, por un muslo hasta la rodilla y luego otra vez por el muslo hasta que la tocó íntimamente con la lengua.

De nuevo el cuerpo de Marisa se estremeció; sus uñas arañaban la cabeza y los hombros de Max como un gatito que afila sus garras. Max se acomodó y la besó con fervor, sosteniéndola para controlar sus movimientos. Nuevamente se vieron envueltos en oleadas de placer antes de que él volviera a tomarla.

Compartieron caricias y besos rápidos en tanto sus cuerpos se acoplaban a un ritmo de dar, recibir y retirarse.

Max le enmarcó el rostro con las manos, manteniéndola inmóvil para disfrutar contemplando su rostro.

—Ha pasado tanto tiempo —murmuró, sintiéndose seguro con el comentario. Dos días y dos noches eran demasiado tiempo.

Distinguió el millar de expresiones de la chica al escuchar sus palabras. ¿Acaso estaba comportándose de forma diferente a como solía hacerlo? ¿Sería culpa de él que Marisa no le mostrara mucho afecto desde que despertó para descubrir que había perdido la memoria?

Tal vez fuera culpa suya el que estuvieran distanciados, pero la compensaría por ello. Le demostraría cuánto la amaba y la deseaba.

Una tarea como esa no le resultaría pesada, a pesar de su falta de memoria.

Pronto no pudo pensar. Se vio obligado a dejarse llevar para liberar la tensión que se había apoderado de su cuerpo. La sintió

tensarse contra él, apretándolo hasta hacerlo gritar por el placer que ella le daba. Al escuchar su exclamación el cuerpo de Marisa dio un impulso convulsivo y lo atrajo hacia sí, hasta que se convirtieron en un todo perfecto, completo en sí mismo.

Max estaba exhausto, los músculos de su cuerpo se estremecían al liberar la tensión. Se volvió hasta quedar de lado junto a ella, todavía envolviéndola con los brazos.

Marisa se acurrucó contra él para dormirse. Max sonrió e hizo lo mismo.

Despertó más tarde cuando ella se movió.

—¿Adónde vas? —murmuró él, estrechándola.

—Creo que la hora de la cena se acerca. Debo ir a bañarme y arreglarme.

—Marisa ¿qué sucede? —insistió él al notar su titubeo en la voz.

Ella se apartó lo suficiente para mirarlo a la cara y luego movió la cabeza, intrigada.

—Sólo estoy confundida, eso es todo.

—¿Acerca de qué?

—De ti… de mí… de nosotros.

—¿Qué te confunde de ti… de mí… de nosotros? —preguntó imitándola.

—Has estado muy distante los últimos días y ahora… no sé qué pensar, cómo actuar, o…

Sabiendo que estaban de vacaciones, a Max le sorprendía haber actuado así.

—Cariño, supongo que he tenido tantas cosas en qué pensar, que no te he demostrado mis sentimientos.

—Max ¿estás seguro de que te encuentras bien? —Marisa lo observaba insegura.

—Me siento mejor a cada hora que pasa. Es evidente que necesitaba unas vacaciones.

—Unas vacaciones —repitió ella con cautela.

—Tal vez esto no sea lo que planeamos, pero no puedo quejarme del lujo que nos rodea. George es un magnífico anfitrión. Una vez que lleguemos a Mónaco podremos…

—¿Max, realmente sabes quién soy?

—Por supuesto que lo sé —respondió con una sonrisa—. Eres Marisa.

—¿Recuerdas por qué estamos en este yate? —preguntó con alivio.

—Nos rescataron. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—No lo sé. Supongo que trato de averiguar si el golpe de tu cabeza es más grave de lo que pensé al principio.

—¿Por qué? ¿Porque quería hacerte el amor?

—Bueno, debes reconocer que tu comportamiento se sale de lo ordinario.

Deslizó las manos hasta la cintura de Marisa y luego por las caderas, deteniéndose en sus muslos. Le parecía muy natural estar allí con ella, tocándola cuándo y cómo le viniera en gana. ¿Cómo podía eso ser extraño?

—Actúas como si nunca hubiéramos hecho el amor antes.

—Pues ha pasado tanto tiempo… quiero decir, yo me marché sin darte la oportunidad de hablar. No sabía por qué te comportaste así que volví a verte. Tenía la impresión de que ya no te importaba.

Ah, así que de eso se trataba. Las vacaciones eran para buscar una reconciliación. Eso explicaba muchas cosas. No cabía duda de que él era un hombre orgulloso. No debía encajar nada bien que su mujer lo abandonara a causa de una discusión.

—Bueno, estaba dolido, por supuesto. Sé que nos pertenecemos y el que te marcharas antes de que tuviéramos la oportunidad de arreglar las cosas, me puso furioso.

—Tienes razón, por supuesto —aceptó Marisa luego de analizar sus palabras—. Fui una cobarde al escapar así. Pero tu ascenso introdujo un cambio muy importante en nuestra relación. Una cosa era trabajar como iguales, pero al convertirte en mi jefe, temí que usarías tu poder en mi contra, no sólo como mi superior, sino como el hombre al que yo amaba.

¡Lo había admitido!, pensó él, con evidente alivio. Ella lo amaba. Bueno, en cierto modo lo sabía por la forma en que ella se había entregado. Pero el que lo expresara con palabras significaba mucho para él.

El saber que lo había abandonado, le dolió. No le agradaba.

—Bueno, al menos ya estamos juntos.

—Claro que estamos juntos —suspiró ella—. Y estamos a salvo… al menos hasta que bajemos a tierra.

¿A salvo? Una señal de alarma sonó en la mente de Max. ¿Es que

antes no estaban a salvo? Bueno, era evidente que tuvieron un incidente en alta mar. Tal vez a eso se refería ella. Pero, por si las dudas, debía mantenerse en estado de alerta y no despistarse ni un momento.

—Vayamos a ducharnos juntos —Marisa se inclinó y le dio un beso rápido—. Ahorraremos tiempo y así no llegaremos tarde a cenar.

Pero fue todo lo contrario… ¡Llegaron muy tarde a cenar!

Capítulo 7

—¿Te gusta pescar, Max? —le preguntó George durante la cena esa noche.

—No, George —respondió Max sin titubear. Luego se preguntó cómo podía estar tan seguro. Marisa lo miraba sorprendida con el tenedor en el aire.

«Ahora va a resultar que voy de pesca los fines de semana», pensó Max, ligeramente aturdido.

—Supongo que no hay muchos lugares para pescar en Kansas City —comentó George con una sonrisa.

Max tuvo un recuerdo súbito de otra ocasión en la que salía en un bote en la playa ¿Kansas City? ¿Acaso no era originario de California? ¿Cómo sabía eso? En realidad no lo sabía, aunque tenía la sensación de haber estado allí de niño… Kansas City, sin embargo, no le decía nada.

—Si no tienen prisa —agregó George ante el silencio de Max—, podríamos pasar mañana el día en un lugar en el que me gustaría pescar. Claro que si necesitan llegar a tierra cuanto antes… —dejó que sus palabras se perdieran en el aire.

De nuevo, Max miró hacia Marisa; ella lo observaba atenta. Tal vez se preguntaba si él insistiría en que abandonaran el yate tan pronto como fuera posible.

Pero unas vacaciones eran unas vacaciones ¿o no? George era un anfitrión muy amable. En ese momento no tenía que preocuparse por ganarse la vida.

—No tenemos prisa, George —tomó la mano de Marisa al hablar —. ¿No es cierto, cariño?

Notó que Marisa ocultó su sorpresa de inmediato, pero no logró controlar el temblor de su mano. Así que no estaba tan segura de él en su relación como pretendía. Le llevaría tiempo convencerla, de ello estaba seguro, pero debía admitir que lo entusiasmaba el reto.

Más tarde, cuando yacía en la cama y esperaba que ella se reuniera con él, Marisa comentó:

—Me sorprendió oírte decir que no te gusta pescar.

—¿Por qué?

—Bueno, tal vez no sea tan sorprendente. Siempre ibas de pesca con tu padre. Tus sentimientos de esa época de tu vida deben estar mezclados con las actividades que compartías con él.

—Supongo que nunca le di mucha importancia —se encogió de hombros.

—También me parecía que considerabas urgente el que llegáramos a Niza.

—Nada me parece más urgente que estar contigo —sonrió Max—. La otra mañana tuve la sensación de que despertaba a una nueva vida. Quiero saborearla.

—Oh, Max ¿tú también lo consideras así? —Marisa se levantó del tocador y fue hacia él—. Es como si alguien nos diera una segunda oportunidad de arreglar las cosas entre nosotros.

—A mí me parece lo mismo —Max la atrajo a su lado y le quitó la bata para dejarla desnuda ante él.

—No crees que deberías establecer contacto con tu oficina. Deberías informarles de que estás bien.

¿Llamar a su oficina en vacaciones? ¿En qué vicios de adicción al trabajo había caído?

La besó detrás de la oreja y a lo largo del mentón.

—Si lo consideras necesario, lo haré… mañana.

Tal vez al día siguiente recordaría más cosas de su vida. Mientras tanto, pensaba disfrutar al máximo cada momento.

Después de desayunar a la mañana siguiente, Marisa llevó a Max a un lugar apartado.

—Decidí llamar a tu oficina, dado que te quedaste dormido hasta tarde —le comentó—. Creo que tu jefe habría aceptado que yo lo llamara si todo estuviera bien, pero al enterarse de que estabas herido, insiste en que lo llames. Hasta me dio un nuevo número directo que yo no conocía para que lo hagas.

Le entregó una hoja de papel y Max frunció el ceño al mirarlo.

Su memoria mejoraba como esperaba. Lamentablemente, no lograba encontrar sentido a lo que iba recordando. Veía las cosas como si tuviera la edad de un niño. Había muchas escenas en las que sentía desolación y desesperación. Se preguntaba por qué. ¿Qué había pasado durante sus primeros años de vida que sus imágenes le provocaban tanto dolor?

Tenía que decirle a Marisa lo de su pérdida de memoria, pero todavía dudaba. ¿Se molestaría porque no se lo había dicho desde el principio? ¿Cómo reaccionaría al saber que no recordaba nada de ella antes de que llegaran al yate? ¿Creería que él se había aprovechado

de la situación? En lo que a él concernía, acababan de conocerse. No recordaba nada de su matrimonio. Nada.

No la culparía si se molestaba. Y ¿de qué serviría que se lo dijera? No iba a recuperar la memoria por el hecho de contárselo, aunque hablar con ella podía serle de ayuda…

Contempló el papel que sostenía en la mano. Tal vez tenía la respuesta, por el momento.

Usando el moderno sistema de comunicación telefónica de George, pronto escuchó el timbre del teléfono al otro extremo de la línea.

—¿Hola?

—Habla Max. Marisa me ha dicho que querías hablar conmigo.

—Así es. Me dijo que recibiste un golpe en la cabeza y que sufriste una contusión cerebral, pero que ya pareces estar bien. Quería asegurarme de que te crees capaz de hacer frente a Harry tú solo. De no ser así, puedo enviar a alguien para que te ayude cuando llegues a Niza.

Obviamente no podría hacerse cargo de Harry si no sabía quién diablos era el tipo. ¿Por qué poner en peligro su trabajo sólo por guardar un secreto?

—En realidad tengo un pequeño problema. No creo que sea grave, pero en este momento tengo un impedimento.

—¿Qué sucede?

—Es un poco complicado, verás, no… no recuerdo nada.

—¿Qué sucede?

—Tengo cierta amnesia. No es tan severa como para no saber cómo funcionar o nada de eso. Sólo se trata de que no recuerdo nada de lo que ocurrió antes de despertar con un terrible dolor de cabeza.

—Max, esto no es algo que debas tomar a la ligera. ¿Por qué no lo mencionó Marisa cuando me llamó?

—Ella no lo sabe. No se lo he dicho a nadie, ni siquiera al doctor.

—¿Cómo es eso posible? Si no recuerdas nada ¿cómo supiste que debías llamarme?

—Marisa lo mencionó. Fue tan amable que hasta me dio tu nuevo número.

—Así que siguiendo tu inimitable estilo, has continuado tu camino a ciegas y sin decir nada.

—¿Quieres decir que ese es mi comportamiento típico?

—Lamentablemente, así es. Nunca das una ventaja a nadie, por

pequeña que sea. Supongo que ella no te ha dicho quién soy yo.

—No, sólo que trabajo para ti.

—Eso es cierto. Ahora, escúchame. No quiero que juegues al héroe. Tan pronto como regreses a tierra firme, quiero que tomes el primer avión de regreso a Estados Unidos. Haremos que te vea un especialista. Olvídate de O'Donnell. Él puede esperar. Ahora que sabemos la verdad acerca de él, podremos quitarlo de en medio.

—¿Querrías contestar una sola pregunta? ¿En qué negocio estamos metidos?

—Me temo que no estoy en libertad de hablar de eso en este momento —le indicó el hombre después de una larga pausa.

—¿Tiene nuestro negocio algo que ver con el hecho de que esté en Europa a bordo de un yate propiedad de George Olson?

—Directamente, no. Pero allí estarás a salvo. Ya hice que lo investigaran. Es quien dice ser.

—¿Qué es todo ese asunto de estar a salvo? Marisa lo mencionó anoche. No quise preguntar demasiado.

—Marisa puede contestar a todas tus preguntas, Max. Tengo curiosidad por saber por qué decidiste no hablarle de tu problema.

—No estoy seguro. No lo consideré prudente, nada más.

—Siempre he confiado en tu instinto, y seguiré haciéndolo, a pesar de que no recuerdes nada. Regresa a Estados Unidos tan pronto como te sea posible. Tal vez para entonces hayas recobrado la memoria. Si no es así, te ayudaremos.

—Quizá tengas razón. Empiezo a recordar escenas, pero en este momento no significan nada para mí. A propósito ¿en dónde estás?

—En Washington.

—Entonces ¿por qué todos a bordo creen que somos de Kansas City?

—Tal vez sea una de las tapaderas que Marisa y tú usabais cuando trabajabais juntos.

—Me temo que no te entiendo.

—Lo lamento, no puedo entrar en detalles en este momento. Hablaremos cuando estés de regreso.

Max cortó la comunicación y salió del despacho de George con jaqueca. Iría a recostarse un rato y vería si mejoraba. De no ser así, pediría un medicamento a Henry.

El dolor era tremendo. A tientas avanzó por los pasillos hasta su

cabina y entró con una sensación de alivio.

Se tendió en la cama e hizo varias aspiraciones profundas para poner su mente en blanco. Cuando estaba por perderse, recordó una pregunta que quería hacer.

¿Cuánto tiempo llevaba casado?

Un ligero ruido en la puerta lo hizo despertar de pronto, algún tiempo después. Instintivamente, se puso a buscar la pistola bajo la almohada. Pero no hacía falta, era Marisa.

¿Su pistola? ¿Por qué habría de tener una pistola bajo la almohada?

—Oh ¿te he despertado? —preguntó ella—. Lo siento. Pensé que te reunirías conmigo en cubierta cuando terminaras de hablar por teléfono.

Max se permitió relajarse sobre la almohada. Lo alegró que la jaqueca hubiera disminuido un poco. Quería evitar los medicamentos lo máximo posible. Lo atontaban demasiado. Necesitaba mantenerse en estado de alerta.

—Marisa, tenemos que hablar —se enderezó y sentó en la orilla de la cama.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha sabido él algo acerca de O'Donnell?

—¿O'Donnell?

—¿No es de eso de lo que tenemos que hablar?

Marisa frunció el ceño.

—Tengo un pequeño problema y más vale que te enteres de ello.

Max sacudió la cabeza como si quisiera liberarse así del dolor de cabeza.

—Muy bien —Marisa se sentó en una silla cerca de él, interesada.

—El golpe en la cabeza me ha dejado un tanto confundido. Tengo algunas lagunas mentales y me es difícil ponerlo todo en orden.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Pensé que recordaría pronto, y no quería alarmarte. No lo he olvidado todo —intentó una risa forzada—. Por ejemplo, no he olvidado lo que siento por ti.

—¿Estás seguro? —Marisa lo estudió con detenimiento—, la pérdida de memoria explicaría parte de tu comportamiento de los últimos días.

—En realidad estoy bien. No quería que te preocuparas por mí.

—En realidad he disfrutado mucho estos días —Marisa se relajó en

su asiento—. Tu comportamiento ha sido maravilloso; además, has estado mucho más tranquilo y abierto conmigo.

—¿Lo dices en serio?

—Mmm —respondió ella con una sonrisa.

Cuando lo miraba así, la mente de Max se ponía en blanco. Trató de asirla y ella se dejó atrapar, dispuesta, hasta que quedaron recostados sobre la cama.

—¿Dices que más tranquilo? —Max le tomó la mano y la colocó sobre una parte de su anatomía que distaba mucho de estar tranquila.

—No sabía que causase ese efecto en ti… al menos —se rió la chica.

—Entonces, debo ser un actor excelente. Reacciono así cada vez que te veo, en la ducha, en mi cama, durante el desayuno, mientras tomas el sol… —al hablar, sus manos le quitaban la ropa.

Ella hizo lo mismo hasta que sólo la brisa que se colaba en la cabina era lo único que los separaba.

En esa ocasión Marisa decidió tomar una participación más activa, colocándose sobre de él, enmarcándole el rostro con las manos.

—Déjame hacerte el amor ¿de acuerdo? —murmuró, dándole besos ligeros.

Max sintió que sus senos le rozaban el pecho, el cabello que le cosquilleaba los hombros, el movimiento de sus caderas, las manos que lo acariciaban. Cuando su boca lo tocó íntimamente, ya le era difícil meter aire en los pulmones.

¡Suficiente! ¡No podría soportar más sin explotar! La levantó sobre él para dejarla con las rodillas a ambos lados de sus caderas. Le puso las manos en la cintura y la colocó de manera que lo recibiera en toda su longitud. Ella dejó escapar un jadeo de placer cuando la inclinó hacia adelante para tomar un delicioso pezón entre los labios.

Permitió que ella fijara el ritmo, deleitándose en las respuestas que él le provocaba con lo que le hacía. ¡Cómo amaba a esa mujer! Era todo lo que hubiera podido desear en una esposa. Agradeció que lo hubiera comprendido en algún momento de su pasado, aunque él no lo recordase.

Cuando llegó al límite, volvió a asumir el control sosteniéndola ligera entre sus manos y guiando sus movimientos para acoplarlos a los más rápidos y bruscos de él, hasta que cruzaron la meta en un torbellino de placer.

Marisa se desplomó sobre él, abrazándolo con fuerza. Max sentía el rápido palpitar de su corazón contra su pecho, y oía su respiración, mientras trataba de llenar sus pulmones de nuevo. El aroma de su perfume los rodeaba. Su sabor todavía estaba en sus labios y deslizó la lengua sobre ellos.

—¿Max? —preguntó ella más tarde, frunciendo el ceño.

—¿Sí?

—Tal vez no debimos excedernos. ¿Te sientes bien de la cabeza?

—¿A quién le importa? El resto de mí está de maravilla, gracias.

—Me preocupas.

—El doctor dijo que tendría algunos dolores residuales durante un tiempo. Estaré bien.

—Me refiero a tu pérdida de memoria —se deslizó a su lado y apoyó la cabeza en una mano. Con la otra trazaba círculos sobre el pecho de Max—. ¿Qué es lo que recuerdas de O'Donnell?

—No mucho —reconoció él.

—¿No recuerdas que puede ser un traidor y que es posible que sea el responsable de la muerte de algunos de tus hombres?

Max se esforzó por no demostrar la impresión que sus palabras habían causado en él. ¿Sus hombres? ¿Asesinados? ¿Un traidor?

Cualquiera que fuera su ocupación, era peligrosa. Sabía que su base estaba en Washington y una idea horrible surgió en su mente. ¿Sería el jefe de una banda? ¡No, imposible! Aunque no recordaba nada, sabía que él no sería capaz de eso.

—Háblame de O'Donnell.

—¿Recuerdas que te comenté que había oído que planeaba hacerse cargo de alguien? Puede estar involucrado en los robos y el contrabando que se han estado efectuando.

—Pero ¿no lo sabemos?

—No, primero ibas a ayudarme a salir de la zona de peligro. Yo seguiría con la búsqueda de Timmy ¿recuerdas a Timmy? —le preguntó después de una pausa y ante su negativa, comentó—: Timmy es mi sobrino. El marido de mi hermana puede tenerlo con él.

—¿Tú estabas buscándolo? —le horrorizó la idea de que su esposa estuviera haciendo algo tan peligroso.

—Yo soy la única a quien ella podía pedírselo —le informó Marisa. Max advirtió el tono defensivo en su voz y se preguntó si habría sido el que provocó el distanciamiento entre ellos.

No le sorprendía. Todo encajaba. Ella le informó que iría a buscar a Timmy. Él no estuvo de acuerdo, pero Marisa lo hizo a pesar de todo y tuvo que seguirla, evidentemente a tiempo para librarla de las garras del tal O'Donnell.

Vaya, tenía una mujer independiente, dispuesta a hacer lo que consideraba necesario sin tener en cuenta las consecuencias.

La admiraba por ello… en cierta forma. Sólo tendría que aprender a tratarla con mayor delicadeza. O tal vez ya había aprendido la lección. Tenía la impresión de que era un adicto al trabajo, y algo le decía que no pasaba en casa el tiempo suficiente.

¡Quizá necesitaba ese golpe en la cabeza! Al menos parecía que estaba descubriendo muchas cosas sobre sí mismo, cosas que antes no debía saber…

Capítulo 8

¡El dolor! Era como si la cabeza se le estuviera rompiendo en mil pedazos. Se obligó a salir de un sueño profundo, tratando de comprender por qué le dolía tanto. ¿Qué le sucedía?

Intentó sentarse en el borde de la cama. Estaba trabajando demasiado, eso era todo. Estaba tan preocupado por… Había algo que lo preocupaba. ¿De qué se trataba?

Algo andaba mal. ¡De eso se trataba! Estaba perdiendo agentes y no sabía por qué. La cabeza le palpitaba tanto, que apenas podía pensar. Tal vez podría tomar algo para aliviarse. Se volvió para buscar la lámpara de noche, mas no la encontró. Estaba más cansado de lo que creía.

Se levantó y rodeó la cama. Encendería la luz del pasillo, lo cual bastaría para que llegara a la cocina. Cada paso era…

—¿Max, pasa algo malo?

Él se volvió sorprendido. ¡Había una mujer en su dormitorio! ¿Quién diablos…?

Una luz se encendió iluminando la habitación con un brillo cegador.

—¿Max? ¿Qué sucede? ¿Adónde vas?

¡Esa voz! Él conocía esa voz. No era la primera vez que lo atormentaba.

La habitación comenzó a girar, creando luces y sombras… sombras y luces… cedían… luz.

Se sintió caer y suspiró con alivio. Al menos escapaba al dolor.

—Como ya te he dicho, Marisa, las heridas de la cabeza a veces son un misterio. No tengo una explicación para esto. No creo que haya vuelto a lastimarse al caer. Para su fortuna estaba lo bastante cerca de la cama y la mayor parte de su cuerpo cayó sobre ella. No puedo explicar por qué está inconsciente desde hace dos días. Quisiera poder hacerlo. La hinchazón de su frente ha desaparecido; sus pupilas están de nuevo normales. Es un misterio.

Max permanecía inmóvil con los ojos cerrados, escuchando. Era perfectamente capaz de pensar con claridad y tenía la impresión de encontrarse en un punto desde el cual podía ver hacia atrás y al futuro con la misma facilidad…

Había resultado herido, pero ya estaba bien. Recordaba haber

perdido el equilibrio al desembarcar del pesquero.

Recordaba… y lo hizo con un estremecimiento… que estaba con Marisa. De alguna forma lo habían convencido de que estaba casado con ella. ¿Cómo pudo creerlo? ¿Cómo pudo su mente engañarlo así? ¿Había una parte de él que en secreto lo deseaba?

Oyó que la puerta se cerraba al otro lado del cuarto y abrió los ojos despacio. Lo primero que vio fue a Marisa apoyada contra la puerta, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Marisa? —logró preguntar.

—¡Oh, Max! —corrió a arrodillarse a su lado con los ojos bañados en lágrimas—. Creía que te estabas muriendo. No podría soportar perderte de nuevo. ¡No podría pasar por lo mismo otra vez!

¿Qué había hecho? Los últimos días fueron una fantasía para él, la oportunidad de fingir que tenía una esposa amorosa, que él era un hombre casado. Se negaba a hacer concesiones atribuibles a su pérdida de memoria. Sabía que ella había estado fingiendo, había usado la misma tapadera que emplearon cuando salieron a su última misión juntos. En esa ocasión, dijeron que eran una pareja de vacaciones.

Lamentablemente, ahora él había resultado engañado.

Lo importante era ¿qué hacer ahora?

—Marisa, lo lamento.

—Por favor, no te disculpes —le tomó una mano y la sostuvo entre las suyas—. El doctor dice que a veces suceden cosas como éstas. ¿Cómo estás de tu cabeza?

—Muy bien —sonrió; ya no sentía dolor—. ¿Tú estás bien? —preguntó, tocándole la mejilla con un dedo.

—Más que bien ahora que has despertado —lo miró con severidad fingida—. ¡Y por más que insistas, no volveremos a hacer el amor hasta estar seguros de que la actividad no te provocará una recaída!

Al menos ya era algo. ¿Cómo iba a controlar sus emociones tumultuosas si seguía haciéndole el amor a Marisa? Nunca se había sentido tan confundido. Le parecía que acababa de salir de un sueño… de una maravillosa fantasía… sólo para descubrir que había sido real.

A pesar de sus propósitos, había vuelto a enredarse con Marisa.

¿Cómo podía admitir ante ella todas sus dudas? Sólo de una cosa estaba seguro. Era un adicto al trabajo. Eso era lo que hacía mejor; lo

que mejor le iba. Sus recuerdos en cuanto a relaciones no eran muy buenos. Todos los que significaron algo para él… sus padres, su hermana, hasta Johnny, todos murieron.

¿Era amor lo que sentía por Marisa? No tenía idea. ¿Estaba preparado para mantener una relación con ella? Dos semanas… una semana antes, habría dicho que no.

Ahora no estaba seguro de lo que debería hacer. Le parecía que había caído a un precipicio y que estaba suspendido en el aire sin nada de qué asirse. Ninguna de sus decisiones pasadas podía ayudarlo en ese momento.

—Voy a darle a Henry la buena nueva —Marisa se puso de pie—. Estoy segura de que querrá reconocerte de nuevo.

Maldición, ya estaba harto de que lo manipularan. Quería regresar a trabajar. Tenía una misión. Eso era lo importante. Tenía un trabajo que cumplir.

—¿Cuándo llegaremos a Mónaco?

—George cree que estaremos allí al amanecer —Marisa le brindó una sonrisa traviesa—. Me parece recordar que no tenías prisa en llegar.

Max cerró los ojos. ¿Qué podría decirle que no le pareciera fuera de lugar, al menos para el hombre amoroso que pretendía ser?

¿Pretendía? ¿Eso fue lo que hizo? ¿O en verdad ese hombre amoroso era parte de él, perdida en el fondo de su mente, deseosa de salir a la superficie?

—Me gustaría aclarar la situación de O'Donnell cuanto antes, eso es todo.

—A mí también. En especial si Troy está involucrado. Quisiera saber por qué tenía que apoderarse de Timmy de esa forma. No tiene sentido.

—Para molestar a tu hermana. ¿No dijiste eso?

—Supongo —Marisa lo miró y apartó la vista de nuevo. Le palmeó la mano—. Iré en busca de Henry. Permanece acostado y descansa.

Max se sentó despacio cuando ella salió de la habitación. El mareo anterior había desaparecido. Se tocó la sien. Todavía le dolía, pero no mucho.

Había pasado por situaciones difíciles antes. Ahora tendría que hacer frente a ésa.

—No sé cómo agradecerte toda tu ayuda, George —declaró Max cuando se disponían a desembarcar a la mañana siguiente.

—Henry hizo todo el trabajo, Max. Sólo me alegro de que os descubriéramos a tiempo.

—Sí, eso hace pensar a un hombre en que los milagros suelen ocurrir ¿no te parece?

Al fin logró separarse de su amable anfitrión y abordar la lancha para el trayecto a tierra. El puerto estaba lleno de embarcaciones que llegaban y partían. Max iba al lado de Marisa y observaba la actividad con atención.

—Hay algo diferente en ti —comentó Marisa al fin.

—Tal vez echas de menos los colorines de mi cara —le indicó él, volviéndose hacia ella—. No parece muy brillante ahora.

—No es eso, Max. Me da la impresión de que estás distante, alejado de mí.

—Estoy pensando en lo que haremos una vez que lleguemos a tierra.

—¡Eso es! Ya no consideras el tiempo que pasamos juntos como unas vacaciones. Estás trabajando de nuevo.

—Supongo que es cierto.

—Echo de menos al hombre que estaba de vacaciones.

—Ni siquiera estoy seguro de que exista —le indicó Max con una media sonrisa.

—Lo sé. También para mí ha sido una sorpresa, pero muy agradable. Soy otra persona, mucho más feliz, desde que sé que me amas. Donde está el amor, todo puede suceder, hasta milagros.

Max pensó en su comentario el resto del trayecto. «Donde está el amor». ¿Estaba ahí la diferencia entre la felicidad y la tristeza? No lo sabía, pero ya no tenía la sensación de estar solo en el mundo.

Empezaba a agradarle la idea, ahora que comenzaba a aceptarla.

Tan pronto llegaron al muelle, los miembros de la tripulación los ayudaron a desembarcar y se despidieron.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Marisa, mirando hacia las calles.

—Necesito hacer una llamada. Busquemos un teléfono público.

Minutos después, Max esperaba la comunicación trasatlántica.

—Habla Max.

—Tengo todo dispuesto para tu regreso.

—Ya no es necesario. Estoy bien.

—¿A qué te refieres?

—Ya he recobrado la memoria. Todo lo que necesitaba eran unos días de descanso.

—Tú eres el mejor para saberlo.

—Sí. ¿Hay algo nuevo con respecto a O'Donnell?

—Hemos recibido información suya. Quiere asegurarse de que los hombres que enviemos estén en el interior los próximos días.

—Lo cual indica que pronto habrá una entrega a lo largo de la costa.

—Es la misma conclusión a la que yo he llegado.

—¿Hay alguien vigilándolo?

—Nada demasiado evidente. Reconocería a cualquiera. Cuento con el hecho de que no sabe que sospechamos de él.

—Pero vio a Marisa.

—¿Tiene algún motivo para sospechar que ella lo ha denunciado?

—No. Sabe que Marisa dejó la Agencia cuando yo fui ascendido.

—Lo cual podría hacerlo pensar que no hay buenos sentimientos entre vosotros.

Interesante elección de palabras, decidió Max.

—Trataré de enviar a Marisa de regreso a Estados Unidos. Sin embargo, no tengo autoridad para obligarla a hacerlo si insiste en que quiere quedarse.

—¿Hay algún problema con eso?

—Ella no es miembro de la Agencia, no debería participar en una operación.

—Bajo las presentes circunstancias, sugiero que nos olvidemos de las reglas un poco. Si no fuera por ella, todavía estaríamos a ciegas tratando de encontrar las fugas en nuestro sistema.

Max sabía cuándo estaba derrotado.

—Lo llamaré después de establecer contacto.

—Hazlo —fue la respuesta tajante que recibió.

—Necesitamos alquilar un coche y adquirir un mapa de la región —comentó Max a Marisa cuando terminó la llamada.

—¿Necesitamos? ¿Significa eso que vas a permitirme que vaya contigo?

—¿Serviría de algo que me opusiera?

—No.

—Entonces, guardaré energías. Vámonos.

Estaban enfrente de la agencia de alquiler de coches, cuando un lujoso automóvil negro se acercó a ellos. Max tomó a Marisa del brazo y trató de alejarla, pero era demasiado tarde.

—Suban al coche y la dama no resultará lastimada —le dijeron, mientras dos hombres armados con pistolas lo empujaban al interior del coche. Marisa trastabilló detrás de él. El automóvil partió a toda velocidad.

Max maldijo entre dientes. Llevaba demasiado tiempo detrás de un escritorio. Nunca debió permitir que eso sucediera.

Marisa contemplaba con atención el interior del coche. La ventana entre el conductor y el asiento posterior estaba cerrada. No podían identificar a quien conducía.

—¿Qué crees que será todo esto? —preguntó ella en voz baja.

—Creo que O'Donnell siempre supo dónde estábamos —contestó Max.

—¿Consideras que estuvo detrás de la explosión del pesquero?

—No me sorprendería.

—Entonces ¿cómo sabe que sobrevivimos?

—Es uno de los mejores en el negocio. Es probable que tuviera gente en la costa esperándonos. No fuimos muy discretos cuando desembarcamos del yate esta mañana.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esperar a ver a qué tenemos que enfrentarnos.

Max observaba los alrededores, tratando de identificar lugares familiares, pero le era difícil ya que hacía varios años que no visitaba Europa.

Se reclinó en su asiento y decidió esperar a ver qué sucedía.

Después de más de dos horas, el coche pasó entre dos pilares de piedra y siguió un largo sendero serpenteante hasta un castillo antiguo. Nada le era conocido.

Cuando el coche se detuvo, alguien abrió la puerta a Max, que bajó y se volvió para ayudar a Marisa. El hombre que había abierto la puerta les indicó que subieran la escalinata hasta la entrada principal. Antes de que llegaran, se abrió la puerta y una mujer de edad mediana, con uniforme de doncella, los llevó hasta una habitación grande.

—Monsieur estará pronto con ustedes —anunció antes de partir.

Aunque la mansión era antigua, era evidente que su interior había

sido renovado y el mobiliario era lujoso. Las pinturas que colgaban de las paredes eran dignas de estar en un museo. Al oír que la puerta se abría, Max se volvió.

Un desconocido se dirigió de inmediato hacia Marisa.

—Gracias, querida. Hiciste precisamente lo que esperaba. Harry quedará complacido.

—¡Troy! —exclamó Marisa sorprendida.

Así que ése era el marido de la hermana de la chica, pensó Max.

Tendría unos cincuenta años; era esbelto y con un aire distinguido que atraería a las mujeres.

—¿Sabes dónde está Timmy? ¿Tú lo trajiste contigo? He estado buscándote por todas partes…

—Lo sé, querida. Esperaba que me siguieras, y sabía que acabarías pidiendo ayuda —se volvió y se dirigió a Max—. No creo que hayamos sido presentados, si bien he oído hablar mucho de ti. Soy Troy Chasen tú debes ser el famoso Max Moran.

—No sé qué quiere usted decir. Estoy seguro de que no soy famoso —Max lo miraba directamente a los ojos y arqueó una ceja.

—Ah, Harry no me dijo que fueras tan modesto… otra virtud digna de admiración.

—Troy ¿de qué se trata todo esto? —preguntó Marisa, acercándose.

—Es un plan muy simple y también muy ingenioso por mi parte, debo admitirlo, querida. Harry lleva mucho tiempo quejándose del irritante hábito de su jefe de arruinar muchos de nuestros embarques —comentó Troy—. Decidimos acabar con él, pero no sabíamos cómo atraerlo a nuestras redes. Accidentalmente, Harry se enteró de que mi cuñada era Marisa Stevens, una antigua agente con quien él había trabajado. Cuando me lo contó, supe lo que debía hacer para que nuestro amigo, aquí presente, viniera a visitarnos.

Marisa jadeó y Max se volvió a mirarla. Estaba muy pálida mientras contemplaba a Chasen, horrorizada.

—¡Oh, no, Troy!

—Así es. Siempre he conocido tu pequeño secreto, querida. Sólo que no sabía quién era Max. Comprobé la fecha y los detalles… todo coincidía. Agrega eso a los comentarios de Eileen a través de los años, y comprenderás que no resultara tan fácil llegar a la conclusión adecuada.

—No tengo ni la más remota idea de lo que habla, Chasen —declaró Max—. ¿Acaso la está amenazando?

—¿Amenazarla? No. Yo contaba con que Marisa te traería hasta nosotros, Max. Amenazada por la posibilidad de perder a su hijo, Marisa de inmediato acudió a su padre en busca de ayuda.

Capítulo 9

—¿En dónde está Timmy? —exigió Marisa.

Max los contemplaba a ambos, tratando de encontrar algún sentido al comentario de ese hombre. ¿Estaría loco? ¿De qué hablaba? Marisa había dicho que Chasen no era el padre del hijo de Eileen… el sobrino de Marisa.

—Está a salvo. Por el momento.

—¿Cómo pudiste hacer esto, Troy? Se trata de una criatura inocente. Siempre fuiste bueno con él. ¿Por qué nos sometes a los dos a este horror?

—Por necesidad, querida. Nada más y nada menos. Decidimos que Timmy sería el señuelo perfecto para atraer a Max hasta aquí, lejos de su entorno protegido.

—Pero él no sabe nada —protestó la chica—. ¿No comprendes? ¡Yo nunca se lo dije!

Max sabía que, en ocasiones en especial, en los momentos en que la vida está amenazada, el tiempo parece transcurrir en cámara lenta, como si se diera a las personas la oportunidad de apreciar todo lo que los rodea, analizarlo y actuar a fin de protegerse. Ese extraño fenómeno le había sido de utilidad en el pasado. En esa ocasión no podía pensar en nada que lo protegiera de la información que acababa de recibir.

El impacto fue tan fuerte que incluso estuvo a punto de caerse. Tanto Marisa como Chasen lo observaban atentos. Marisa mostraba desolación. Chasen una despreocupada diversión.

La furia lo invadió al comenzar a unir las piezas del rompecabezas. Todo había sido planeado, incluyendo la llamada de Marisa pidiendo ayuda. De alguna forma, ellos supieron que acudiría en su auxilio.

¡No! Eso no era lo que Chasen decía. Creían que él estaba al tanto de la existencia del niño. Pensaban que el niño sería el señuelo que lo llevaría allí; un niño que él ni siquiera sabía que existiera.

—Bueno, ahora que me tienen ¿qué se proponen hacer conmigo?

—Ah, sí, ir al fondo del problema, de eso se trata. Harry siempre dijo que no te gusta perder el tiempo en detalles. Parece conocerte bien.

—Olvídate de la basura, Chasen. ¿Qué es lo que pretendes de mí?

—Quiero quitarte de en medio. Mi parte del trato fue traerte aquí.

Ahora es decisión de Harry cómo deshacerse de ti.

—¿En dónde está Harry?

—Aún no ha llegado, me temo. No sabíamos con precisión en qué lugar de la costa aparecerías, así que estábamos preparados para varias eventualidades. Mientras esperáis, podéis descansar en la agradable habitación que hemos dispuesto para vosotros. Estará aquí mañana por la mañana.

—Quiero ver a Timmy —insistió Marisa.

—Me temo que eso no es posible. No le haría bien al niño verte tan alterada, Marisa. Pero no te preocupes, Eileen y yo seremos unos magníficos padres adoptivos. Ya está acostumbrado a nosotros, pasa tanto tiempo conmigo como contigo. Claro que llorará un poco cuando le digamos que su madre murió en un desafortunado accidente en el extranjero, pero es joven. Se sobrepondrá.

Chasen hizo un movimiento de cabeza y dos hombres robustos entraron en la habitación.

—Los caballeros los llevarán a su cuarto —anunció Troy.

Ni Max ni Marisa hablaron mientras seguían a uno de los hombres por una escalera circular y un pasillo bien iluminado.

Al volverse, Max no se sorprendió de que el otro guardián los siguiera.

El primero abrió una puerta y los invitó a pasar. Una vez que estuvieron dentro, cerró la puerta con llave.

Inmediatamente, Max fue hasta las ventanas y descubrió que tenían barrotes. Luego comprobó que no había otra salida. Entonces se dio la vuelta para mirar a la mujer pálida que estaba sentada en una silla frente a la apagada chimenea.

—¿Te importaría ponerme al tanto de la información? —le preguntó quedo.

Marisa se volvió hacia él, angustiada.

—Mi intención era decírtelo, Max. Cuando comprendí cuáles eran tus sentimientos por mí, supe que había cometido un error terrible al no hablar contigo cuando descubrí que estaba embarazada. Pero no lo sabía. No estaba enterada.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? Tengo un hijo… de cinco años, según me dijiste… y tengo que enterarme por conducto de un villano que planea matarme ¿y me aseguras que pensabas decírmelo? ¿Cuándo?

—Empecé a decírtelo cuando trabajábamos en el jardín de Teresa, pero no supe cómo explicarme, ya que antes te había dicho que Timmy era mi sobrino.

—¿Sabe él quién es su padre?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces ¿cómo diablos le explicaste su nacimiento? Hasta los niños de cinco años rechazan ya la historia de la cigüeña.

—Max, por favor, yo…

—¿Max, por favor? ¿Por favor, qué? ¿Que no me moleste? ¿Que te comprenda? ¿Aquí es donde vas a decirme lo maravilloso que es el amor? ¿Que por amor me ocultaste que tengo un hijo?

—¡Sí, así es! —Marisa se levantó de la silla—. El hombre con quien hice el amor en la cueva, el hombre con quien concebí ese precioso niño, dejó de existir en cuanto regresamos a Washington. Te convertiste en un ser frío y autoritario… Entonces me di cuenta de que no eras el hombre afectuoso y tierno que creí haber conocido.

—¡Pues para tu información, los hombres fríos y autoritarios tienen tanto derecho a saber que van a ser padres como los afectuosos y tiernos!

—¡Lo sé! No estoy tratando de justificar lo que hice. No tengo excusa.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo.

Se contemplaban como dos boxeadores listos para entrar en combate.

—No tenía idea de que estaba embarazada cuando renuncié. Llevaba casi dos semanas en casa de mi hermana cuando me di cuenta. Al principio pensé que era debido a lo alterada que estaba. Había renunciado a la profesión que me gustaba, me había alejado del hombre que amaba…

—Olvídate de la basura, Marisa.

—¿Puedes mirarme a los ojos y decir que no te amo?

—Tal vez sea así. No tengo manera de saber qué es lo que sientes, o cómo quieres llamarlo. Sólo digamos que no quiero saber nada de ese maravilloso amor que quieres arrojarme a la cara. Es demasiado doloroso. Me destrozaste las entrañas cuando abandonaste tu puesto y te marchaste. Ni siquiera me diste la oportunidad de explicarme antes de acusarme de machista. Me culpaste de todo lo que los demás hombres te habían hecho… me hiciste pagar por todo lo que te había

hecho sufrir tu padre.

—Me excedí —reconoció ella.

—Bromeas —se alejó de ella y cruzó la habitación.

Fue a la ventana, miró hacia afuera y se volvió hacia ella.

—Me diste todos los elementos necesarios para despedirte ese día, pero no lo hice. Permanecí quieto y te escuche. ¿Quieres saber por qué? Porque creía, lo aceptes o no, que yo recibiría la misma oportunidad que yo te estaba dando de explicarte, creía que tendría la oportunidad de decirte lo que sentía por ti.

Se interrumpió durante unos segundos y la miró.

—Pero no me diste esa oportunidad —continuó—. ¡Saliste de allí como una reina que acaba de poner a uno de sus siervos en su lugar! Decidí darte tiempo para que te calmaras. Pensé que al día siguiente los dos estaríamos más tranquilos y podría explicarte por qué quería que trabajaras en Washington, por qué consideraba que deberíamos pasar un poco de tiempo juntos, fuera del servicio.

—Me sentí como una tonta cuando llegué a casa esa noche —reconoció Marisa—. Actué como una estúpida.

—Si esperas que te contradiga en eso último, estás equivocada.

Marisa regresó a su silla, se sentó y se cubrió la cara con las manos.

—Oh, Max, cómo he complicado las cosas.

—En eso sí estoy de acuerdo. —Max permanecía inmóvil.

—Bueno, tú tampoco estabas tan limpio de culpa —le indicó Marisa, sorprendida por su frialdad.

—Nunca he pretendido estarlo, pero siempre he sido sincero contigo. Tú has tenido casi seis años para ponerte en contacto conmigo. Seis años, Marisa.

—¡Ya lo sé! No tienes idea de cuántas noches he pasado en blanco escribiéndote cartas imaginarias, haciendo llamadas telefónicas imaginarias. Imaginando que te visitaba con Tommy. Presentándotelo…

—¿Cómo es él?

—¿Qué? —exclamó ella, sorprendida por el cambio de tema.

—La pregunta no es tan difícil.

—Bueno, tiene el pelo rubio y los ojos color miel, como los tuyos.

Max se había vuelto, así que ella sólo le veía la espalda.

—Tiene una estatura normal para su edad, es delgado y muy

activo…

—¿Por qué no me hablaste de él?

—¡No sabía cómo hacerlo! ¿Qué querías que te dijera después de habértelo ocultado durante tantos años? Quería decírtelo, pero no sabía por dónde empezar.

—Sin embargo, me pediste ayuda.

—Sí. Quiero decir, no. No pensé en ti al principio. Fue sólo… cuando vi a Troy hablando con Harry y yo… y supe que algo andaba muy mal… y que Troy estaba mezclado en algo peor de lo que jamás habría imaginado y que Harry era parte de ello… yo sabía que tú confiabas en Harry y…

—De acuerdo —Max se acercó a ella—, tranquilízate. Tienes razón, yo confiaba en Harry, y jamás se me había ocurrido sospechar de él. Es posible que hayas salvado muchas vidas al ponerme sobre aviso.

—¡Pero tú puedes morir por mi culpa!

—He vivido con ese riesgo durante años. Es parte del puesto.

—¿Qué vamos a hacer? —Marisa vio a su alrededor, desesperada.

—Dormir.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que sí. Tendremos que estar preparados para cuando Harry llegue por la mañana. Eso significa que debemos estar descansados y en estado de alerta. Hay algo a nuestro favor: según Chasen, las intenciones de Harry son las de aparentar que nuestra muerte ha sido un accidente. Eso nos dará una mayor oportunidad de arruinar sus planes.

—¿Crees que Timmy estará aquí?

—Sinceramente, no. Creo que Chasen quería que pensaras que tenía a Timmy, pero no me sorprendería que hubiera enviado al niño de regreso con tu hermana.

—Ella me lo habría hecho saber.

—¿Cómo?

—Nunca pensé en eso. Pude haberla llamado. Si supiera que está bien, descansaría mejor. Lo he pasado tan mal, pensando en lo que podía haberle sucedido.

—Bueno, dado que nuestro amable anfitrión no ha tenido a bien poner un teléfono a nuestra disposición, puedes olvidarte de eso por ahora —Max fue hacia la cama y retiró la colcha—. ¿Te importa

compartir la cama conmigo? —preguntó sin volverse hacia ella.

—Yo… no, claro que no. Yo…

—Te doy mi palabra de que no te tocaré.

—Oh.

Max se estaba quitando la camisa, pero el último monosílabo de Marisa lo hizo detenerse y mirarla sobre el hombro.

—¡Que me lleve el diablo si no estás decepcionada!

—No se trata de eso. Sólo pensaba en lo diferentes que fueron las cosas mientras estuvimos en el yate.

—El motivo de mi comportamiento en el yate —le indicó Max al quitarse los zapatos y el pantalón para luego meterse en la cama—, es bastante simple. Sufría de amnesia. Oí que el médico decía que yo era tu esposo, y asumí que estábamos casados.

—¿Quieres decir que todo el tiempo pensabas que yo…?

—Pensé que estábamos en una especie de segunda luna de miel. Me pareció lógico y adecuado en esas circunstancias. Y si tienes buena memoria, nunca me rechazaste.

Marisa se quitó el vestido y las sandalias; luego, descalza, fue al otro lado de la cama. Max ya estaba al tanto de que la hija de George tenía un gusto muy provocativo para la ropa interior. Cerró los ojos cuando ella se metió en el lecho a su lado.

—¿Max?

—¿Sí?

—Nunca he tenido deseos de rechazarte. Nunca.

¿Por qué diablos escogía Marisa ese momento para su comentario? Se volvió de espaldas a ella y golpeó la almohada con un puño.

—¿Max?

—¿Qué?

—Los dos podríamos morir mañana.

—Sí. Yo diría que hay bastantes probabilidades de que eso ocurra.

—¿Tenemos que dormirnos molestos uno con el otro?

—No me importa cómo lo hagas, pero hazlo.

—¿Max?

—¡Qué!

—Nunca tuve intención de hacerte daño.

—Diantres, Marisa, eso lo arregla todo para ti ¿verdad?

—Te amo, Max.

Él no respondió nada.

—Creo en el amor. Con todas mis fuerzas —continuó Marisa—. Creo que el amor puede hacer milagros. Los he visto ocurrir. Los he sentido.

—Perfecto, entonces reza para que el amor haga un milagro mañana, y tal vez vivamos para contárselo a nuestros nietos.

Los dos guardaron silencio, pensando en las implicaciones del último comentario.

—Max, sólo abrázame un poco ¿quieres? Si no te queda más remedio, finge que todavía estamos casados. No quiero estar sola.

Max escuchó la súplica en su voz y casi gimió en voz alta. Marisa tenía la habilidad de conseguir que él hiciera todo lo que ella quería. Nadie lo había manejado nunca de esa forma.

Se volvió y la tomó entre sus brazos. Permanecieron así varias horas, sin que alguno de los dos hablara, preguntándose qué les depararía el día siguiente. Poco a poco, se quedaron dormidos.

Max sintió el cuerpo de Marisa muy cerca del suyo al salir del sueño. Era maravilloso y parecía haber sido hecho para ajustarse a él, que seguía rodeándola con el brazo, en la misma posición que cuando se quedó dormido.

Qué momento más inoportuno para enterarse de que era padre. Hacía años que no vivía un peligro como ése. Se había oxidado, como lo demostraba la facilidad con la que los habían capturado. Sus mejores tiempos quedaron atrás y lo sabía.

Dado que siempre había estado solo, nunca se preocupó mucho por su seguridad. Sabía que podría morir en cualquier momento, pero no importaba. Todos tienen que morir alguna vez. Mientras tanto, hacía lo que le gustaba.

Por vez primera en su vida lo invadía un fuerte deseo de vivir, al menos hasta que conociera a su hijo. Timmy. ¿Sería un diminutivo de Timothy? Se preguntó por qué le habría puesto Marisa ese nombre. No se trataba de que él quisiera que le hubiera dado su nombre. Maximilian era demasiado pomposo. Nunca lo usaba. Pocas personas lo conocían.

Trató de imaginar a su hijo. ¿Llevaría Marisa alguna fotografía suya? Aunque así fuera, ya era demasiado tarde; lo único que conservaba era su pasaporte.

Ella se acurrucó contra él, provocando su inmediata reacción. No tenía intenciones de hacer nada en ese momento, pero al menos sabía

que no estaba muerto. Si las cosas salían como esperaba, una vez superadas las próximas horas, estarían fuera de peligro.

Quería vivir. Tal vez esa determinación los ayudaría en las siguientes horas.

—¿Max? —murmuró ella, adormilada.

—¿Sí? —en un gesto inconsciente la apretó por la cintura con el brazo.

—Me alegro de estar contigo. Te he extrañado mucho estos últimos años. El estar contigo en el yate fue lo más maravilloso de mi vida. De verdad, fue como una luna de miel.

—Lo sé. He estado aquí pensando en eso. ¿Existe la posibilidad de que estuvieras embarazada? No pensé en tomar precauciones.

—No, no es el momento adecuado, Max.

Alguien llamó a la puerta, Max salió de la cama en un movimiento ágil y se puso el pantalón antes de contestar.

—El señor O'Donnell quiere verlos —le dijeron desde el otro lado.

—Dénos cinco minutos ¿quieren?

—Muy bien.

—No tenemos mucho tiempo —le indicó a Marisa—. Te dejaré usar el baño primero.

Ella bajó de la cama y se apresuró al cuarto adjunto. Salió un par de minutos después y empezó a vestirse mientras él hacía uso del baño. Se miró al espejo y se frotó la barba. No tenía tiempo de afeitarse. Tendría que ir como estaba.

Marisa estaba vestida y lo esperaba cuando él regresó al dormitorio. Un momento después, se oyó otra llamada a la puerta. Marisa lo cogió de la mano.

—Allá vamos —dijo ella, haciendo una aspiración profunda.

—Todo saldrá bien. Siempre formamos un gran equipo. No hay motivo para creer que no lo haremos esta vez.

Capítulo 10

Max vio a Harry O'Donnell al pie de las escaleras. El hombre les daba la espalda y hablaba en voz baja con uno de los guardias que vigilaban la entrada. Se volvió tan pronto los oyó aproximarse.

—Buenos días, Max. Espero que hayas dormido bien.

Max no respondió. Siguió bajando la escalera con Marisa a su lado. Estudió con cuidado a su adversario en busca de alguna debilidad, pero Harry era hábil. No demostraba ninguna.

—Volvemos a encontrarnos. Sabes que no debiste huir de nosotros en Barcelona. Hubiéramos estado más que dispuestos a contestar a tus preguntas.

Marisa lo contemplaba sin hablar. Max nunca se había sentido más orgulloso de ella. Hacía honor a su entrenamiento. No daba muestras de nerviosismo.

—No eres muy comunicativa, pero quizá sea porque te hemos despertado muy temprano. Lo lamento.

Harry los invitó a pasar al salón donde se habían entrevistado con Troy el día anterior.

—Aquí nos servirán el café.

Max apretó la mano de Marisa para darle seguridad y ella le devolvió una sonrisa serena. Los dos estarían juntos en eso.

—Supongo que os habréis preguntado por qué me he metido en tantos problemas para traeros aquí, a mi casa —declaró Harry, sentándose en un sillón de orejas, frente al sofá donde Max y Marisa se habían instalado. Una joven sirvienta uniformada apareció con un servicio de plata que colocó, a indicación de Harry, en la mesa entre el sofá y los sillones.

Max sonrió para sus adentros al ver que Marisa se encargaba de servir el café, tan tranquila como si fuera la anfitriona.

También era agradable comprobar que Harry no parecía disfrutar de la situación tanto como hubiera querido. Era evidente que la falta de respuesta de ellos lo irritaba. Perfecto. Un hombre emocional era más fácil de manejar, ya que no pensaría con la claridad debida.

—Tengo que agradecerte a ti esta casa y sus comodidades, Max.

—¿Ah, sí?

—Verás —asintió Harry, de nuevo complacido—, cuando te ascendieron, haciéndome a un lado, decidí que ya estaba harto de jugar al servidor público honrado. Yo merecía ese ascenso, no tú.

Llevaba más tiempo en la Agencia y mis éxitos eran más numerosos que los tuyos.

—Yo no tuve que ver con esa decisión, Harry. Al igual que tú.

—Obviamente yo no fui el único que se molestó —Harry se volvió hacia Marisa y le sonrió—. Abandonaste el servicio poco después del ascenso de Max. Podrás imaginar mi asombro cuando me enteré de que la cuñada de Troy era la misma Marisa Stevens que conocí en la Agencia. Y cuando me enteré de que habías tenido un hijo poco menos de nueve meses después de marcharte, no me fue difícil imaginar lo ocurrido. Trataste de atrapar a Max para que se casara contigo y no funcionó —Harry soltó la carcajada—. Hasta yo conocía su opinión con respecto al matrimonio. Nunca la mantuvo en secreto.

—¿Cuál es el propósito de esta charla, Harry?

—Te lo diré, si tantas ganas tienes de saberlo —O'Donnell sonrió —. Te has interpuesto mucho en mi camino los últimos dos años, Max. Tuve que eliminar a algunos elementos con quienes me llevaba bien.

—¿Crees que nadie más conoce tu juego, Harry?

—Nadie tiene pruebas en mi contra. Después de tu muerte, una terrible evidencia que te liga a ciertos… incidentes desafortunados… será descubierta.

Max soltó una risotada y los músculos de la cara de Harry se tensaron.

—Me alegro de que esto te cause tanta diversión —O'Donnell se levantó—. Vuestras muertes parecerán un lamentable accidente. Una pareja de turistas que viajaba demasiado aprisa por las carreteras sinuosas de la costa. Es fácil no calcular bien una curva, y precipitarse por un despeñadero. Ocurre con frecuencia.

—Magnífico plan, excepto por un pequeño detalle… Tendrás que meternos primero en un coche.

—Ah, eso no será problema —la sonrisa de Harry se hizo más amplia—. Verás, los dos estaréis inconscientes cuando os metamos en el coche. Hemos cubierto todas las eventualidades. Hasta seré uno de tus amigos más afectados. Incluso iré a vuestros funerales. Dos compañeros agentes muertos en un absurdo accidente cuando estaban disfrutando de unas merecidas vacaciones… podría llegar a decir que pasasteis unos días conmigo mientras estuvisteis aquí.

—¿Y el coche?

—Hemos alquilado uno a tu nombre.

—Muy ingenioso.

—¿En dónde está Troy? —interpuso Marisa con el ceño fruncido.

—Ganándose el salario. Habéis venido en un mal momento. Esperaba que aparecieseis por aquí hace unos días.

—Supongo que estás a punto de recibir un embarque.

—No tengo la menor idea de lo que hablas —comentó Harry—. Soy un agente norteamericano, Max. Lo sabes. No puedo desempeñar ninguna actividad que constituya un delito.

—Pues lo haces.

—Vamos… —se rió O'Donnell—. No seas tan susceptible.

—Dejaremos que un jurado de tus propios compañeros sea el que lo decida.

—Eso quisieras, Max. Eso quisieras.

—Ya están aquí los dos coches —anunció uno de los guardias al abrir la puerta.

—Muy bien. Debemos acabar con esto cuanto antes —Harry hizo una señal para que ellos se pusieran de pie—. Siento tener que meteros prisa.

Max sabía lo que debía hacer y que podía contar con Marisa. Sin mirarla fue hacia la puerta, a sabiendas de que ella lo seguía de cerca. El hombre que había en la puerta se volvió justo en el momento en que Max azotaba la puerta con el pie, cerrándola, mientras rodeaba con el brazo el cuello del hombre. Con el pie en su tobillo, lo empujó para ponerlo ante él como escudo. Con la otra mano, buscó dentro de la chaqueta y sacó la pistola que llevaba colgada al hombro, para luego volverse con el arma en la mano, escudado detrás del guardia.

Todo ocurrió en menos de cinco segundos.

Marisa se volvió para golpear el pecho de O'Donnell con el hombro, haciéndolo perder el equilibrio, luego, lo asió por un brazo para hacerlo caer sobre la mesa con el servicio de plata.

El estrépito fue como un canto celestial para Max, que observaba, pistola en mano.

Marisa encontró el arma de Harry y lo apuntó con ella; estaba de pie con las piernas abiertas, sujetando la pistola con ambas manos.

Max, que aún sujetaba al esbirro de Harry, lo empujó contra la pared.

—Ahí contra la pared —sin perderlo de vista, Max fue hacia el

cordón para llamar a la servidumbre y tiró de él. Cuando la sorprendida doncella apareció, le pidió con una sonrisa—: ¿Querrías pedirle al chef que prepare más café y algo para comer? Anoche no cenamos y tenemos hambre.

La joven salió y Marisa empezó a reír.

Harry parecía haber recuperado el aliento después del golpe que recibió de Marisa. Ya no jadeaba sobre los restos de la mesa de centro.

—Estás loco, Max.

Éste no se molestó en contestar. Sólo esperaba.

Minutos después, la puerta volvió a abrirse. En esa ocasión la doncella iba acompañada de cuatro hombres, uno de los cuales evidentemente era el chef. Los otros tres parecían auxiliares de cocina y del jardinero.

—No me da la impresión de que hayas perdido reflejos, jefe —comentó el chef con una sonrisa, después de observar el panorama—. Ni yo mismo lo habría hecho mejor.

—Me alegra que lo apruebes —respondió Max, en tanto los auxiliares de cocina esposaban a O'Donnell y a su guardaespaldas—. Has tardado en llegar.

—Vamos, fuiste tú el que insistió que se hicieran así las cosas. Estábamos dispuestos a atraparlo desde anoche.

—¿Quién diablos es esta gente? —preguntó Harry con las manos esposadas al frente.

—Oh, sólo algunos de mis antiguos agentes —respondió Max con una sonrisa—. Mi jefe me hizo saber ayer que había llamado a algunos de los hombres más eficientes. Todos están ya retirados y ninguno de ellos trabajó en tu sector, de modo que tú jamás habrías podido reconocerlos.

Se acercó hacia Harry.

—Déjame presentártelos —señaló hacia la puerta—. Aquél, el de la barba, es Quinn McNamara, teniente coronel retirado de la Fuerza Aérea de Estados Unidos —luego apuntó hacia los dos hombres que estaban maniatando al gorila junto a la puerta—. El caballero de cabello rojo y sonrisa irredenta es Tim Walker, actual residente en Colorado y su compañero es Steve Donovan, que alguna vez trabajó para mí en algunos asuntos relacionados con su profesión de reportero de noticiarios de televisión.

Los hombres hicieron una inclinación de cabeza en señal de saludo.

—El último —agregó, mirando al que estaba junto a Marisa—, es Joel Kramer, conocido actualmente por las novelas de suspense que escribe, basadas en sus más sórdidas aventuras.

Contempló a Harry largos instantes antes de seguir.

—Conozco mi reputación en el departamento con respecto al tema del matrimonio. Estos hombres prefirieron la vida del hogar y se retiraron hace tiempo, pero ninguno de ellos lo dudó un instante cuando los llamamos pidiéndoles ayuda —se volvió hacia Quinn—. ¿Qué sucede ahí fuera?

—Toda su gente ha sido capturada —respondió el hombre de cabello negro—. Y estamos vigilando a su socio. Estaremos preparados para cuando reciba el embarque esta noche.

—Gracias, chicos, por ayudarme en esto. No estaba seguro de poder contar con vosotros, cuando le dije al jefe que os avisara.

—¡Te crees tan listo! —bufó Harry, de pie entre Marisa y Joel—. Te parece que has salido bien librado. Pues no me iré solo, hijo de… —con un movimiento brusco de las muñecas, sacó un arma pequeña, no más grande que la palma de su mano y disparó a Max, de pie a no más de un metro de él.

Max vio el movimiento y escuchó la explosión en el momento en que la bala se le clavaba en el pecho. Al principio no sintió dolor. Le parecía que un puño fuerte lo había golpeado en el tórax, sacándole al aire. Vio a Joel arrebatarle el arma a Harry, que Marisa corría hacia él, llamándolo…

Sintió que las rodillas se le doblaban y que todo se volvía negro a su alrededor. Lo único que pudo pensar antes de caer al suelo sin sentido fue que ya nunca podría conocer a su hijo…

Capítulo 11

Un hombre y un niño volvían de pescar en el río… una mujer y una niña que apenas sabía andar los esperaban en la puerta de la casa… pero todos desaparecieron de pronto, y sólo quedó el niño, triste y desvalido.

El niño lloraba y se sentía el ser más desgraciado de la tierra… los adultos que lo rodeaban no eran sus padres, había perdido lo que más quería en el mundo…

—Max ¿me oyes? Max, soy Marisa. Max, por favor, sigue luchando. Sé que es difícil. Sé que te duele, pero te necesito… y Timmy te necesita también. Quiero que te pongas bien para poder volver a gritarte. Quiero que tú me grites, me lo merezco. Yo te metí en este lío, Max, por favor ¡no te rindas!

—Max, soy Joel. Me siento muy mal por todo esto. Supongo que he estado fuera de circulación demasiado tiempo. No se me ocurrió buscar un arma oculta. Lo hizo todo tan rápido…

—Mira, todos los chicos han venido a ver cómo sigues. Me voy para que ellos puedan entrar. Mantente firme, amigo. Puedes nacerlo. ¡Eres el más duro de todos!

—Como puedes ver, es una herida muy grave. Ha perdido mucha sangre.

—Acababa de recibir un fuerte golpe en la cabeza que lo dejó muy débil. Consideramos que es un milagro que todavía esté vivo.

—Donde hay amor, Max, los milagros pueden ocurrir.

—Es un milagro que haya sobrevivido a la cirugía.

—El amor puede hacer milagros, Max. Sólo tienes que creer en ellos.

—Sostente, amigo. Puedes salir adelante. Sé que puedes hacerlo.

—Timmy, quiere conocerte. Max. Te necesita en su vida. Yo también. Te amo, Max.

—Yo te amo a ti.

—El amor hace milagros. Puedes salir adelante.

La primera ocasión en que abrió los ojos, las luces lo cegaron. Cerró los párpados y los mantuvo así mucho tiempo. O al menos lo que le pareció mucho tiempo.

La segunda ocasión en que abrió los ojos, la habitación estaba en penumbra. Mantuvo los párpados abiertos y miró a su alrededor. Estaba solo. Se escuchaba un sonido de goteo de agua y el timbre

constante de un aparato.

Estaba vivo y conectado a todo tipo de máquinas. Se preguntó qué hora era, pero se quedó dormido antes de completar el pensamiento.

La siguiente ocasión en que abrió los ojos, vio a Marisa, sentada a su lado junto a la cama, sosteniéndole la mano. Intentó apretarla y descubrió lo débil que estaba. Pero ella captó el pequeño movimiento y levantó la vista.

—Hola —lo saludó en un murmullo. Trató de sonreír, pero sus labios temblaban.

Tenía un aspecto horrible. Estaba pálida, con sombras bajo los párpados. Había perdido peso, por lo que sus pómulos estaban más pronunciados y los enormes ojos parecían ocupar toda su cara.

Él se lamió los labios en un esfuerzo por humedecerlos.

—Parece que estar en cama se está convirtiendo en hábito para mí —logró decirle con la voz ronca por la falta de uso.

—¿Cómo te sientes?

—Como si me hubieran disparado un tiro —trató de sonreír, pero no estaba seguro de haber tenido éxito.

—Lo siento tanto… —murmuró ella.

—No fue culpa tuya.

—Claro que sí. Yo te metí en ese lío.

—No, era parte de mi trabajo. ¿Qué ocurrió después de que fui derribado?

—Pensé que tus amigos destrozarían a Harry. Cuando sonaron los disparos empezaron a aparecer agentes… No sabía que hubieran participado tantos agentes en esta misión. Debía haber lo menos veinte.

Max cerró los ojos pensando en la decisión de su superior de llamar a todas las tropas. Así que no había confiado por completo en sus recursos para solucionar solo la situación.

Había ocasiones en que era agradable saber que alguien había pensado las cosas mejor que uno mismo.

—¿Por qué no tratas de dormir? —le preguntó ella.

—Porque necesito saber qué ocurrió.

—Algunos de los hombres se hicieron cargo de Harry, mientras los demás se ocupaban de conseguir ayuda médica para ti —Marisa le acariciaba la mano—. Registraron a Harry minuciosamente en busca de otras armas, pero no vieron una cápsula de cianuro que tenía

oculta. Lo encontraron muerto en su celda a la mañana siguiente.

Así que todo había acabado. Harry había desaparecido. Parecía que la banda de contrabandistas que tanto buscaban estaba disuelta.

—¿Qué hay de Troy?

—Lamentablemente quedó atrapado en el fuego cruzado entre nuestras gentes y los que bajaban la carga. Murió al instante.

—¿Cómo se lo tomó tu hermana?

—Fue algo sorprendente para ella, por supuesto, pero dice que sintió cierto alivio. Hacía tiempo que todo iba mal en su matrimonio. No se llevaban bien y ella le tenía miedo. Troy le había dicho con claridad que no contemplaría la posibilidad de un divorcio.

—No es de extrañar. Seguramente no quería que se estudiara su situación financiera.

—Señor Moran, necesita descansar —anunció una enfermera que entró en la habitación—. Los monitores muestran un incremento en su pulso. Estoy segura de que usted lo entenderá —agregó para Marisa con una sonrisa.

—¿Regresarás? —le preguntó Max tratando de mostrarse despreocupado.

—Sí —fue la respuesta escueta de la chica.

Max sonrió y se quedó dormido inmediatamente.

Marisa salió del hospital con una sensación de esperanza que no advertía desde que Max resultó herido. Nunca olvidaría el horror de ese momento, o de los días y noches que había pasado preguntándose si se salvaría.

No tenía por qué permanecer allí. De hecho, tenía que regresar a Seattle, con Timmy, si bien Eileen insistía en que todo estaba en orden por allí y que no tenía de qué preocuparse.

Max estaba en lo cierto. Timmy regresó al lado de Eileen un día después de que ella saliera de viaje. Tenía muchas historias interesantes que contar de lo que había hecho con uno de los hombres de Troy en su bodega. El niño nunca supo lo que verdaderamente estaba ocurriendo.

Ahora, al fin, Max conocía la existencia de Timmy. A Marisa le hubiera gustado que él se enterara de otra manera, pero ya no servía de nada preocuparse por eso.

Cuando Max se recuperara hablarían de su reunión con Timmy. El niño era tan inteligente, que no tendría problemas para aceptar al

padre.

El problema radicaba en cómo respondería Max al pequeño. Ella sabía que Max había pasado solo la mayor parte de su vida. Nunca había permitido a nadie acercarse a él. ¿El hecho de tener un hijo lo haría cambiar?

Sólo el tiempo lo diría.

Max se sentía tan débil como un recién nacido, cosa que le resultaba irritante. Todo lo irritaba… en especial la insistente alegría de las enfermeras.

Hizo una mueca de disgusto cuando la puerta se abrió.

—Qué bonita imagen de recuperación presentas —comentó Marisa al entrar.

—¡Estoy fastidiado de tanta cara alegre!

—Veo que ya te han levantado —se encontraba sentado en una silla junto a la ventana.

—No lo bastante rápido para satisfacerme.

—Vaya, hoy estamos de mal humor.

—No empieces conmigo. Ya estoy hasta la coronilla con tantas mujeres dándome órdenes.

Marisa sonrió y ocupó una silla que había junto a la cama.

—Lo sé. Estás acostumbrado a ser tú el que da las órdenes. No es muy divertido estar al otro lado de la mesa.

—¿Qué es eso que llevas puesto? —preguntó Max al fin cuando vio que ella no dejaba de sonreír.

Marisa contempló el vestido que se había comprado la tarde anterior, ya que sus pertenencias habían sido embarcadas de Barcelona a Seattle y tuvo que renovar su guardarropa.

—No me refiero al vestido, sino al perfume —le indicó Max.

—Pues… un perfume. ¿Por qué?

—Por ningún motivo en particular. Te veo más descansada. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor, ahora que tú te estás recuperando.

Se contemplaron un largo momento antes que Max bajara la vista.

—No hay razón para que sigas por aquí —manifestó él—. ¿No deberías estar con Timmy?

—Sí. Esa es una de las cosas que he venido a decirte… tengo que regresar a Seattle. La escuela empieza pronto… y debo empezar a dar

mis clases.

—Así que has venido a despedirte.

—En efecto. Y a invitarte a visitarnos cuando te sientas mejor.

—No creo que eso sea una buena idea.

—¿Por qué?

—Tienes tu propia vida. Timmy y tú habéis salido adelante sin mí. No hay ningún motivo para que yo vaya ahora a confundir al niño.

—¿Max?

—¿Qué?

—Le he dicho a Timmy que tú eres su padre, que fuiste herido y que permanecería aquí hasta estar segura de que te encontrabas fuera de peligro.

—¿Qué? ¿Por qué has hecho eso? ¿Y por qué ahora? Nunca te molestaste en decírselo antes. Entonces ¿por qué…?

—No se lo dije antes porque fui una cobarde. Huí de una situación que no supe cómo manejar. Espero haber madurado desde entonces. Además, ahora las cosas son diferentes.

—¿A qué te refieres?

—Sé cómo te sientes con respecto a mí —le sonrió ella.

—¿Y? —preguntó Max con tono beligerante.

—Max —empezó Marisa con tono paciente—, te quiero mucho. Comprendo que no tienes motivos para confiar o creer en el amor, pero yo confío lo suficiente por los dos. Lo más importante es que estás vivo. El resto puede resolverse.

Se puso de pie y fue hacia él.

—Dicen que el mal humor es señal de recuperación. Si ese es el caso ¡vas de maravilla! —se inclinó y le dio un beso ligero en los labios—. Cuídate. Llámame cuando puedas. Espero que vengas a Seattle muy pronto. Te estaremos esperando.

Max… la vio salir fuera de la habitación, fuera de su vida, con una terrible sensación de tristeza e impotencia. Él no la necesitaba en su vida. No necesitaba a nadie. Estaba acostumbrado a vivir solo. Así lo prefería.

El dolor en su pecho se debía a la herida reciente. Se sobrepondría y reanudaría su vida. Nada había cambiado. Nada en absoluto.

Capítulo 12

—¿Quería verme? —preguntó Max al entrar en la oficina de su superior.

—Siéntate, Max —fue la respuesta que recibió.

Hubiera preferido encontrarse frente a un pelotón de fusilamiento, antes que en ese despacho, enfrentado a la horrible perspectiva de mantener una conversación con su jefe.

—¿Cómo te sientes?

—Voy tirando.

—Has vuelto al trabajo demasiado pronto.

—Estoy bien.

—¿No te recomendaron los médicos que te tomaras un par de meses de descanso para tu total recuperación?

—Me estaba volviendo loco en casa sin hacer nada.

—Entonces, considero que éste es el mejor momento para que te tomes unas vacaciones.

—Nunca me tomo vacaciones, usted lo sabe.

—Quizá vaya siendo hora de que empieces a adquirir nuevos hábitos.

—No puedo abandonar mi trabajo, señor.

—¿Tienes la impresión de que eres indispensable?

—Es evidente que no. Han podido estar sin mí las últimas semanas.

—Abrumador ¿no es cierto?

—No sé a qué se refiere.

—Has hecho de este trabajo tu vida, Max. ¿Cuánto hace que estás en la Agencia?

—Casi veinte años.

—Sabes que ya puedes ir pensando en el retiro.

—Para hacer ¿qué?

—¿Desarrollar algunas aficiones, quizá? ¿Casarte? ¿Tener familia?

—¿Qué le ha dicho Marisa? —preguntó Max con sospechas.

—Ah, así que ya tienes a alguien en mente —Obi-wan le brindó una sonrisa beatífica.

—Absolutamente no, señor. No es así. Quiero decir, estoy dispuesto a hacer frente a mis responsabilidades. Ya les he asignado una pensión mensual a ella y al niño y…

—¿Estás diciéndome que tienes un hijo, Max?

—¿No lo sabía?

—A pesar de mi reputación, no soy omnisciente —fue la respuesta —. ¿Qué edad tiene tu hijo?

—Cinco años.

—Una edad deliciosa. Debo entender que es hijo de Marisa.

—Así es.

—Pues parece que no te va a quedar más remedio que dar un apellido a tu hijo y formar una familia.

—Usted no entiende… señor. Quiero decir, no sé nada acerca de este asunto de ser padre. Perdí a mis padres cuando era muy niño. Hace años que no estoy en un entorno familiar. No tengo madera para marido. En cuanto a ser padre…

—Obviamente lo has pensado mucho.

—No he pensado en otra cosa desde que me enteré de la existencia del niño. Si considerara que puedo ser el padre que él necesita, claro que haría lo que fuera necesario. Pero no puedo sólo…

—¿Conoces al niño?

—No, señor.

—Entonces, está claro lo que tienes que hacer. Tómate unos días de descanso, ve con Marisa… ¿está en Seattle, me dijiste…? y tómate todo el tiempo que necesites para conocer a tu hijo.

—Pero, señor…

—Es una orden, Max —el hombre detrás del escritorio miró su calendario—. Preséntate aquí el día uno de noviembre.

—¡Noviembre! Eso es casi dentro de tres meses… señor.

—Adiós, Max. Que tengas un buen viaje. Y saluda a Marisa de mi parte.

¿Quién diablos se creía que era, Dios? pensaba Max al regresar a su oficina. Nadie podía obligarlo a hacer algo. Podría renunciar. Eso era lo que haría. Renunciar.

Sí, la echaba de menos, no podía negarlo. A pesar de todo, sus pensamientos no dejaban de volver a los días que habían pasado en el yate, cuando se sentía joven y libre de amar a Marisa.

Despertaba por las noches, soñando con que le estaba haciendo el amor. La respuesta de la chica a su forma de hacerle el amor lo atormentaba.

Pensó en pedirle que regresara a Washington, pero luego descartó la idea. Ella llevaba una vida plena y satisfactoria en Seattle. Además,

ella nunca había dicho que hubiera considerado la posibilidad de regresar a la capital.

Max llegó a su oficina y descubrió a dos obreros en su interior.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó.

—Tenemos órdenes de sacar todo lo que hay aquí —comentó uno de los hombres—. Vamos a pintar y a cambiar la alfombra.

Su jefe nunca dejaba nada al azar. Max sacó algunas de sus pertenencias de un cajón del escritorio y abandonó el edificio.

Cuando su avión aterrizó en el aeropuerto de Seattle-Tacoma, estaba lloviendo. Decidió no avisar a Marisa. Todavía no sabía si iría a verla. Tal vez alquilara un bote para ir a pescar a las islas de San Juan.

Aborrecía la pesca.

También podía ir a hacerle una corta visita, ya que estaba allí. Si, eso no estaría mal. Tomaría un té con ella y luego se marcharía.

Retiró su maleta de la banda trasportadora y salió al exterior. Llamó a un taxi, lo abordó y le dio el domicilio de Marisa.

Sería mejor olvidarse de la visita, se dijo.

Tal vez ella no estuviera en casa. Era sábado. Quizá andaba de compras, o de paseo. Le dejaría una nota diciéndole que estaba en la ciudad.

Para cuando el taxi llegó al barrio donde Marisa vivía, la lluvia había cesado y el aire era limpio y fresco.

Max pagó al conductor, cogió su maleta y bajó del taxi.

La casa era de estilo Victoriano. Contempló la calle flanqueada de árboles. De alguna manera le recordaba la calle donde vivió con sus padres: grandes prados cercados, rosales trepadores, jardines y parques.

Un lugar tranquilo. Un lugar seguro para los niños.

Se obligó a levantar la maleta y caminar hasta la puerta de Marisa. Sin titubear, llamó a la puerta de entrada con cristal esmerilado. No podía ver al interior.

Buscó el timbre de nuevo, pero antes de que sus dedos pudieran tocar el botón, la puerta se abrió despacio.

Max se disponía a hablar antes de darse cuenta de que no había nadie.

—Hola —saludó una voz pequeña.

Max bajó la vista y descubrió a un niño que lo miraba detrás de una melena de cabello castaño claro. Los ojos eran del mismo color que los que lo contemplaban a diario desde el espejo al afeitarse.

Se quedó inmóvil. Su pulso se aceleró y el sudor perló su frente.

—Hola —logró responder.

—¿Qué quieres?

—¿Es… está tu mamá en casa?

—Sí.

Los dos esperaban.

—¿Puedo hablar con ella? —le preguntó Max al fin.

—Un momento —dijo el niño y la puerta se cerró en sus narices.

Max permanecía allí, indeciso. ¿Debería esperar o volver a llamar? Era obvio que Marisa había dicho a su hijo que no abriera la puerta a desconocidos, lo cual estaba muy bien.

No cabía duda de que él era un desconocido.

Se volvía para mirar la calle de nuevo cuando escuchó que la puerta se abría.

—Lamento haberlo dejado en… —comenzó Marisa hasta darse cuenta de quién se trataba—. ¡Max! ¡Dios mío! ¡No puedo creerlo! ¡Estás aquí! —se lanzó en sus brazos.

Max la abrazó con fuerza y la besó como soñó que lo haría durante semanas enteras. La sintió maravillosa en sus brazos… cálida y vital y emanaba el mismo aroma que percibió en el hospital.

Cuando Marisa al fin se apartó un poco, para hacer una aspiración, volvió a atraerla con fuerza.

—¿Por qué no me avisaste de que vendrías? ¡Oh, esto es maravilloso! Pasa, vamos dentro.

Lo tomó de la mano y lo guió al vestíbulo. Max observó el vestíbulo; era muy acogedor; tenía el suelo de madera recubierto con alfombras multicolores. Una escalera llevaba al piso superior.

—¿Cuándo has llegado? ¿Cuánto tiempo podrás quedarte? Oh ¿a dónde ha ido Timmy? Quiero que lo conozcas.

Max sonrió. Se sentía mejor a cada instante.

—Acabo de bajar del avión y no tengo planes. Me han echado de mi oficina y me han ordenado no regresar antes del primero de noviembre.

—¡Oh, eso es extraordinario!

—Me va a tomar tiempo acostumbrarme.

Marisa lo llevó hasta una habitación grande con una multitud de ventanas cubiertas de un tejido vaporoso que permitía entrar la luz.

—¿Ya has comido? ¿Quieres una taza de café?

—El café me parece bien.

—Entonces, vamos a la cocina. ¿Timmy? Ven aquí, cariño. Hay alguien a quien quiero que conozcas.

¿Por qué creía que eso iba a ser tan difícil? se preguntó Max horas más tarde, después de una cena suculenta. Ya no recordaba cuándo fue la última vez que había tomado una cena hecha en casa.

Le era difícil imaginar a esa mujer levantando sobre el hombro a un tipo dos veces más grande que ella. El verla con Timmy lo llenaba de una emoción incomprensible.

El niño lo fascinaba.

—¿Quieres más pastel, Max? —preguntó Marisa, sacándolo de sus pensamientos.

—No, muchas gracias —vio a Timmy literalmente limpiar su plato y sonrió recordando el momento en que habían sido presentados.

El pequeño acudió corriendo cuando lo llamó su madre y ella se arrodilló para decirle:

—¿Te acuerdas que cuando te llamé por teléfono desde Washington te dije que había ido allí a visitar a tu papá?

Timmy estudió a Max y asintió. El niño no era ningún tonto y sabía que algo se cocinaba.

—Bueno, pues él ha venido a visitarnos ahora.

Max no sabía qué hacer. Los niños eran desconocidos para él. Apenas si podía recordar su propia infancia.

Se contemplaron en silencio absoluto.

—Vamos, chicos —se rió Marisa—, tengo galletas hechas en casa —alborotó la melena de su hijo—. ¿Qué os parece un vaso de leche?

Timmy asintió, pero no apartaba la vista de Max.

Así pasaron la mayor parte del día, permitiendo que Marisa llenara los silencios con charla ligera. Actuaba como si el hombre viera a su hijo todos los días. Como si el hecho no tuviera ninguna importancia.

Ahora, después de cenar, Max empezaba a relajarse. Había algo en el ambiente hogareño y en la actitud tranquila de Marisa que lo apaciguaba.

—¿Por qué no vais a la sala mientras yo limpio la cocina?

—Déjame ayudarte —le indicó Max. Prefería ocuparse en algo, que charlar con el pequeño que no le quitaba ojo ni por un instante.

—Sólo tardaré un minuto. Id vosotros —apuntó hacia la sala donde ya estaba Timmy.

Max lo encontró ocupado enganchando un trencito tallado a mano.

—¿En dónde lo conseguiste?

—Mi tía Eileen me lo regaló en mi cumpleaños, el veintisiete de junio.

—¿Ya tienes cinco años?

—Sí.

Fin de la charla. Max estaba desesperado. No sabía qué más decirle.

—Mamá dice que trabajas para eliminar a los tipos malos y que eres muy valiente.

—¿Eso dice?

—Aja. Y dice que un tipo malo te dio un balazo en el pecho y que estuviste enfermo mucho tiempo.

—Es cierto.

—¿Todavía te duele?

—No mucho.

—Me alegro —el niño empezó a empujar el tren por los dibujos de la alfombra. Lo rodeó por completo antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿De verdad eres mi papá?

—Sí, lo soy —Max sabía lo que vendría.

—¿Cómo es que no nos habíamos visto antes?

Buena pregunta.

—Bueno, supongo que es porque tengo un horario de trabajo muy irregular y no tenía tiempo para venir a verte.

—Oh. ¿No querías verme?

—Sí —¿cómo responder a esa pregunta?—. Quería verte.

Y era verdad. Desde el momento que supo de la existencia de Timmy, lo invadió el anhelo de conocerlo. Pero tuvo miedo. Todavía lo tenía, aunque no sabía muy bien por qué.

—Yo quería verte también —Timmy asintió e inició un segundo circuito con su tren por la habitación.

—¿De verdad?

—Sí, pero no sabía dónde vivías ni nada. Mamá me dijo que vivías muy lejos y que un día iríamos a visitarte, pero nunca dijo cuándo.

—¿Timmy? —Marisa lo llamó desde otra habitación—. Ven, cariño. Ya es hora de que te vayas a dormir.

La expresión del niño casi hizo reír a Max. Era un gesto que él había sorprendido en su propio rostro más de una vez.

No había forma de que Marisa hubiera podido olvidar al padre de su hijo teniendo tantos recordatorios cerca.

—Tengo que irme a la cama —declaró Timmy con resignación—. ¿Estarás aquí mañana?

—Puede —respondió Max con cautela.

—Muy bien —exclamó el niño, satisfecho—. Eso me gustaría.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Si mañana no llueve, me gustaría llevarte al patio trasero. Mamá me hizo una casa en un árbol. A veces nos sentamos allí para ver a la distancia. A lo mejor tú también quieres sentarte con nosotros.

Max apenas podía pasar saliva alrededor del nudo que tenía en la garganta. No podía hablar, así que sólo asintió.

—¡Timmy! El agua de tu baño se enfría.

—Hasta mañana —anunció Timmy al partir con una sonrisa.

De nuevo, Max no pudo pronunciar palabra.

—Me ha dicho que le construiste una casa en un árbol —él y Marisa estaban de nuevo en la sala. Timmy ya dormía arriba.

—Sí. Considero que todo niño tiene derecho a su casa en un árbol aunque Eileen siempre tiene miedo de que se caiga y se rompa algo.

—¿Tú no tenías miedo de eso?

—Estaba aterrorizada. Pero también sé que no debo sobreprotegerlo. Necesita su propio espacio para crecer.

—Has realizado una labor magnífica con él, Marisa.

—No sabes cuánto me gusta oírte decir eso. Hubo ocasiones en que estaba tan asustada e insegura de mí misma. Quería llamarte, hablarte de él, hacerte preguntas. Hay tantas cosas que ignoro…

—Yo también. Me aterroriza lo poco que conozco acerca de los niños.

—Lo mejor de todo es que son muy pacientes. Esperan a que tú aprendas —guardaron silencio unos momentos hasta que Marisa

agregó—: Quiero agradecerte el que abrieras esa cuenta para Timmy. No tenías que hacerlo.

—Lo habría hecho antes si me lo hubieras dicho.

—Nunca vas a perdonarme ¿verdad?

—No se trata precisamente de eso. Sólo me parece que empiezo a ser padre cinco años tarde.

—Lo harás bien, Max. Sé que lo harás. Podemos elaborar un programa que le permita visitarte cuando tengas tiempo para él. Sólo piensa en todo lo que puedes enseñarle, en especial cuando crezca más. Tendrá lo mejor de dos mundos. Sé que funcionará.

Marisa decía las cosas correctas, respondía a preguntas que él se había hecho, pero que no sabía cómo plantear. Ahora que ella le estaba facilitando las cosas, podía relajarse, todo iría bien.

—No creo que eso funcione, Marisa. He estado solo demasiado tiempo. No sabría cómo cuidar a un niño —se oyó decir.

Capítulo 13

Marisa escuchó sus palabras desolada. Max había estado muy callado todo el día, pero lo atribuyó a su reticencia habitual y al hecho de verlos a ella y a Timmy en su propio terreno.

—Ya veo —fue lo único que pudo decir.

—Quiero hacer más cosas con Timmy, pero no sé cómo. No tengo idea de cómo actuar frente a él.

—Lo has hecho muy bien hoy.

—Porque tú estabas aquí.

—Bueno, una vez que te acostumbres a él, quizá…

—Lo importante es que no quiero que vaya de un lado a otro entre nosotros. Creo que se merece unos padres que vivan juntos y lo cuiden juntos.

Marisa se puso tensa, preguntándose si estaba oyendo bien. Ante ella estaba Max, el hombre que siempre explotaba cuando cualquiera de sus agentes decidía casarse. No, seguramente no estaba sugiriendo que…

—Considero que deberíamos casarnos.

Lo había hecho. Le había pedido que se casara con él…

—Oh, Max —parecía tan atormentado, como un hombre que se enfrenta a la agonía del sillón del dentista. Lo rodeó por el cuello con los brazos y lo besó. Nunca lo había visto más tenso que en ese momento.

Jugó con él, pasándole la lengua por el labio inferior. Max gimió y la apretó contra él.

—Santo Dios, cariño. Te he extrañado tanto —hundió la cara contra su cuello.

—Max, el casarte conmigo iría contra todos tus principios.

—No me importa —respondió él con voz ahogada.

—Vivimos a extremos opuestos del país.

—Mmm —Max empezó a mordisquearle la oreja.

—No podemos… Max…

—Sé que ambos tendremos que poner mucho de nuestra parte. Pero por Timmy debemos intentarlo. Nosotros lo trajimos al mundo, merece qué nos esforcemos por hacerle feliz.

—¿Ese es el motivo por el que quieres casarte conmigo?

—No voy a engañarte. El pensar en casarme me provoca estremecimientos. Aún me quedan dos meses de vacaciones y he

pensado que podríamos dedicarlos a conocernos mejor. Me gustaría que Timmy se acostumbre a mí y yo necesito acostumbrarme a él. Mientras… —comenzó a besarle la barbilla.

—¿Mientras? —logró preguntarle ella.

—Tal vez puedas enseñarme a educar a un niño.

—Lo harás bien.

Cuando la boca de Max encontró la suya, Marisa se derritió contra él, ávida de sus caricias. Cuando Max al fin la apartó un poco, ella se reclinó en su hombro con los ojos cerrados.

—Debo irme.

—Puedes quedarte aquí —le indicó ella con una sonrisa ensoñadora.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no? —Marisa abrió los ojos despacio.

—Podría confundir a Timmy. Tiene que acostumbrarse poco a poco a la idea de tenerme cerca con mayor frecuencia.

—Supongo que tienes razón —suspiró ella y lo estudió un momento—. ¿Max?

Max arqueó las cejas en actitud inquisitiva.

—¿Estás seguro de que quieres esto?

—Cariño, en este momento no estoy seguro de nada. Mi vida entera se ha vuelto de cabeza. Lo único que conozco es mi trabajo y me lo han quitado por un período de tres meses. Me encuentro en mar abierto, sin timón ni remos. En lo único que pude pensar mientras venía aquí, es en que por vez primera en mi vida, tengo un lugar a donde ir y personas a las que ver. Eso me asusta mucho.

—Pero tú no temes a nadie, Max. Llevas años enfrentándote a hombres peligrosos. ¿Qué te atemoriza ahora?

—Estoy fuera de mi elemento. No tengo nada que ofreceros a ti ni a Timmy. Me sorprende que no hayas encontrado a otro hombre en tanto tiempo.

—Nunca quise a nadie más, ni siquiera cuando sabía que no tenía ninguna esperanza contigo.

—Debo irme —repitió Max antes de besarla de nuevo con profundidad.

—Si insistes en irte, llévate mi coche.

—¿No lo necesitarás tú?

—Esta noche no. Mañana tendremos que decidir algunas cosas. Si

estás de vacaciones, quiero que las disfrutes.

Max esbozó una sonrisa muy masculina que hizo que el corazón de Marisa se acelerara.

—Lo que quiero decir —agregó ella apresurada—, es que me dijiste que nunca habías estado por aquí, así que tenemos que planear algunas excursiones. Tal vez podamos ir a la isla de Vancouver algún fin de semana. Yo tengo que trabajar pero tú puedes salir solo con Timmy entre semana. Cuanto más tiempo paséis juntos, antes llegaréis a conoceros.

—Supongo —Max asintió despacio.

—Podrías mostrar un poco más de entusiasmo.

—Esta situación me tiene muy confundido.

—Tengo fe en ti —Marisa le dio un beso rápido—. Mañana buscaremos un lugar para que te hospedes que no esté lejos de aquí. Tal vez te convenga alquilar un coche. ¿Qué opinas?

—Que me alegro de haber venido.

—Yo también —Marisa lo abrazó—. Voy a demostrarte que el ser padre y esposo, puede ser muy divertido.

—¿Te gustaba jugar a la pelota cuando eras niño? —preguntó Timmy con un mordisco de hamburguesa en la boca.

Max estudió el rostro interesado al otro lado de la mesa en el restaurante. Después de pasar un par de horas en el zoológico, Timmy había insistido en que quería comer algo antes de ir a casa.

—¿No lo recuerdas? —inquirió Timmy con pena.

—Bueno, debo admitir que eso fue hace mucho tiempo.

—Allá cuando había monstruos y dinosaurios ¿no es así? —sugirió Timmy con expresión conocedora.

Max se ahogó con su bebida.

—No hace tanto tiempo —Max limpió salsa de tomate del mentón de Timmy y en silencio le entregó su vaso.

Max llevaba ya dos semanas en Seattle, y había visto a Timmy todos los días. Marisa estaba en lo cierto. Comenzaba a conocer al niño y eso lo aterrorizaba. El sentirse vulnerable no era una sensación agradable. Tener cerca a un pequeño de cinco años, asido de su mano con firmeza lo ponía más que nervioso.

También descubrió que volvía a ponerse en contacto con su infancia y ya recordaba más los momentos agradables que los

desagradables.

Un día compró una cometa y Timmy lo ayudó a armar el maldito aparatejo. Recordó las muchas ocasiones en que, paciente, su padre había trabajado con él en proyectos similares. De pronto, sus padres le parecieron muy cercanos y reales. Charlas largamente olvidadas volvían a la superficie haciendo sentir al niño que llevaba en su interior, y que había permanecido oculto por sus temores. Timmy lo incitaba a salir.

Max no sabía qué habría hecho sin Marisa. Ella seguía fingiendo una gran despreocupación, como si todo fuera muy normal, haciendo caso omiso de la incomodidad de Max.

Tenía la impresión de que había sido un inválido emocional durante años, como si hubiese archivado sus sentimientos y ahora empezara a redescubrirlos. Estaba asustado, pero por vez primera en mucho tiempo, se sentía realmente vivo.

Advirtió que, al otro lado de la mesa, Timmy estaba por hacerle una más de sus interminables preguntas.

—¿Alguna vez fuiste soldado?

—Diría que sí. Usé uniforme un par de años.

Timmy pareció aceptar su respuesta, lo cual alegró a Max. Nunca sabía qué esperar del niño.

—Yo voy a ser soldado cuando sea mayor —anunció Timmy con seguridad—; para matar a muchos tipos malos.

—Sediento de sangre ¿eh? —murmuró Max.

—¿Qué dices?

—Nada. ¿Ya has terminado tu hamburguesa?

Max contempló el plato del niño. Como Timmy no había parado de hablar, apenas sí le había dado dos mordiscos a su hamburguesa.

El pequeño observó su comida un momento y con resolución le dio un enorme mordisco. Max lo imaginó ahogándose y trató de recordar lo que sabía de primeros auxilios por si tuviera que ponerlos en práctica con su hijo.

Su hijo. Se descubrió contemplando la melena rebelde, los ojos enormes, la nariz respingona salpicada de pecas, y un cariño enorme surgió en su pecho, haciéndolo sonreír.

—¿Alguna vez has matado a alguien? —preguntó Timmy, después de tragar el bocado.

Para su fortuna, Max ya había acabado de comer, o hubiera sido él

quien requiriera asistencia médica. Se obligó a no mostrar más que un interés amable en la pregunta.

—A nadie, que yo recuerde.

—Oh.

¡Maldición, si parecía decepcionado!

—Mi amigo Davey dice que su papá estuvo en el ejército y luchó en Vietnam —Timmy fruncía el ceño—. ¿Has oído hablar de Vietnam?

—Sí, me han hablado de Vietnam en algunas ocasiones —respondió Max con tono seco.

—Davey dice que su papá mató a muchos. A veces, el señor todavía sueña con eso.

—Sí, eso suele ocurrir.

—No creo que eso me guste.

—No.

En un súbito cambio de humor, el rostro de Timmy se iluminó.

—¿Te gusta pescar?

—¿Por qué lo preguntas? —Max lo miraba temeroso.

—Davey y su papá van mucho a pescar.

Max adivinó la enorme trampa que se abría ante él y no se le ocurrió nada para evitarlo.

—¿Ah, sí? —preguntó, aparentando una gran despreocupación.

—Sí. En una ocasión me llevaron en el enorme bote que tienen.

—¿Te gustó?

—Oh, sí —los ojos del niño brillaban.

—¿Pescaste?

—No, yo sólo miraba.

—¿Te gusta pescar?

—No lo sé. Nadie me ha enseñado —Timmy encogió los hombros con intencionada despreocupación.

Max sabía que podía cambiar de tema. Podría distraer a Timmy de muchas maneras, pero sabía lo que su hijo trataba de decirle. Durante las semanas transcurridas, había aprendido a reconocer lo que había detrás de las preguntas de apariencia inocente de Timmy. El pequeño ansiaba un padre. Quería a alguien de quién pudiera hablar con sus amigos.

Los compañeros de Timmy hablaban de sus padres, de lo que hacían y de quiénes eran. Él escuchaba, pero no podía intervenir en la

conversación. Hasta ahora.

—¿Te gustaría que te enseñara a pescar?

—¿Sabes hacerlo? —los ojos de Timmy se abrieron tan grandes como platos.

—Mi padre me enseñó cuando yo tenía tu edad.

—¿Y me enseñarías? —el niño no salía de su asombro.

—Te enseñaré —el corazón de Max latía alocado y sabía que tenía húmeda la frente.

De nuevo, Max se acercaba a la puerta de Marisa. Habían pasado más de dos meses desde su primera visita, pero estaba tan nervioso como entonces.

Llamó al timbre. Cuando la puerta se abrió, bajó inmediatamente la mirada para ver al pequeño.

—¡Papá!

Max contuvo el aliento. La avidez con la que Timmy lo recibía seguía asombrándolo.

—Hola, Timmy. Hoy estás muy bien.

Timmy lo observó lleno de sospecha antes de contemplar su ropa nueva, desde los zapatos a la chaqueta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que no esperaba que te mantuvieras limpio —le indicó Max con una sonrisa antes de cogerlo en brazos y abrazarlo.

—Sí —correspondió al abrazo con entusiasmo—, mamá me dijo que me metería en problemas serios si me ensuciaba.

—¿Y qué problemas serían esos?

—Tal vez no me dejaría ir a mi casa del árbol o algo así.

—Vaya amenaza. Tendré que recordarla para uso futuro —fue a sentarse en el mullido sofá de la sala y Timmy se arrellanó contra él, satisfecho.

—Vas a dormir con mamá —anunció Timmy.

Max se preguntó si alguna vez se acostumbraría a los comentarios candidos del niño.

—¿De veras?

—Sí. Mamá lo dijo.

—Entonces, debe ser cierto.

—Me alegro —sonrió Timmy—. Se supone que los papas y las mamas deben dormir juntos.

—Ah.

—Pero primero vais a hacer un viaje.

—Es cierto.

—Iréis a Victoria.

—Mmm.

—Sin mí.

De pronto la conversación comenzaba a tener sentido.

—Así es, pero no tardaremos mucho en volver. Sólo vamos a ver qué tal está el sitio, y si está bien la próxima vez que vayamos podrás acompañarnos.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Me prometes que no os divertiréis sin mí?

—¡Naturalmente!

Max levantó la vista al oír la risa de Marisa cuando entró en la habitación. Ella también estaba vestida de fiesta. Llevaba un chai de encaje blanco sobre un vestido de color rosa que hacía brillar su piel. No sabía cómo lo lograba. Lo único que sabía era que la amaba tanto, que el pecho le dolía.

—No estoy segura de que me guste la idea de que no te diviertas mientras estés conmigo.

—Bueno, hay diversiones y diversiones —sonrió Max.

—¡Chispas, mamá! —Timmy se bajó de las piernas de Max—. ¡Pareces el ángel de nuestro árbol de Navidad!

—Yo no habría podido describirlo mejor, Timmy. Supongo que estás lista —Max se puso de pie.

—Sé que va a parecerte ridículo, pero estoy muy nerviosa.

—Bienvenida al club.

—No estoy nerviosa por lo que vamos a hacer, sino porque habrá muchas personas viéndonos.

—Tú fuiste quien insistió en que los invitáramos a todos.

—Ya te lo dije, soy una tonta.

—Si no quieres ir, puedes venirte al cine con tía Eileen y conmigo —le indicó Timmy, tomándola de la mano, para tranquilizarla.

Max vio la malicia que brillaba en los ojos de Marisa. Maldición, cómo la adoraba.

—Gracias por la invitación, Timmy. Estoy segura de que dominaré mis nervios.

Max deseó poder decir lo mismo, pero permanecía en silencio. Sabía que no iba a cambiar de opinión. Sólo quería que ya hubiera pasado todo. Se inclinó y la besó en los labios entre las risas de Timmy.

—¿No hay ninguna regla que prohíba al novio besar a la novia antes de la ceremonia? —murmuró Marisa cuando él retiró sus labios.

—Creo que la tradición prohíbe que el novio vea a la novia —replicó él—. Nosotros rompimos las tradiciones cuando decidimos llevar a nuestro hijo de cinco años a la ceremonia. Pero me niego a aceptar la idea de tener compañía durante la luna de miel —tomó a Timmy con una mano y a Marisa con la otra—. Vamos, hay mucha gente esperando para ver si llego al final con esto. ¡No quiero decepcionar a nadie!

Tan pronto como se detuvieron frente a la pequeña iglesia, Max supo que ninguna de sus invitaciones había sido ignorada. No sólo estaban allí Eileen y Julie, las hermanas de Marisa, sino que también distinguió a Quinn y Jennifer McNamara, Steve y Jessica Donovan, Tim y Elizabeth Walker y Joel y Melissa Kramer. Ninguno de esos hombres le permitiría olvidar los malos momentos que les hizo pasar cuando decidieron casarse y dejar la Agencia. ¿Era de extrañar que quisieran estar presentes para verlo comerse sus propias palabras?

Durante los saludos y felicitaciones, y en especial cuando Timmy fue presentado, Max supo que no lo habría querido de otra manera. De alguna forma, le parecía correcto que presenciaran su cambio de opinión.

Recordaba los momentos en que los antiguos agentes habían acudido a él para avisarle que dejarían la agencia y por qué. Recordaba su cinismo y su burla ante la convicción de sus hombres de que hacían lo correcto. Sólo ahora comprendía la paciencia y compasión que veía en sus ojos cuando les hablaba así. Entonces lo intrigaba. Ahora comprendía. De alguna forma tendría que disculparse por su falta de comprensión. Al fin se convertía en parte del grupo de hombres dispuestos a reconocer su vulnerabilidad sin temor a poner en juego su fortaleza.

La ceremonia no resultó tan dolorosa como temía… como tampoco lo fueron la recepción y las bromas que le hicieron después. Pero estaba más que dispuesto a abordar el helicóptero que los

llevaría a Victoria a media tarde.

Cuando cerró la puerta de la suite para recién casados en las narices del amable botones, Max tuvo la impresión de que acababa de dejar fuera al resto del mundo. Por vez primera en meses enteros, Marisa y él estaban a solas.

—Los canadienses te hacen sentirte en casa ¿no te parece? —murmuró Marisa desde el centro de la habitación, señalando un recipiente con frutas y un ramo de flores.

—¿Todavía estás nerviosa? —preguntó Max muy quedo al acercarse y tomarla por la cintura.

—No lo sé —se rió ella nerviosa—. Me siento extraña. Nunca antes estuve casada.

—Yo sí —cuando Marisa se volvió sorprendida, él continuo—. Cuando desperté en el yate y te oí hablar de mí como tu esposo, me sentí muy casado. Según recuerdo, me felicité por mi buen gusto —le rozó una mejilla con los labios—. Y hoy me he vuelto a felicitar de nuevo.

Advirtió que la tensión la abandonaba poco a poco. Le rodeó el cuello con los brazos y lo apretó contra ella.

—Oh, Max, gracias por decirme eso. Tenía horribles remordimientos porque pensaba que te había atrapado de alguna manera. No pude dormir anoche pensando en eso.

—Yo tampoco pude dormir anoche, pero no fue porque me sintiera atrapado, ni nada por el estilo.

—¿No? —Marisa levantó la vista para mirarlo.

—No —Max la acercó contra su cuerpo—, estaba pensando en lo que te haría tan pronto estuviéramos solos.

Marisa le sonrió con ojos brillantes.

—Ahora que lo pienso ¿cómo es que las parejas tienen un poco de intimidad después de tener a su primer hijo? ¡Me extraña que queden niños en este mundo!

—¿Max?

—¿Sí? —¿por qué lo miraba con expresión tan divertida?

—Ya estás extrañando a Timmy ¿no es así?

—¡Extrañar a Timmy! ¿Estás bromeando? Ese chico produce preguntas con más rapidez que un comité investigador del Senado y todas ellas igual de penetrantes. Me siento como un acusado —la

tomó de la mano y la llevó al dormitorio—. Claro que pensé en lo bien que se lo habría pasado en el helicóptero y en lo que le hubiera gustado ver la Sonda Puget desde el aire. Iremos de compras mañana para ver si encontramos algo…

Marisa lo calló con un dedo sobre sus labios.

—Sabes que yo también lo echo de menos, pero estaremos de nuevo con él dentro de un par de días.

Max se tomó su tiempo para quitarle el vestido, tratándola como si fuera un regalo del que disfrutaba al abrirlo. Cuando la tomó en brazos para colocarla sobre la cama, sólo le quedaba quitarle los zapatos y las medias.

—¿Tienes idea de cuánto te amo? —murmuró él al despojarse de la ropa y recostarse a su lado.

—¿Quieres demostrármelo? —susurró Marisa, en tanto las manos de Max la acariciaban amorosas.

—Pienso dedicar el resto de mi vida demostrándotelo; a partir de este momento.

Fin